

# GUADARRAMA

GUIA DE LA SIERRA

Itinerarios.- Mapas.- Excursiones principales.

POR UN MONTAÑERO

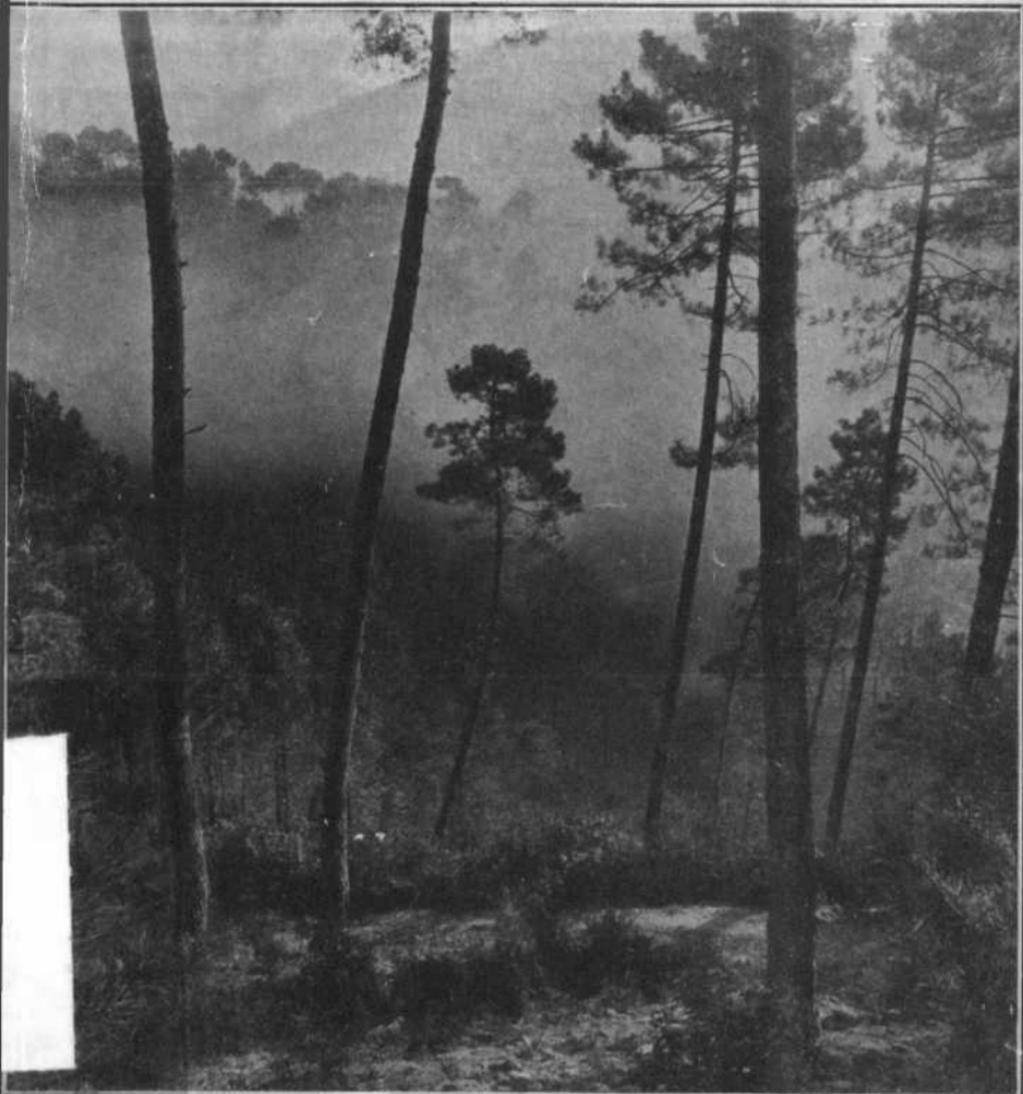
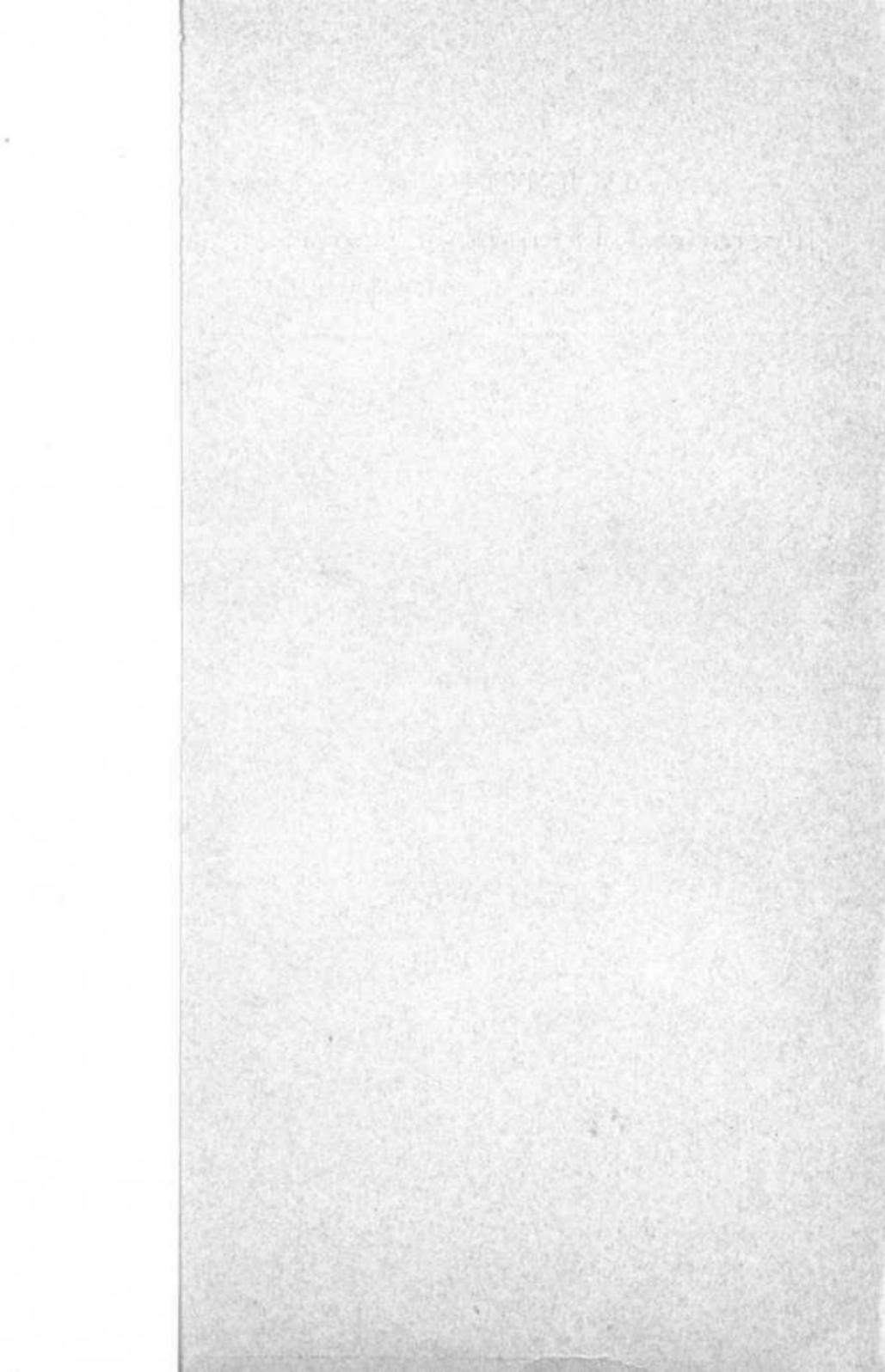


Foto. Nueda.



DGEL

A

# GUADARRAMA

No vaya a la Sierra sin un libro ameno.  
Si no lo tiene ya procúrese uno de

## JUAN B. BERGUA

### Mackena

(Novela de aventuras premiada por «El Imparcial»). 2 tomos, encuadernados en un volumen. **Ptas. 6.**

### ¿Mackena?

(Nuevas aventuras). **Ptas. 5.**

### Ojos claros, serenos...

(Novela. Un idilio en Gredos. La más bella descripción de la incomparable Sierra). **Ptas. 5.**

### Una Historia Maravillosa

(Tres novelas extraordinarias). **Ptas. 5.**

### DOLOR

(Novela llena de alegría). **Ptas. 5.**

En preparación:

### Alegría

(Novela salpicada de dolor).

Pídalas, y toda clase de libros en la

Librería de la Vda. de J. B. Bergua

**Mariana Pineda, 9 y Preciados, 13**

**MADRID**

# GUADARRAMA

(ITINERARIOS DE LA SIERRA)

CON 4 MAPAS

EXCURSIONES A LA PEDRIZA DE MANZANARES

◆ SIETE PICOS ◆ MONTÓN DE TRIGO ◆  
PEÑALARA ◆ DE CERGEDILLA A LA  
GRANJA ◆ EL PAULAR ◆ EL ESCO-  
RIAL Y PINARES LLANOS ◆ LA MA-  
LICIOSA ◆ ALREDEDORES DE LA  
SIERRA ◆ BUITRAGO ◆ EL  
CASTILLO DE CUELLAR ◆  
TURÉGANO ◆ PEDRAZA

POR UN MONTAÑERO

—¿A dónde vas?

—A la montaña.

—¿A qué?

—A buscar a Dios.

DAVADASI.

LIBRERÍA DE LA VDA. DE J. B. BERGUA  
Mariana Pineda, 9 y Preciados, 13  
MADRID



R. 35997

h. 1930

ct. 44361  
c. 1054917

---

---

Queda registrado y hecho el depósito que marca la ley.

---

---

**Impreso en España**

## DEDICATORIA

AL CLUB ALPINO ESPAÑOL  
Y A LA REAL SOCIEDAD PE-  
ÑALARA, PROMOTORES Y MANTE-  
NEDORES DEL ALPINISMO EN ESPA-  
ÑA, DEDICA ESTE LIBRO

SU AUTOR.



## La Sierra de Guadarrama

La proximidad a Madrid de la hermosísima Sierra de Guadarrama, da origen a una multitud de excursiones, sumamente interesantes y relativamente cómodas, ya que muchas de ellas, la mayor parte, pueden hacerse en pocas horas, circunstancia que favorece mucho el montañismo, afortunadamente cada vez más extendido por todas partes.

La Sierra de Guadarrama, a pesar de estar situada en la proximidad de la Corte, no ha sido conocida completamente sino hasta hace muy pocos años. Antes de la creación de las sociedades alpinas, hoy ya pujantes y de intensa vida propia, el montañismo en España era algo exótico e incomprensible para todos, a excepción de muy pocos, diez o doce quizá. Porque si nos referimos a épocas anteriores, no podemos en ninguna manera aplicar la palabra montañismo. Las escasas noticias que de la Sierra de Guadarrama han llegado a nosotros, tienen su origen en «El libro de la Montería del rey D. Alfonso XI». Como muy bien se desprende de su lectura, la pasión cinegética fué la causa del primer conocimiento de la Sierra, pero las noticias que hallamos sobre ella, se refieren más a su fauna que a su topografía.

Después, algunos documentos jurídicos, al señalar los deberes de los guardabosques, nos hablan de pasada de la Sierra, pero tan a la ligera, que apenas consignan algunos parajes de los muchos cubiertos de arbolado, y nada dicen de las cumbres, ni siquiera sus nombres. Es preciso llegar a mediados del siglo XIX para conseguir alguna relación que sea aprovechable. Jorge Borrow, el propagandista de la Biblia en España, nos dejó entre otras cosas, una graciosa e ingenua plática sostenida con un albeitar y sangrador, a la vista de la Sierra, cuando éste y «D. Jorgito el inglés», caminaban en sendas burras del mismo pelo. Después tenemos los trabajos de D. Casiano de Prado en su «Descripción Física y Geológica de la Provincia de Madrid» en el año 1864. Y a partir de esta fecha algún estudio científico poco conocido y relativo a alguna región particular.

Sólo con el siglo presente, aparece el montañismo propiamente dicho. Primero, merced a iniciativas individuales; dos o tres amigos que comienzan a visitar la Sierra llevados únicamente de su amor al campo, a la montaña, sin rumbo fijo. Después, estos mismos montañeros, se convierten en propagandistas de la Sierra, enamorados de las bellezas que han contemplado sus ojos. Así se funda la primer sociedad, el Club Alpino Español y luego la de Los Doce Amigos, a la que cabe la gloria de iniciar en los placeres del excursionismo a la presente generación. No nos damos ya cuenta, tanto han cambiado las cosas desde hace unos años, de la voluntad y esfuerzo que aquellos héroes emplearon. Y no exageramos al llamarles así, pues una verdadera

heroicidad suponía meterse en la Sierra sin conocimiento ninguno de sus peligros y de sus inconvenientes; marchar a ciegas, sin caminos, sin medios adecuados, las más de las veces solos, guiados únicamente por el propio instinto de orientación y por el curso del sol de día o por la posición de las estrellas durante la noche. No exageramos, repetimos, al decir que la Sierra de Guadarrama para sus primeros exploradores, tenía tantos peligros como encantos y cuántos no serían éstos, que fueron capaces de vencer los temores y recelos de aquel puñado de entusiastas a quienes se deben las alegrías y seguridades de que hoy disfrutan todos los que van a ella.

Bien merecen pues nuestros elogios y que sus nombres estén en la mente de todo aficionado a la Sierra. Y por ello con razón, se bautiza con estos nombres a los albergues y parajes que no tienen el suyo propio y es muy justo que así se haga para honrar su memoria y para ejemplo de todos los que amen nuestra Sierra.

La Sociedad de Los Doce Amigos fué el fundamento de Peñalara a cuya iniciativa de asociación respondieron infinidad de entusiastas. El número de sus socios aumentó rápidamente y pronto se fundaron otras entidades similares. La labor de estas asociaciones ha sido constante y considerable. Se construyeron los «chalets», puntos de reunión y partida para la estancia y visita de la Sierra, se levantaron refugios en los sitios más bellos y difíciles, se la recorrió por su iniciativa en todas direcciones y se hizo, en fin, de una cosa inhóspita y enemiga lo mejor y más amigo que tenemos. En la actuali-

dad, las excursiones por la Sierra de Guadarrama, son paseos deliciosos, todo gracias al esfuerzo de las sociedades de que hablamos. Además de los «chalets» se han construido, como decimos, los albergues para las excursiones largas por parajes muy distantes de todo poblado. Estos albergues consisten en construcciones rústicas muy sencillas donde el excursionista puede habitar algún tiempo utilizando su rudimentario mueblaje y los objetos que los mismos visitantes van cediendo para los usos más indispensables. Gracias a la cooperación y al amor social de todos, estos albergues se perfeccionan y son ayudas eficacísimas para algunas excursiones, hasta el punto de que sin ellos, una gran parte serían completamente irrealizables.

De modo que, puede apreciarse por lo indicado la transformación que ha sufrido el «sport» del montañismo desde unos años a hoy. Y todo, gracias a estas sociedades y merced a la cooperación, palanca que todo lo vence.

Puede aceptarse a modo de aforismo que, todo individuo aficionado a la montaña es una persona de bien. El hombre, en contacto con la naturaleza, se dulcifica y nunca tan en contacto con ella como en la montaña. En la montaña, como en el mar, todos son amigos. Ocurre, que en las excursiones colectivas a la Sierra, reina una democracia encantadora; las clases sociales tan diferenciadas en la ciudad, allí se borran de repente; un par de días pasados en un albergue, hace amigos para toda la vida. La comunidad de necesidades y de satisfacciones aproxima tanto las almas cuanto las separan las pa-

siones ciudadanas; se vive la vida natural, sencilla, verdadera. La soledad, la propia independencia, la dulce serenidad del ambiente que nos rodea, todo predispone a la bondad de corazón y a la alegría del espíritu. Son tan hermosas las montañas, tan gratos los paisajes que se suceden ante nuestros ojos, tan consoladora la paz que reina por doquier, que verdaderamente se está entonces muy cerca de la felicidad. Por eso, al decir montañero, decimos amigo y por eso entre los aficionados al deporte de montaña, reina esa cordialidad y esa franca camaradería.

La estancia en la Sierra como hemos dicho, no sólo es posible, sino muy agradable y cómoda; el perfecto conocimiento de sus regiones hace sencillas las excursiones aprovechando los parajes más hermosos, los caminos más pintorescos y las elevaciones más accesibles. Es claro que aun queda mucho por hacer, tanto de iniciativa de los «clubs» montañeros como por parte del Estado, pero sobre todo por empresas capitalistas pues para su ejecución precisan esfuerzos superiores a los que pueden desarrollar una entidad particular. Mas como decimos, los progresos hechos en estos últimos años, tanto por unos como por otros, son bien notables.

Estudiemos ahora brevemente la Sierra en todos sus aspectos.

En la Sierra de Guadarrama, geológicamente considerada, como en todas las montañas del Globo, las rocas primitivas, debieron ser cristalinas; las fuerzas exteriores, la atmósfera y el agua, agitadas sin cesar, corroyeron la costra terrestre recientemente

te coagulada, mezclando las partículas separadas por el frotamiento, las cuales se depositaron en los puntos menos elevados para formar vastos yacimientos y de este modo muchas de las rocas cristalinas, en otro tiempo en fusión, se transformaron en rocas estratificadas cubriendo toda la superficie con capas de un espesor variable. Esta transformación tranquila y lenta ha sido interrumpida o modificada por la acción, probablemente repentina, de las fuerzas interiores del Globo; aún hoy, a pesar de los millones de años transcurridos desde la coagulación primera de la superficie, el interior de éste, debe hallarse en estado de fluidez ignea o al menos, como piensan algunos geólogos, los corrimientos interiores de grandes masas rocosas producen tales elevaciones de temperatura, que no teniendo la corteza terrestre todavía bastante consistencia para resistir a la acción de las fuerzas plutónicas, se rompe, originando los volcanes; mucho menos resistencia opondría en edades pasadas cuando su espesor no alcanzaba siquiera a la quincuagésima parte del actual. Bajo la presión de esas fuerzas interiores, sea cuales fuere su origen, las masas estratificadas se han levantado. El levantamiento ha producido de cada lado una pendiente y estas pendientes resultan irregulares a causa de la variación de la resistencia de los diversos materiales bajo los cuales se produjo. He aquí porque no se han formado en ciertos puntos de la superficie sino una prominencia, sin que se desgarrase la costra sólida, mientras que en otros, el levantamiento de una vasta extensión de terreno ha producido una meseta. Después, en el

centro de ésta o bien en los bordes, ha surgido una nueva serie de eminencias o por último, abriéndose al fin la costra terrestre, las materias en fusión se han esparcido por fuera y en mayor o menor cantidad, pero formando masas enormes a los ojos del hombre, insecto microscópico si se le compara con la inmensidad de la Tierra. De estos fenómenos resulta la desigualdad de la superficie terrestre y ellos también son los que han modificado o aumentado los elementos. De horizontales que eran las capas estratificadas, se han inclinado o tomado a veces la dirección vertical, alterándose su naturaleza por la proximidad de las masas en fusión; sus elementos después de haber sufrido la acción de esa elevadísima temperatura, se han enfriado de nuevo y así es como los depósitos calcáreos, por ejemplo, se transformaron en mármoles de aspecto cristalino y como en la masa terrosa se han abierto grietas donde fueron a inyectarse otras rocas.

Se comprende desde luego que estas transformaciones de la corteza terrestre han debido tener lugar sucesivamente en épocas distintas y a largos intervalos y por esto los terrenos que corresponden a cada una de esas épocas, los han dividido los geólogos en primarios, secundarios etc., atendiendo a la diversidad de edades de formación; luego, se debe ésta a la acción del fuego central del globo en tanto que su transformación la han originado el agua y la atmósfera. Fácilmente se imagina que si un levantamiento aislado produjo una montaña, la prolongación de aquél en una gran extensión dió lugar a las cordilleras y las materias en fusión que se han

esparcido al precipitarse por las grietas de la costra terrestre, han dado a veces a estas montañas una altura considerable y un desarrollo prodigioso. Así, las rocas primitivas que han quedado al descubierto en muchas cumbres, eran en otro tiempo materias en fusión. Hay otra hipótesis para explicar la formación de las montañas y consiste en suponer, que al enfriarse paulatinamente la corteza terrestre, se contrajo, formando arrugas en su superficie, que son las actuales cordilleras. En esta contracción, se ocasionaron las roturas y fallas saliendo a la superficie, rocas originarias estratificadas en el interior. Del mismo modo se alumbraron aguas subterráneas y se formaron mesetas y depresiones que dieron origen a lagos y mares interiores. Hay que tener en cuenta, que en épocas pasadas, la actividad de la corteza terrestre debió alcanzar límites que nosotros no podemos imaginar siquiera y que antes de quedar la superficie del Globo en el estado en que hoy la contemplamos, habrá variado miles de veces durante las larguísimas edades geológicas. Y constantemente, la transformación de la «facies terre» es un hecho. La acción atmosférica es intensísima, el viento arranca y transporta cientos de toneladas de rocas diariamente; el agua, produce con sus erosiones y disoluciones una continua variación en las superficies que toca. De este modo en tanto que unas montañas se desgastan por los desprendimientos y se agrietan por la acción de las aguas solidificadas, otras van creciendo merced a los estratos de roca pulverizada que el viento amontona sobre ellas.

La Sierra de Guadarrama, no parece por su geología, de reciente formación. Acaso comenzó a elevarse cuando aún el centro de España no era sino el fondo de un mar o un lago inmenso. Debió ser el Guadarrama de mucha mayor altura de la que actualmente alcanza y su origen, como hemos dicho para todas las montañas de rocas cristalinas. Luego, poco a poco, se ha ido desmoronando, rompiéndose, agrietándose, hasta quedar en la forma que la vemos hoy, majestuosa aún, considerable, augusta. Por la presencia de gneis micaceo y de calizas intercaladas se comprueba el origen estratigráfico de estas montañas formadas en el seno de las aguas. Quizá algún día, el estudio paleontológico de sus rocas, nos demuestre con la presencia de algún fósil la seguridad absoluta de esta hipótesis lógica.

En la cordillera Carpetana, de la cual forma parte la Sierra de Guadarrama, es de notar, que son pocos en número y de escasa importancia los estribos que se desprenden del sistema central desde su origen hasta el Cerro de la Cierva, en los confines de la provincia de Madrid y Avila. Pueden citarse sin embargo, uno que al Norte del Puerto de Somosierra forma la Peña Cuerno y además, el Alto del Rey, el Pico Ocejón, las Cabezas de Hierro, la Sierra de San Pedro, la de Morcuera y la del Royo. En el Cerro de la Cierva empieza otro ramal de poca importancia que se dirige al Sur por el Cerro de Almenara hasta el de Valmuñón. Desde la Cierva, donde termina la Sierra de Guadarrama, prosigue hacia el Oeste la parte principal del sistema por la Sierra de Malagón y de ésta se desprenden hacia el Norte y

Noroeste varios ramales de los cuales los más importantes son la Sierra de Ojos Albos y uno que empieza en el campo Azálvaro y cortado por el Adaja, se enlaza a la Sierra de Avila por el Cerro de Gorría.

Ya hemos dicho que la Sierra de Guadarrama está muy próxima a la capital de España; apenas la separan treinta y cinco kilómetros y el acceso a ella es fácil por carretera y por ferrocarril. Por carretera se alcanza rápidamente siguiendo la general que conduce a Segovia. Su itinerario es el siguiente: Se sale de Madrid por Puerta de Hierro, atravesando el término de Aravaca, Las Rozas, Las Matas, Torre-  
lodones, Villalba, Collado Mediano, Navacerrada, Puerto de Navacerrada y La Granja, para seguir a Segovia. Los pueblos desde Villalba al Puerto de Navacerrada están ya situados en la falda de Guadarrama. Se puede también seguir la carretera que partiendo de Villalba nos conduce a Segovia por Guadarrama, Puerto de Guadarrama, San Rafael, El Espinar, Otero, Revenga y Hontoria. Desde Torre-  
lodones parte otra carretera que conduce hasta Rascafría por Hoyo de Manzanares, Colmenar Viejo, Embalse de Santillana, Chozas de la Sierra, Miraflores, Puerto Morenera, El Paular y Rascafría.

Existe otra carretera que nos conduce a la Sierra saliendo de Madrid por Tetuán de las Victorias, Fuencarral, Alcobendas, San Sebastián de los Reyes, Fuente del Fresno, San Agustín, El Molar, Torre-  
relaguna, El Berrueco, Lozoyuela y Buitrago.

La utilización de estos recorridos depende de la excursión que se proyecte. Estas carreteras son

todas muy pintorescas y en algunas partes, y en los puertos, tienen inclinaciones considerables. La mayor parte de la Sierra de Guadarrama, exceptuando las cumbres muy elevadas y algunas regiones rocosas como la Pedriza, está cubierta de pinos, bastante espesos y el agua es muy abundante. La nieve la cubre casi por completo desde Noviembre a Marzo y por excepción en los años de mucho frío, hasta primeros de Mayo.

Para el acceso a la Sierra por ferrocarril, se utiliza el que partiendo de la Estación del Norte de Madrid, va por Segovia, tocando las siguientes estaciones: Pozuelo, El Plantío, Las Rozas, Las Matas, Torrelorones, La Navata, Villalba, Mataespesa, Collado Mediano, Los Molinos, Cercedilla, San Rafael, Espinar, Otero, La Losa y Segovia. Las estaciones más cercanas a la Sierra son las de Villalba a San Rafael.

El montañismo en la Sierra de Guadarrama, merced a su proximidad a Madrid, es muy intenso. Le favorecen, como hemos dicho, la propaganda y facilidades de todas clases que nos ofrecen los «clubs» alpinos creados a este efecto. Los principales en Guadarrama son el Club Alpino Español y la Real Sociedad Peñalara. Los «chalets» o residencias de estos «clubs» están situados estratégicamente en las estribaciones de las montañas y son frecuentemente el punto de partida de innumerables excursiones.

Desde la estación de Cercedilla, es muy fácil el acceso a los «chalets». El Club Alpino, posee dos en la misma carretera que conduce al Puerto de

Navacerrada. Desde esta misma estación, es fácil trasladarse, ya sea en vehículo particular, a pie, o utilizando el ferrocarril eléctrico que parte del pueblo del mismo nombre internándose en la Sierra por lugares sumamente pintorescos y perfectamente acondicionados para el turismo, adónde existen hoteles modernos que ofrecen toda clase de comodidades al viajero. La Real Sociedad Peñalara, ha construído recientemente un «chalet» al que conduce el ferrocarril eléctrico de que hablamos y que es punto de partida para todas las excursiones por este lado de la Sierra. Su emplazamiento, perfectamente elegido, como el de los del Club Alpino, permite la organización de todos los deportes de nieve durante el invierno y la agradable estancia en el amplio valle que domina, durante la época de verano. El primitivo «chalet» de Peñalara tiene fácil acceso por la estación de Cercedilla. Está situado en el camino del Puerto de la Fuenfría y existe desde el pueblo una carretera que pasando cerca del Sanatorio de este mismo nombre, conduce hasta la Calzada Romana. La Calzada Romana, es como su nombre indica, un ancho camino, enlosado y regularmente conservado aún, que construyeron los romanos para comunicar Emérita con César Augusta (Mérida y Zaragoza) atravesando la Sierra por el Puerto de la Fuenfría. La pendiente de esta Calzada es considerable, pues cruza la Sierra en busca del puerto, casi perpendicularmente; la ascensión por ella es dura, aunque no excesivamente, pues ya decimos que el camino, a pesar de los siglos transcurridos, se conserva en regular estado, gracias a la

inconcebible solidez de su construcción. A media hora de ascensión por esta Calzada, a la izquierda, como a unos cien metros de distancia, está el «chalet» de Peñalara, cómodo y grato albergue para los montañeros. Desde la hermosa Pradera de los Corralillos, que ante él se extiende, se divisan perfectamente las cumbres de Siete Picos, el Puerto de la Fuenfría, el Collado del Viento, Montón de Trigo y el extenso panorama de Castilla, de amplísimo horizonte que como un mar se muestra a sus pies.

También este «chalet» por su situación privilegiada es punto de reunión de los montañeros y estación de partida elegida para escalar las cumbres de la Sierra. La afición a la montaña, ayudada por estas comodidades, va convirtiéndose en noble pasión. Nada tan grato, tan hermoso, como culminar el alto peñasco que horas antes contemplamos asombrados ¿de dónde viene esta alegría profunda que se experimenta al escalar las altas cimas? Sobre todo, es una gran voluptuosidad física respirar un aire fresco y vivo, completamente distinto del de las llanuras, viciado por impuras emanaciones. Se siente uno como renovado, en esa atmósfera de vida.

A medida que ascendemos, el aire se va haciendo más sutil, aspirase más hondamente para bañar los pulmones, para limpiarlos, para que penetre hasta el último rincón, arrancándonos con su purísimo oxígeno las huellas que dejara en nuestro organismo la torpe vida cotidiana. El pecho se dilata, los músculos se distienden y al penetrar en el cuerpo la salud, viene a nuestro espíritu la alegría. Por eso, a pleno campo, al sol, en la montaña, nuestra

palabra es más fácil, más a menudo nos tienta la risa, deseamos correr, saltar, movernos, vivir, dar rienda suelta a nuestra pujanza física, al par que la intelectual se excita también, y los pensamientos sanos y alegres ahuyentan en seguida la pasión de ánimo. Es la vida de verdad la que nos da la montaña, vida alegre y sana; el montañero que escala una cumbre tiene que emplear todos sus órganos y ser muy dueño de sí mismo; sus ojos le sirven para evitar las piedras del sendero, para medir la profundidad de los precipicios, para descubrir los salientes y las anfractuosidades que le ayudarán a escalar las rocas; la fuerza y la elasticidad de sus músculos le permiten salvar los abismos, sostenerse en las rápidas pendientes y subir de escalón en escalón por los pasadizos. En muchas ocasiones, durante la ascensión de una montaña difícil, sabe que corre un verdadero riesgo, que puede perder el equilibrio, padecer un vértigo de altura o en fin que sus nervios y sus músculos no resistan suficientemente a las impresiones y a los esfuerzos. Precisamente esa conciencia del peligro, unida a la satisfacción de sentirse capaz y ágil, es la que duplica en el ánimo del montañero la posesión de sí propio. Esta es y no otra la psicología del alpinista. ¡Con qué placer recuerda luego el menor incidente de la ascensión, las piedras que se desprendían hundiéndose en el torrente con sordo estampido o que rodaban por el abismo con vertiginosa velocidad, la raíz a que tuvo que asirse para escalar el muro de rocas, el arroyuelo en que aplacó la sed, la honda sima que contempló medroso, el temerario salto sobre una pro-

funda grieta y en fin la cresta suprema desde donde vió desplegarse hasta las brumas del horizonte el inmenso panorama de las montañas, valles y llanuras! Cuando el montañero contempla de lejos otra vez la cima conquistada con tantos trabajos, la mirada descubre o adivina con alborozo el camino seguido desde los valles de la falda hasta las blancas nieves de la cumbre. La montaña parece mirarnos, sonríe de lejos, diríamos que por nosotros hace brillar sus glaciares y se ilumina al declinar el día con el último rayo de sol.

En cuanto al placer intelectual que la ascensión ofrece y que tan íntimamente se asocia a sus goces materiales, es tanto mayor cuanto más dispuesto se halla el espíritu y mejor se han estudiado los diversos fenómenos de la naturaleza. Se contempla el trabajo de erosión de las aguas y de las nieves, se asiste a la marcha de los glaciares, se ven caminar las rocas erráticas desde las cúspides hacia la llanura, se siguen con la vista las enormes capas horizontales y se aprecian las fallas y dislocaciones, los hundimientos y las elevaciones a que dieron lugar los grandes cataclismos geológicos y cuando al fin se llega a la cima, puede contemplarse en su conjunto, el macizo o la cordillera, con sus depresiones y sus estribos, sus nieves, sus arroyos, los bosques y praderas, los hondos valles cubiertos de vegetación y acaso, la pequeña aldea de casitas blancas o pardas, que como un rebaño de ovejas escala entre los árboles las primeras estribaciones rocosas. Revélanse con toda claridad, desde el elevado punto de vista, los circos y los valles que los hielos, las aguas y

las intemperies han esculpido en el relieve inmenso. Se ve la obra ejecutada durante millares de siglos por todos esos agentes geológicos. Remontándose hasta el origen de las montañas mismas, se forma un juicio más seguro sobre las diversas hipótesis relativas a la rotura de la corteza terrestre, al pliegue de los anticlinales y a la erupción del granito o el pórfido. Y luego, se llena uno de orgullo comparando nuestra propia pequeñez con la grandeza de los fenómenos de la naturaleza que nos rodea. El torrente, las breñas, los aludes, el hielo, todo recuerda al hombre su flaqueza, pero, por natural reacción, su inteligencia y su voluntad, se exaltan contra los obstáculos, se goza en vencer el monte que nos desafía, en proclamarnos vencedores y conquistadores de aquel temible picacho cuya primera vista nos tuvo un instante en una especie de religioso temor, temor a lo grande que se desconoce y a lo bello que no se comprende aún.

Pero quedan otras muchas emociones al montañero, emociones que no son el saltar una brecha, el escalar una peña, ni el deslizarse por un ventisquero. Son emociones morales, que sólo en la montaña, en las cumbres, pueden sentirse. Oigamos un momento a Unamuno que nos habla de esto en una magistral crónica montañera titulada «El silencio, de la Cima».

«He vivido unos días de silencio, de agosto silencio. Ni chirriar de cigarras, ni gorjear de pájaros, ni balar de ovejas, y sobre todo, nada del rumor enloqueciente de las atareadas o alborotadas muchedumbres humanas.

.....

¡Vivir unos días en el silencio y del silencio, nosotros, los que de ordinario vivimos en el barullo y del barullo! Parecía que oíamos todo lo que la tierra calla, mientras nosotros, sus hijos, damos voces para aturdirnos con ellas y no oír la voz del silencio divino. Porque los hombres gritan para no oírse cada uno a sí mismo, para no oírse los unos a los otros.

Y el silencio casaba con la majestad de la montaña, una montaña desnuda, un levantamiento de las desnudas entrañas de la tierra, despojadas de su verdor, que dejaron al pie como se deja un vestido, para alzarse hacia el sol desnudo. La verdura, al pie, en el llano, como la vestidura de que se despoja un mártir para mejor gozar de su martirio. Y el sol desnudo y silencioso besando con sus rayos a la roca desnuda y silenciosa.

Allí, a solas con la montaña, volvía mi vista espiritual de las cumbres de aquella a las cumbres de mi alma y de las llanuras que a nuestros pies se tendían a las llanuras de mi espíritu. Y era forzosamente un examen de conciencia. El sol de la cumbre nos ilumina los más escondidos repliegues del corazón.

.....

Porque la vanidad de los paraqués humanos en ningún sitio se siente con más íntima fuerza que en estas cimas del silencio. Es como contemplar los vuelos de una mosca dentro de una botella».

Y Senancour, nos dice en su «Obermann»: «Jamás ha sido conocido el silencio en los valles tumultuosos; no es sino en las cimas frías donde

reina esta inmovilidad, esta solemne permanencia que no expresará lengua alguna, que la imaginación no ha de alcanzar. Sin los recuerdos traídos de las llanuras, no podría creer el hombre que hubiese fuera de él movimiento alguno en la naturaleza; sería inexplicable el curso de los astros, y todo, hasta las variaciones de los vapores, parecería subsistir en el cambio mismo. Pareciéndole continuo cada momento, tendría la seguridad, sin tener el sentimiento, de la sucesión de las cosas, y las perpetuas mudanzas del universo serían para su pensamiento, un misterio impenetrable».

Este contraste del silencio de las cimas, lo siente bien el excursionista que vive de continuo en la ciudad, lo aprecia en sus valores el que por obligación está sometido al ajetreo de la vida ciudadana, y lo busca, el que teniendo algo que pensar, puede y quiere prescindir por unos días o por unas horas de la artificiosa relación que exigen pesados deberes y constantes obligaciones. Hombres hay, y muchos por desgracia, que invierten sus ocios en tertulias y reuniones, lejos de la luz del sol, apartados de todo contacto con la naturaleza viva; hombres, para los cuales, la idea de ir al campo o a la montaña es, no ya un absurdo, sino una locura. Para estos nada decimos, pero estamos en el derecho de dudar del equilibrio de sus juicios. ¿Quién por muy cortesano que sea y muy amante de la vida ciudadana, no sentirá nacer en su espíritu nuevas emociones ante el panorama que las montañas ofrecen a los asombrados ojos de todo el que las admira? ¿Cómo puede volverse el rostro con repugnancia o al me-

nos con indiferencia ante el grandioso espectáculo de una puesta de sol sobre las cumbres blanqueadas de nieve? El secreto de la verdadera felicidad radica en esa sencillez, en ese encanto, en esa tranquilidad que la naturaleza brinda por doquier. Recordemos los versos de Fray Luis de León, siempre bellos, siempre oportunos:

¡Que descansada vida  
la del que huye del mundanal ruido  
y sigue la escondida  
senda por donde han ido  
los pocos sabios que en el mundo han sido!

Por eso decíamos y repetimos ahora, que el campo y sus goces, son para los escogidos, para los que tienen «algo que pensar» y no necesitan «para ir pasando» atontarse con la charla de los otros, oír para no oírse, precipitar su vida hacia la muerte empleando el tiempo que les sobra en pasatiempos torpes y sin fundamento. Para el hombre que piensa, el día es insuficiente, es corto; huye la demasiada conversación, evita la relación con el vulgo y el contacto con la mayoría de las gentes; la multitud, para él, es algo insoportable y en cuanto puede, escapa al campo, a la montaña, a la soledad, para aprovechar esas horas en las que en dulce complicidad con la solemne naturaleza, se siente más dentro de sí, para meditar en esas

...de Mayo auroras nacarinas  
con húmedos vapores en las vegas  
con cánticos de alondra y con efluvios  
de rociadas frescas,

...y esos de otoño atardeceres dulces  
de manso resbalar, pura tristeza  
de la luz que se muere  
y el paisaje borroso que se queja...

...y las noches románticas de Julio  
magníficas, espléndidas,  
cargadas de silencios rumorosos  
y de sanos perfumes de las eras;  
noches para el amor, para la rumia  
de las grandes ideas,  
que a la cumbre al llegar de las alturas  
se hermanan y se besan...

El autor de estos versos (José María Gabriel y Galán) lo ha sentido y lo ha dicho del modo más hermoso que expresarse pueda.

No vamos a añadir nosotros nada a lo que elogiaron a través de las edades los poetas y los sabios de todos los pueblos. Únicamente queremos a portar nuestro granito de arena en defensa del campo y del montañismo.

La morfología de la Sierra de Guadarrama es muy variada merced a las distintas clases de rocas que la forman y a los trabajos de erosión que en ellas han producido los elementos; ya hemos dicho que el aspecto de las montañas se modifica constantemente por la acción de la temperatura, las aguas, los hielos, el viento y los desgastes naturales que provienen de su desmoronamiento, lento las más de las veces, y violentamente algunas. A pesar de que la Sierra no es de origen volcánico, presenta curiosidades morfológicas dignas de mención; en aquellas otras montañas en que las huellas del fue-

go plutónico son más recientes, las deformaciones producidas por el acumulamiento de materiales enfriados y por las conmociones y roturas de las erupciones volcánicas, prestan al conjunto los más fantásticos aspectos. Pero nuestro Guadarrama es ya muy otro del que debió ser en su origen y sus características son bien distintas; sin embargo, las fallas, los hundimientos, las filtraciones de los neveros, las roturas producidas en la roca por las diferencias de temperatura y todas las otras causas que ya van apuntadas, han servido en algún paraje para decorar extraordinariamente el suelo, dando a las piedras formas especiales y algunas verdaderamente notables. Así, encontramos la peña de Napoleón, de la que ya hablaremos en su lugar apropiado, que representa, con buena voluntad por parte del que la contempla, la silueta del rostro y del característico bicornio de aquel general; la de la Virgen, en Cercedilla y la de la cabeza del Indio o Piel Roja, muy característica, situada cerca del refugio de Siete Picos, la Boca del Asno, que puede visitarse en el itinerario de Cercedilla a La Granja, es también muy bella y está situada en un paraje encantador, de los más hermosos de la Sierra.

La Pedriza; es la región del Guadarrama más apropiado para contemplar estas curiosidades naturales; la Peña del Diezmo o Yelmo, cuyo nombre indica su figura, es de gran tamaño y puede apreciarse en ella la labor de pulimento debida a las aguas y a las nieves; el Canto Berrueco que se asemeja a una mitra; la Peña del Pato y la del Imán y sobre todo la de la Esfinge muy bien tallada. También son muy in-

terosantes Peña del Dante y el Risco del Pájaro este último suspendido a considerable altura, producto del desmoronamiento violento de su base. Camino del Puerto del Reventón puede verse el Carro del Diablo que es una gran roca que sustenta otra menor, merced a cuya disposición se le denomina de este modo. Son también conocidas las de El Vizcaíno, El Elefante, el Canto Cochino etc.

Contemplando el conjunto de la cordillera se puede admirar la Mujer Muerta destacándose sobre el cielo la silueta completa del rostro y el cuerpo como cubierto por un sudario, caprichosa figura formada por las crestas de la montaña que lleva este nombre.

Otra porción de curiosidades, figuras y semejanzas podrían catalogarse, pero las principales y más conocidas son estas aunque en cada excursión, sobre todo por la Pedriza pueden hallarse multitud de ellas bien interesantes.

Y debemos decir así mismo, volviendo a nuestro abandonado tema, que no es el mayor elemento de belleza de las montañas su altura; lo que constituye principalmente la majestad y la gracia de su aspecto son los pliegues y los declives de sus estratos, los circos y los vallezuelos abiertos en sus laderas, sus soberbios desfiladeros, sus bruscos precipicios y en fin los anchos valles horizontales que costean la base del coloso y permiten apreciar por el contraste sus magníficas proporciones. Gracias a la variedad de líneas y contornos que ofrecen esas depresiones sucesivas el monte ha tomado una apariencia de grandeza y de vida que le faltaba en su origen. A se-

mejanza del pedrusco de marmol, dice Reclus, transformado por la escultura, la poderosa masa, en su día monótona meseta o simple cimborio de peñas, se ha transformado gradualmente merced a los meteoros que sin cesar la tallan y cincelan, en una de esas montañas de soberbio perfil, donde nuestros antepasados veían el rostro de un dios. Cabe imaginar sin esfuerzo los cambios que han introducido en las montañas los valles y las depresiones de todas especies, cuando se recorren ciertos macizos de alturas, una de cuyas vertientes conserva su antiguo aspecto de meseta, mientras la otra, bajando bruscamente hacia las llanuras aparece como escarpada montaña. Por un lado se extienden largas pendientes pedregosas, campos estériles y un horizonte uniforme y sin movimiento; pero en el instante de llegar a la arista, el montañero ve abrirse a sus pies una sucesión de abismos; entre los escarpados y las murallas de rocas que amenazan desplomarse, aparecen circos donde se acumulan las aguas; por debajo se descubren en una profundidad brumosa los escalones y las cornisas coronadas de abetos; las aguas corrientes de los vallezuelos brillan al pie de los promontorios, y allá, en el fondo del abismo, se extiende como otro mundo, el apacible valle de un río sinuoso, sus campos, sus cultivos, sus sotos y sus alegres pueblos.

No cabe duda, lo hemos dicho ya, que las montañas en su origen fueron mayores que ahora. Los valles, sin duda, también se abrían más profundos y angostos de modo, que el paisaje de las primeras edades geológicas tenía mucho de dantesco. Hon-

das simas en la falda de agudos montes de imponente masa; montañas cristalinas desnudas de toda vegetación proyectando sus conos de sombra sobre los lóbregos agujeros en cuyo seno aún tardaría muchos miles de siglos en aparecer los primeros vestigios de vida. La atmósfera, pesada, cargada de densos vapores, dificultando el paso de los potentes rayos de sol. La masa ígnea de las entrañas del planeta, reventando su débil costra por doquier, y sobre todo esto, el eterno estruendo de los imponentes cataclismos que se sucedían sin cesar. Han pasado miles de siglos y enfriada ya la corteza terrestre, los agentes naturales trabajan sobre las montañas. Desmoronándose poco a poco éstas, los valles fuéronse rellenando y perdiendo su hondura al paso que las cumbres se acercaban más al llano. Los detritus de la vida vegetal primero y de la vida animal después, mezclándose con las peñas pulverizadas fueron formando la espesa capa de tierra laborable donde hoy crecen los bosques y se cultivan los campos. La atmósfera fué enrareciéndose y cargándose de vapor de agua; aparecidas las corrientes, se formaron los riachuelos y los ríos y la vida toda se equilibró entre mar, tierra y aire, tal como hoy la vemos.

Lanzando sus cimas a las alturas atmosféricas, las montañas se elevan a regiones cada vez más frías y merced a este escalonamiento de sucesivas temperaturas, decrecientes en proporción de un grado centígrado por cada doscientos metros de altura vertical, la naturaleza adquiere una variedad maravillosa de climas y de floras. Toda montaña elevada ofrece en sus laderas como un resumen de los fenómenos

que se realizan en el inmenso espacio comprendido entre las llanuras de su pie y los hielos polares. Las montañas, ya tan bellas por su perfil y por la majestad de su forma, gracias a la disminución progresiva de la temperatura en las olas aéreas que las bañan, cobran nueva magnificencia por el contraste de sus bosques y sus glaciares, de sus praderas y de sus nieves. Hay pocos espectáculos mas encantadores que el de esos largos regueros de nubes que se arrastran por las laderas de una montaña, dejando tras de sí capas de nieve recién caída. A menudo se ve deshacerse en aguaceros la parte inferior del nublado para inundar de lluvia las pendientes bajas, mientras que los vapores más fríos de la parte superior se precipitan en copos de nieve.

Nosotros hemos observado muchas veces en la Sierra, una línea suficientemente acentuada, que marca en el declive del monte el límite de temperatura sobre el cual caen en forma de nieve los vapores y continuada con notable regularidad por encima de la verde zona que han regado las lluvias. Según las estaciones, ese límite inferior de las nieves queda trazado a diferentes alturas en la falda de las montañas; en invierno desciende gradualmente hasta la base; en primavera y en estío remonta poco a poco hasta la inmediación de las cimas y aún supera a las cumbres que no llegan a una elevación bastante grande en la atmósfera. Desde Madrid, se puede seguir este fenómeno que se reproduce anualmente sobre el Guadarrama con una precisión notable. Como quiera que la Sierra es el termómetro de la Corte, basta con apreciar la cantidad de nieve



que tiene aquella para poder predecir con mucha lógica el tiempo que se avecina. En algunas cumbres del Guadarrama, en la Maliciosa y sobre todo en Peñalara, en ciertos lugares de exposición Norte, las nieves son persistentes y sirven para alimentar las lagunas de su cima. Esa línea ideal que separa la región donde las nieves se derriten, de aquella en que persiste el frío, es la llamada de las nieves eternas y que justamente conviene designar con el nombre de límite de las nieves persistentes. Por encima de la zona inferior donde las nieves se funden y remueven de continuo, se espesa gradualmente la capa de copos a consecuencia del enfriamiento de la temperatura en las altas regiones; allí cae más nieve de la que pueden derretir los rayos del sol; masas enormes llenan las gargantas y barrancas; capas de varios metros de espesor cubren las rocas y hasta las paredes suficientemente horizontales para conservar la nieve en sus taludes. Es muy difícil fijar la altitud sobre la cual se ven siempre capas de nieve en los macizos montañosos. Ese límite varía según la exposición e inclinación de las laderas, la naturaleza y color de las rocas, la fuerza y dirección media de los vientos reinantes, la abundancia de las nevadas y todos los diversos fenómenos meteorológicos del medio ambiente en que las cimas se elevan. Pero lo que interesa para el montañismo, no es reconocer en los declives de las montañas esa línea imprecisa y variable de las nieves inferiores, sino determinar, mediante una serie de observaciones hechas y continuadas de estación en estación y de año en año, cual es la cantidad media de nieve que reciben anualmente las la-

deras y las cimas de los montes en los puntos más diversos y cuales son las épocas en que la nieve permanece. Esto, complementado con los datos meteorológicos que suministran las estaciones instaladas al efecto (en Guadarrama, la estación del Club Alpino y del «chalet» de Peñalara en el Puerto de Navacerrada) permite organizar con seguridad las excursiones y los deportes de invierno.

Para estos deportes, se necesitan condiciones especiales en las montañas entre las cuales las principales, son: Que el campo de deportes, esté en lugar perfectamente accesible tanto para los peatones como para los vehículos a ser posible; que la orientación de este campo sea abrigada para que permita los ejercicios sin las molestias de un frío excesivo y sobre todo del viento norte y fuerte; que este campo de deportes, sea casi horizontal y suficientemente extenso y es preferible su emplazamiento, no como una meseta aislada, sino, como terminación de una ladera, cubierta de bosque, para evitar los aludes de nieve; ni que decir tiene que debe encontrarse cerca del albergue necesario para los deportistas, y debidamente acondicionado éste para aquellos fines.

Nunca serán bien elogiados los deportes de nieve por sus muchas ventajas salutíferas. En todas las naciones se fomentan cuanto es posible por esta razón y porque es un aliciente poderoso para el turismo. El ejemplo de Suiza es convincente.

Las excepcionales condiciones que la Sierra de Guadarrama reúne, la hacen acreedora de fijar sobre ella nuestra atención. Todos los proyectos pueden tener realidad inmediata y responder econó-

micamente a su realización. La reciente construcción del ferrocarril eléctrico de Cercedilla y la instalación de hoteles y restaurantes son empresas de todo punto laudables. Poco a poco, las faldas de las montañas se van cubriendo de residencias veraniegas y las Sociedades Deportivas van acostumbrando a la gran masa de público a ir a la Sierra. Especialmente en el verano y aun en el invierno los días festivos y los domingos, miles de madrileños se trasladan a los «chalets» y a los albergues para aprovechar unas horas de aire, sol y montaña. No influye poco esta acción benéfica en la salud del pueblo, y por todos los medios posibles debemos preocuparnos de fomentarla. Con ello, hacemos un bien incalculable a nuestros hermanos y rendimos un tributo de admiración y de cariño que bien se merece nuestra hermosa Sierra de Guadarrama.

# ALTITUDES

## de los principales puntos (cumbres, puertos, collados y pueblos) de la Sierra de Guadarrama

*Las alturas que se indican, son en metros sobre  
el nivel medio del Mediterráneo en Alicante*

Abantos (Risco de los)...	1754
Águila (Peña del).....	2000
Bailanderos (Loma de los).....	2237
Balsaín (Pueblo).....	1190
Becerril de la Sierra (Pueblo).....	1073
Boalo (Pueblo).....	939
Cabeza Lijar.....	1824
Cabeza Mediana.....	1693
Cabezas de Hierro (Hierro menor).....	2370
Cabezas de Hierro (Hierro mayor).....	2283
Cabrón (Collado) ..	1302
Cancha Pelusa (Collado de).....	2191
Cancho Losillo o Peña Sirio.....	1262
Castañar (Cerro del).....	1460
Cavanillas del Monte (Pueblo).....	1120
Cerceda (Pueblo).....	949
Cercedilla (Pueblo).....	1153

Cereda (Collado de la).....	1378
Cerro del Telégrafo.....	1997
Citores (Peña).....	2064
Collado Mediano (Pueblo).....	1030
Cotos (Puerto de los).....	1820
Cueva Valiente (Cerro de).....	1902
Dehesilla (Collado de la).....	1420
Entrecabezas (Collado de).....	1180
Fuenfría (Puerto de la).....	1790
Gibraltar (Collado de).....	1688
Guadarrama (Pueblo).....	981
Guadarrama (Alto del León).....	1533
Guadarrama (Sanatorio).....	1651
Guarramas (Las).....	2258
Guarramillas (Pico de las).....	2150
Herrada (Pico de).....	1804
Hontoría (Pueblo).....	1058
Horcón (Peña).....	1450
Hoyo de Pepe Hernando.....	1680
Jarahonda.....	1342
La Granja (San Ildefonso).....	1191
Lobos (Collado de la Peña).....	2213
Machota Chica.....	1405
Machotas (Las).....	1405
Majada Alta.....	1961
Majada Hambrienta.....	1768
Majalasma (Pico de).....	1933
Malagón (Puerto de).....	1585
Maliciosa (La).....	2223
Manzanares el Real (Pueblo).....	908
Marichiva (Collado de la).....	1750
Matabueyes (Pico de).....	1485

Mataelpino (Pueblo).....	1070
Matalasfuentes (Collado de).....	1680
Matasanos (Alto de).....	2085
Minguete (Cerro).....	2023
Molinos (Los) (Pueblo).....	104 <sup>a</sup>
Montón de trigo o Pan de Azúcar.....	2184
Moralzarzal (Pueblo).....	979
Morcuera (Puerto de la).....	1705
Mostajo (Collado del).....	1640
Najarra (La) .....	2106
Navacerrada (Pueblo).....	1190
Navacerrada (Puerto de).....	1778
Ocejón (Pico).....	2048
Ortigoso (Cerro).....	1421
Oso (Peña del).....	2189
Palazuelos de Eresma (Pueblo).....	1079
Pandasco (Loma de).....	2240
Pasapan (Pico de) .....	1999
Paular (El) (Monasterio de).....	1159
Peñalara (Cumbre) .....	2430
Peñalara (Laguna de los Pájaros).....	2178
Peñalara (Laguna del Operante).....	1944
Peñalara (Laguna Grande).....	2022
Peñota (La) o Tres Picos. ....	1909
Pintada (Peña).....	1920
Piornal (Collado del).....	1900
Rascafría (Pueblo).....	1163
Revengea (Pueblo).....	1143
San Benito (Cumbre).....	1616
Segovia (Pueblo).....	980
Siete Picos (Albergue).....	1975
Siete Picos. Séptimo Pico.....	2203

Sillada de Garcisancho.....	1680
Somosierra (Puerto de) .....	1428
Sonsoto (Pueblo).....	1121
Valdemartín (Cerro de).....	2277
Vaqueros (Collado de los).....	2220
Ventana (Collado de la).....	1804
Viento (Collado del).....	1899
Yelmo o Diezmo (Peña del).....	1715
Zamarramala (Pueblo).....	1006
Zorras (Peña de las).....	2192

## La Pedriza de Manzanares

La parte de los montes Carpetanos que se extiende desde el Pico del Grado en la unión de las provincias de Guadalajara, Segovia y Soria hasta el Cerro de Cabeza Bermeja en Toledo, se conoce con el nombre de Sierra de Guadarrama y siguiendo casi la misma dirección del meridiano, separando las provincias de Segovia y de Madrid, esculpidas en gneis y granito, se alzan las arrogantes cumbres que reciben los nombres de Peñalara, Siete Picos, La Mujer Muerta, Montón de Trigo, La Peñota, La Maliciosa, Cabezas de Hierro y El Yelmo. Entre estas tres últimas, se encuentra el circo de la Pedriza compuesto de descarnadas masas graníticas y dividido en dos partes: Pedriza Anterior y Pedriza Posterior, división a que da lugar una profunda depresión conocida con el nombre de Collado de la Silla o Dehesilla. Encima de éste se levanta al sur, La Peña del Yelmo o Diezmo que desde lejos aparece como un enorme canto pelado y mas al sur de esta peña están las llamadas Canchas de Manzanares.

Todas estas montañas y cerros, contempladas desde Cabezas de Hierro, se ve que forman el circo de la Pedriza cerrado por su parte norte por estas

mism aspeñas, al oeste por La Maliciosa, al este por el canto del Yelmo y al sur por el Cerro de la Camorza que el río Manzanares atraviesa entre las Puertas de la Garganta y la Peña Sagra.

Está la Pedriza en la vertiente meridional del Guadarrama y situada a unos treinta y cinco o treinta y ocho kilómetros de Madrid por la parte noroeste y como ya hemos dicho, se compone de rocas graníticas, peladas y de disposición muy particular por lo que se diferencia bastante la Pedriza de las demás montañas de la Sierra, compuestas como se sabe, de gneis, roca de origen sedimentario. Desde Madrid, se la puede distinguir perfectamente entre las demás cumbres por su distinto color, mas claro, y por su forma inconfundible.

Es la Pedriza, con la Maliciosa, los dos mayores macizos graníticos de toda la Sierra y por la topografía de su emplazamiento se comprende que el Cerro de la Camorza los unió en edades pasadas y hoy los separa la erosión producida por el río Manzanares que bien se muestra en los escalonamientos por los que se precipita entre la Garganta y la Peña Sagra en seguida de recibir la afluencia del Arroyo de la Majadilla.

Geológicamente considerada, es la parte más moderna de la Sierra de Guadarrama y está compuesta de rocas profundas alumbradas al exterior por los movimientos de la corteza terrestre, movimientos que como se comprende son obra de miles de siglos, ya que al hablar de edades geológicas, toda suposición referente al tiempo toca en los lindes de lo fantástico. Lo mismo que hemos dicho

al generalizar, de la Sierra de Guadarrama, podemos aplicarlo ahora a la Pedriza. Las rocas cristalinas a flor de tierra han ido transformándose, puliéndose, gracias a la acción de los meteoros y a las combinaciones químicas que se desarrollaron en su masa al ponerse en contacto con la atmósfera y con las aguas. Es esta obra de cincel, acaso tan larga como la de movimiento en estos elementos inanimados. Las figuras que hoy contemplamos, las erosiones de las aguas, los tajos y quebraduras que denotan movimientos bruscos independientes del primitivo fenómeno eruptivo se han labrado en las épocas prehistóricas, tan extensas como se quiera, pero probablemente habiendo aparecido ya la vida vegetal y quizá aún la animal.

Porque parece ser indiscutible, que anteriormente a todo esto, la invasión del mar cretáceo tuvo lugar durante la época mesozoica a juzgar por los restos que pueden estudiarse de los depósitos existentes cerca de Manzanares el Real, de Cerceda, y en la Cuenca de Moralarzal. En cuanto al glaciarismo de la Pedriza, no se han encontrado señales que le atestigüen, si bien debió existir aunque no muy pronunciado por lo que se desprende de su posición con respecto a los mayores macizos de la Sierra, pues las dos ramas que componen el círculo de la Pedriza arrancan de la masa de la cordillera señalándose en ésta el Alto de Matasanos y las Peñas Linderas que lo interrumpirían en lugar de favorecerlo.

La Pedriza culmina en la llamada Torre de la Pedriza que alcanza la altitud de 2205 metros y 1298

sobre el nivel de Manzanares, siendo sus otras alturas, la de 1896 metros para las Milaneras, Cancho de los Muertos a 1292, Collado de la Ventana a 1804, Canchas de Manzanares 1640 metros, etcétera. Llegando a la Pedriza por la parte de Manzanares, se encuentra antes que la Pedriza Anterior el Alcornocal, que es un macizo granítico que se eleva a 200 metros sobre el nivel del pueblo, colocado a la salida de la Garganta y a la derecha del río. Es buen punto de vista para observar el conjunto, situarse cerca de la Ermita de la Sacra desde donde se le ve perfectamente destacado y sólo, separado de la Pedriza por el Collado de la Cueva. Quizá el nombre de este macizo provenga de que en algún tiempo estuviese poblado de alcornoques, que muy bien pueden crecer en este sitio aunque ahora no se encuentran vestigios de estos árboles, empero hay que tener en cuenta que la mayoría de estos parajes fueron impenetrables bosques y hoy sólo quedan peñas descarnadas por los torrentes y con visibles erosiones que en ellas dejaron las lluvias.

La Pedriza Anterior o Cancha de Manzanares se eleva hasta la altitud de 1650 metros sobre el nivel del mar y poco más de 700 sobre el pueblo. Queda bien caracterizada esta región por su topografía particularísima y aun por el color de sus peñas completamente distinto del resto del macizo. Y por ello, contrasta tanto con la Maliciosa, que es una mole oscura, en tanto que la Pedriza Anterior tiene un marcado tinte rosáceo debido a la abundancia de ortosa que se mezcla con el granito primitivo que forma las rocas.

El aspecto que ofrece en detalle se caracteriza por las formas suaves y redondeadas de las piedras y de las moles que el agua de lluvia pulió formando por doquier amplias superficies curvas y alisando la aspereza granulosa del granito de aquellas. Luego, las roturas y descuajes, marcan sus brechas en los paredones, las fallas movieron los conjuntos, y dislocaron las aglomeraciones la fuerza de los torrentes que se forman en los deshielos y en la época de las persistentes lluvias.

Los elementos, han retocado y preparado riquísimamente la escenografía de estos parajes. Entrando por el Collado de la Dehesilla o Silla se encuentra Prado Pollo, El Risco de la Bota, Canto del Tolmo y Puente del Pollo, cada uno con su histórica significación. El Berrueco o Mitra es una roca de forma extraña que está asentada sobre una gran peña alargada de sesenta u ochenta metros de longitud y llena de cavidades cuyo origen no se conoce. Estas peñas son muy características y de buen efecto y también son muy interesante los cantos con oquedades que forman un conjunto de cuevecillas llamadas los Engibles que sin duda sirvieron de fundamento a algún antiguo castillo hoy desaparecido. La Peña de los Togados, asemeja por su silueta a dos jueces sentados en sus escaños, claro esta que poniendo de su parte el observador la necesaria fantasía y colocándose en el punto de vista más apropiado. Así mismo, es curioso de ver la Peña del Pájaro que una terrible dislocación eruptiva colocó en la postura actual y la gran piedra llamada Peña del Dante, porque tiene la silueta de un rostro humano, alargado

y con rasgos que son característicos al glorioso autor de la Divina Comedia. El Hueco de las Hoces, es una estría honda y estrecha en donde se han encajado enormes bloques caídos de las cimas y que ahora casi lo obstruyen por completo. Contemplando estos muros partidos, las piedras lanzadas, los restos desperdigados de las cresterías, las brechas y hondonadas, los anticlinales saltados y aquí y acullá, las acumulaciones ciclópeas, se da cuenta el observador de lo que debió ser en tiempos el cataclismo que originó las ruinas de hoy. Toda la roca se levantó, no una vez, sino muchas, no un día sino cientos de ellos, sacando de las entrañas de la Tierra las piedras que ahora pulimenta la lluvia y colorea el sol. Desde las cimas de las montañas las aguas de nieve, se precipitaron rápidamente hacia la llanura arrastrando los materiales que de las laderas desprendieron. Este mismo agua de nieve o de lluvia se deslizó por las grietas de las peñas y se filtró entre ellas para hacer brotar más lejos los manantiales que nacen en el barranco, el Arroyo de los Huertos o el de Majadilla que vierte en el Manzanares.

Merced a la acción destructora de las aguas las laderas se pulimentan arrastrando aquéllas los cantos sueltos y haciendo precipitarse y desplomarse por el derrumbadero millones de toneladas de trituradas rocas que vienen a rellenar las oquedades y a cegar los pasos naturales de los barrancos obligando a las aguas torrenciales a variar su curso y abrir nuevos lechos aunque sea en la misma roca viva. Y así, cuando inundadas todas las grietas la temperatura desciende a bajo cero grados, el agua se con-

vierte rápidamente en hielo y al aumentar de volumen, mueve, inclina, descuaja o precipita masas de roca que ninguna fuerza humana hubiera podido variar.

Todo esto muestra bien a las claras el paisaje de la Pedriza. Allí se pueden observar los efectos violentos de los elementos y el trabajo lento y constante de los mismos. A esta última clase, a la de cincel, que pudiéramos llamar, pertenece el Yelmo. Está situada esta peña, sobre la Pedriza Anterior, aislada, y alcanza una altura de 150 o 170 metros aproximadamente, por su parte más alta. La forma de esta piedra, es suave, redondeada y un poco alargada, de bonito color tostado, muy pulimentada, rajada por algunas partes con hondas brechas. El mejor punto de vista para abarcar esta peña en toda su extensión, es desde el sur de la pequeña llanura en que se asienta y así, se ve casi esférica, hasta el punto de que asemeja algo artificial. Pero bien pronto se echa de ver por sus colosales dimensiones que no es obra humana y sí, un yelmo de atlante forjado en la inmensa fragua de las entrañas de nuestro planeta; de su forma de yelmo que se descubre cuando la contemplamos desde el oeste, le viene el nombre a la peña. Rodeándola se descubre un gran tajo que la hiende de parte a parte hasta su base y que permite el paso de un hombre y gracias a él podemos alcanzar las erosiones que por la parte norte nos permite escalar la piedra en cuestión; en su base se forman balsas pequeñas y en sus inmediaciones brotan fuentes cristalinas que aumentan con el encanto de sus arroyuelos la belleza de las prade-

ras que por este lado se extienden. De modo, que dando la vuelta a la peña, como ya hemos dicho, muestra aspectos muy diferentes: su forma suave y lisa por un lado, a modo de monstruoso hito; sus brechas por el otro, trágica huella del poder de los elementos; las cornisas abruptas que forman su cimera y en fin, los muros verticales que muestra por el norte. Así también cambia su altura reduciéndose por este mismo lado casi a la mitad de la que adquiere por el contrario.

Conforme nos separamos de ella y la vemos hundirse en el Hueco de las Hoces, cubierta de líquenes como manchas de hierro, tan brava, tan solitaria y tan original, su silueta nos acompaña mucho tiempo y no olvidaremos jamás sus características por ser una de las peñas más extrañas y particulares de toda la Sierra de Guadarrama.

Naturalmente, la condición del suelo de la Pedriza no es muy propicia a las grandes masas de arbolado, aunque como decimos antes sí debió poseerlo y en grande abundancia, pero no imaginamos por que desapareció, si no fué que lo hicieron desaparecer los hombres, y entonces, limpio el suelo del obstáculo de los árboles, las aguas de lluvia y las de nieve se encargaron de arrastrar la mayor parte de la tierra vegetal respetándola únicamente en aquellos lugares en que por sus condiciones topográficas resbala el agua sobre ella; en los valles y en los cabezos, queda la pradera como hemos dicho, junto al Yelmo mismo, entre las peñas y en los declives a veces excesivamente pronunciados de los paredones pétreos. Crece también el cantueso, el

brezo y la jara y se ven en los parajes más sombríos ralas matas de helechos. El paisaje pues, ya lo hemos descrito, es más bien desolador, pero en ninguna manera desagradable. Tiene la traza severa que la falta de vegetación arbórea y la abundancia de rocas extrañas, le presta; puntos de concomitancia hallamos con la Sierra de Gredos, salvando, claro está, magnitudes y perspectivas, pero no llega ni con mucho al gesto trágico de aquella, ni a su color, ni a la brusquedad de sus picachos, asemejándose aún más la Maliciosa a aquellos.

Al lado de estas alturas y un poco más allá del Yelmo se precipita rápidamente la depresión de la Silla o Dehesilla por cuyo fondo corre el gracioso arroyo. Este Collado une la Pedriza Anterior con la Posterior, más alta ésta que la primera. En él se halla el canto del Tolmo que desprendido de las cumbres de la Pedriza Posterior cruzó en un prodigioso salto el tajo labrado por el Arroyo de la Dehesilla si bien suponemos que cuando esto sucediera el trabajo de erosión de esta corriente no sería tan notable como ahora. Esta depresión del Collado aparece más señalada en cuanto está colocada entre las alturas de las dos Pedrizas y desprovista de grandes masas de vegetación que dulcificaran sus contornos. De todas maneras este paraje tiene una característica alegre que le presta la abundancia de agua que se observa; es lástima que no estuviera cubierto de bosque pues así en la excursión hallaríamos el contraste del paisaje desolado y pedregoso a la jugosidad del valle animado por el rumor siempre grato de los arroyos. El Tolmo, yace al borde

de la trocha que va a Chozas de la Sierra; es un enorme canto que tiene 20 metros de alto y 70 de circunferencia; nada de particular ofrece en su traza y sólo es admirable al recordar su desprendimiento del lugar que debió ocupar primeramente que no parece otro que la brecha del muro en la crestería del borde de la Pedriza Posterior. Sobre este canto vive un árbol más enteco que frondoso a pesar de sus años, pues ya nos habla de él don Casiano de Prado a mitad del siglo anterior.

Y llegamos ya a la Pedriza Posterior, encerrada en el circo de cumbres entre las cuales se abren el Collado de la Ventana y de la Dehesilla por una parte y por la otra el Collado Cabrón. Por el Collado de la Dehesilla se unè ésta a la Pedriza Anterior. A la entrada, se encuentra el Albergue Giner. A una hora de este albergue el Risco del Pájaro, el que se puede alcanzar siguiendo la senda de la Majadilla que se abandona a la media hora de dejado el refugio para subir por la ladera que baja hasta el arroyo de los roquedales del Pájaro. Bordeando primero y luego subiendo, se encuentra la chimenea que está entre el Risco del Pájaro y el que se alza detrás. Cuesta algún trabajo escalar la dicha chimenea y una vez dominada, dejando atrás dos grandes piedras que se han de atravesar, se cruza el Salón del Pájaro, para escalar el Risco definitivamente. No hay que confundir la Peña del Pájaro que está en los riscos de la Pedriza Anterior con el Risco del Pájaro posado sobre el Pinganillo en la Pedriza Posterior.

Las elevaciones mayores de esta Pedriza, están

en la Cuerda de los Pinganillos sobre la que se abren los Collados de la Ventana y de la Dehesilla. El primero de estos dos, que se alza a la altitud de 1804 metros, es una depresión suave en cuya parte norte se encuentra el Cancho de la Herrada, peña que reúne parecidas características con las de la Pedriza Anterior; por este Collado de la Ventana se puede alcanzar el Hoyo de San Blas, especie de valle formado en la parte externa del circo y la prolongación de la Sierra. La Cuerda de las Milaneras es inferior en altura a la de los Pinganillos, puesto que ésta muestra cumbres que alcanzan 1925 metros sobre el nivel del mar, en tanto que la de Milaneras culmina en Cancho Centeno con 1900 metros, pero sus montañas son muy amplias aunque menos tajadas y abruptas. La Peña del Rayo alcanza 1885 metros y luego toda la cuerda desciende paulatinamente, hasta el Collado Cabrón, que alcanza 1302 metros y termina en el Cancho de los Muertos.

El Arroyo Cuervo recorre un dilatado valle, sombrío y angosto al principio y que se halla formado por la cara externa de la Cuerda de las Milaneras y las estribaciones del Guadarrama. Con los riscos de Matasanos se completa el circo de la Pedriza Posterior, uniéndose en este punto las montañas de los Pinganillos por una parte y de las Milaneras por la contraria. El piso de este gran hemicyclo que forma la Pedriza Posterior, por su entrada de la Garganta está formado por tres escalones denominados sucesivamente, Prado Pollo, Los Llanos y Los Llanillos. Especialmente Prado Pollo es un lugar muy pintoresco y apacible cubierto de pradera, a propósito

para el descanso en la excursión después de haber cruzado la Pedriza Anterior y el valle de la Dehesilla.

Ya hemos hablado del Albergue Giner; este albergue está perfectamente colocado junto al cruce de los caminos que van desde el Puerto de Quebrantaherraduras al Collado de la Dehesilla y el que sube a la Pedriza Posterior por la Majadilla. Pertenecen este albergue a la Sociedad Peñalara, a la que tanto tienen que agradecer los montañeros; algunos, ponen un pero al magnífico refugio, el de su situación un poco lóbrega y su exposición inadecuada, pero debe tenerse en cuenta, que aquel se estableció en ese lugar porque fué aprovechada la cesión que del terreno hizo D. Casiano Guijarro, vecino de Manzanares el Real; y además, la construcción perfectamente racional del albergue, permite desde su interior, a través del ventanal, la contemplación del panorama de la Pedriza.

Para llegar a la Pedriza de Manzanares, es necesario trasladarse hasta Villalba, por ser éste el camino más cómodo, partiendo de Madrid. Ya hemos dicho anteriormente que este trayecto puede hacerse por carretera o por ferrocarril; treinta y nueve kilómetros separan a este pueblo de la Corte y el ferrocarril invierte una hora escasa en el recorrido. Teniendo facilidad de trasladarse por carretera, pueden seguirse los siguientes itinerarios:

Desde Madrid, por Puerta de Hierro, a Torrelo-dones, Collado Villalba. Y desde este pueblo a Morzarzal, luego Cerceda y por fin Manzanares el Real, última etapa para alcanzar la Pedriza.

Desde Madrid, por Puerta de Hierro, a Torrelo-  
dones, Hoyo de Manzanares a Colmenar Viejo, Em-  
balse de Santillana y Manzanares el Real.

Desde Madrid, por Tetuán de las Victorias a  
Fuencarral, término de Valdelamasa, Castillo de Vi-  
ñuelas, Colmenar Viejo, Embalse de Santillana y  
Manzanares el Real.

El primer itinerario que apuntamos es el que se  
sigue más frecuentemente, por ser el más rápido. La  
carretera, desde Torrelo-  
dones a Collado Villalba, es  
muy pintoresca; el paso del puerto en el alto de «El  
León» es también un lugar sumamente agradable.

El segundo itinerario, es más largo que el ante-  
rior, pero más pintoresco el camino; desde Torrelo-  
dones al mismo Manzanares el Real el paisaje es  
encantador; muy curioso el Embalse de Santillana  
que provee de agua a un gran sector de Madrid y  
desde aquí a Manzanares, siete kilómetros de cami-  
no muy grato.

El tercer itinerario es el menos frecuentado para  
visitar la Pedriza, pero es bastante buena la carrete-  
ra, aun siendo la mayor parte de segundo orden. Poco  
se diferencia del anterior en cuanto al paisaje, pues  
la parte que tienen diferente es poco interesante.

Como quiera que la facilidad de trasladarse por  
carretera, no está al alcance de la mayoría de los  
montañeros, vamos a dar el itinerario por la esta-  
ción de Villalba y a partir de este pueblo, haciendo  
hasta Manzanares el Real, el trayecto a pie, el mejor  
modo de conocer el camino, el más práctico, el más  
sano, en una palabra, el recomendable por todos los  
conceptos.

Una buena carretera une Villalba con Moralzarzal, primer pueblo del trayecto y distan ambos entre sí nueve kilómetros. Moralzarzal está en la divisoria que separa los valles de Guadarrama y Manzanares. A la salida del pueblo la carretera tuerce para penetrar en el valle de Samburiel, regado por el arroyo que le da su nombre. Este arroyo con trazas de río, es muy lento por la horizontalidad del valle, formando curvos remansos que le dan muy agradable aspecto; su agua cristalina invita al montañero a detenerse un rato y quizá a anticipar con algún furtivo bocado la hora de la colación.

El segundo pueblo que hallamos en la ruta es Cerceda, que nada tiene que le haga notable; el camino hasta él, ya le hemos descrito y desde él hasta Manzanares el Real, último de la etapa, encontramos al río madrileño por primera vez, al final del camino por el que debemos recorrer desde Villalba diez y ocho kilómetros.

Aunque la distancia es regular, como la carretera es buena y las pendientes no son pronunciadas pues casi todo el trayecto es llano, caminando a paso regular se invierte en el total unas tres horas o a lo sumo tres horas y media. Haciendo el recorrido bien por la mañana temprano o al anochecer, en verano, es más un agradable paseo que otra cosa. Por otra parte, la presencia de la Maliciosa y de la Pedriza que nos acompañan constantemente, parecen invitar al excursionista a acelerar el paso y acortan virtualmente la distancia a la montaña.

Ya hemos llegado a Manzanares el Real. El pueblo, es como casi todos los de sierra un pueblo hu-

milde y pobre. El castillo del Marqués de Santillana, domina el caserío. Hoy está perfectamente restaurado y es muy hermosa y sorprendente su fábrica poderosa.

Parece ser que los terrenos en que se halla actualmente el castillo de que hacemos mención, fueron cedidos por Don Juan I en favor de su mayordomo Pedro González de Mendoza hacia fines del siglo XIV. Más tarde, a mediados del XV, Don Juan II creó los títulos de Conde del Real de Manzanares y de Marqués de Santillana concediéndolos a don Iñigo López de Mendoza, autor inmortal de las «Serranillas» en pago a su conducta heroica en la batalla de Olmedo. Este Don Iñigo, fué el que comenzó la construcción del castillo, mandando fabricar hacia 1440 el cuerpo central, cuadrangular, torreado, con el recinto interior, en el que incluyó una ermita o iglesia pequeña de estilo románico, que existía en una eminencia del terreno.

El hijo primogénito del primer Marqués de Santillana, D. Diego, convirtió el castillo en Palacio el año 1474 y en 1480, el segundo Duque del Infantado hizo construir la elegante galería alta del mediodía.

El castillo es muy digno de visitarse y admirable por muchos conceptos, por lo que recomendamos a los montañeros que no dejen de hacerlo sirviéndoles a la vez de descanso en el camino de las cumbres ya cercanas.

También es bonita e interesante excursión la que se puede hacer a la Ermita de la Peña Sacra. Esta ermita dista media hora de Manzanares y está emplazada sobre una gran peña en la orilla del río a la

salida de la Garganta. Tiene su leyenda de bandolerismo.

Es tiempo, que antes de seguir adelante, refiramos alguna de las que sobre estos lugares y la Pedriza corren en boca de los naturales de los pueblos cercanos.

Dice en su magnífico libro «La Pedriza del Real de Manzanares», su autor el Sr. Bernaldo de Quirós hablando de la Ermita de la Peña Sacra:

«Quedan todavía en la Pedriza abundantes recuerdos de sus antiguos señores, los bandidos. Algunos, inocentes, como el gran cancho señalado por su juego de pelota, por encima de la cueva del Avemaría y en la dirección de la Garganta. Otros, francamente criminales. La Ermita de la Sacra ha debido sufrir algún asalto sonado. Cierta número del «Semanario Pintoresco» del año 1847, inserta un pintoresco grabado que le representa, sin que en el texto del periódico se halle otra mención del suceso, que reaparece, según tenemos entendido, en alguna de las cincuenta voluminosas novelas del novelista popular Enrique Pérez Escrich, a quien sus aficiones cinegéticas llevaron a registrar ésta y todas las partes de la Cordillera. El antiguo posadero de Manzanares el Real, Angel Viñas, recuerda todavía, de memoria, algún fragmento: «¡Atrás! gritó la guardesa de Peña Sacra, haciendo fuego sobre los bandidos». Más dentro de la Garganta, a la orilla izquierda del río, la Peña de los Gangas ostenta tres cruces en memoria de los hermanos de este nombre, asesinados allí por los malhechores.

Águas arriba aún, avanzando sobre la amplia



plaza que se forma en la confluencia del Arroyo de la Majadilla con el río Manzanares, en la rama occidental de la Pedriza Posterior que hemos convenido llamar «de las Milaneras», se levanta, como primera de sus crestas ascendentes, el Cancho de los Muertos—1292 metros—, cúpula rubia, toda saltada superficialmente, a la que se refiere la más trágica historia de bandidos, que Ricardo Laforest oyó referir al pastor Ambrosio Esteban, en los siguientes terminos:

Hace ya tiempo, cuando por aquí andaban los «peseteros» ocurrió el caso que voy a contarles.

Uno de ellos, el jefe, robó de Madrid una señorita perteneciente a una familia aristocrática, señorita que fué su compañera durante bastante tiempo.

Un día, por motivos de su profesión (?), hubo de ausentarse yendo a Manzanares con la cuadrilla; al cuidado de la dama y del cobijo donde pernoctaban dejó a dos de sus secuacés.

La ocasión hace el deseo—dice el refrán—y ellos que cuando más acostumbrarian a tratar con mujercas de aldea, proyectaron abusar de la encomendada a su custodia.

Al efecto los dos guardianes comunicáronse sus pensamientos y echaron a suerte para ver quien sería el afortunado que poseyera el más preciado tesoro de su capitán.

Cupo a la causalidad designar a uno de ellos, matón y pendenciero, el cual se dirigió al lugar donde, ajena a lo que se proyectaba, encontrábase la que suponían fácil víctima.

Cuando la dama, pues no por su situación espe-

cial dejaba de serlo, percatóse de los propósitos del hombre que se acercaba, demandó auxilio.

A los gritos acudió el compañero que antes probara fortuna; ambos disputaron, acabando en lucha a brazo partido, quedando muerto uno de ellos.

Al regresar el Jefe tuvo noticia de lo acaecido, y ante toda la banda dictó la sentencia:

El muerto, bien muerto estaba.

El vivo, fué condenado a llevar el cadáver a terreno más apropiado que aquel en que se encontraban, encaminándose, pues, a los riscos del Campo Santo o de los Muertos.

Llegados que fueron a este lugar, el capitán ordenó al matador arrojar por un peñascal el cuerpo del que fué su compañero. Así lo hizo.

—La justicia al muerto, está ya hecha—dijo el Jefe en alta voz—; lo que aún queda por decir es el castigo que este merece por intentar apropiarse de lo que a su custodia se confía ¿Qué pena se le aplica?

—¡La muerte!

—¡Sea!

Y aproximándose al reo le dió un fuerte empujón para enviarle hacer compañía al cadáver que antes arrojó; más al caer el sentenciado, asióle de una pierna, y Jefe y subordinado rodaron por los canchos hasta un lugar recóndito, en que, según el pastor, aún blanquean los huesos de los tres cadáveres.

Después de esto, la banda se dispersó, dejando como castigo, abandonada en la Sierra a la causante involuntaria de aquel suceso.

Largo tiempo anduvo desorientada la dama por entre los canchales, hasta que el «Mierlo» pastor

criado en esta Sierra, acertó a encontrarla. Contóle ella sus cuitas y el pastor abandonó su rebaño y la condujo a Madrid.

Grande fué la alegría de sus padres al recuperar a la que creían perdida para siempre. Ofrecieron al «Mierlo» toda clase de comodidades si dejaba La Pedriza e iba a vivir con ellos.

Todo lo rechazó el pastor; las cabras, las jaras y los canchos rubios de su Sierra valian para él más que todos los bienes y placeres conque pudieran regalarle en la ciudad.

Y el «Mierlo» que pudo disfrutar una posición desahogada y tal vez haber llegado a ser un personaje, volvió a su chozo tornando a su antigua vestimenta, consistente en un pedazo de sayal atado a los riñones con una tomiza.

El «Mierlo» fué muerto violentamente algunos años después en aquel Collado, y el pastor Ambrosio señalaba uno de la Cuerda del hilo que debe caer entre Navácerrada y Becerril»...

Esta versión de Ricardo Laforest, está modificada, según el Sr. Bernaldo de Quirós, con la referencia de D. Manuel Bernabé, Juez de Cebreros. La dama, dicen, murió, también despeñada y su esqueleto o un fantasma de su alma, deambuló por entre los roquedales que la vieron viva, causando el horror y el miedo consiguiente entre la gente pastoril. Y hasta aseguran que un guardador de ganados, de más temple que los otros, halló después de muchas búsquedas el vestido que llevaba el esqueleto y registrándolo encontró cosidas en él, muchas monedas

de oro que dieron origen a una de las fortunas que existen en Colmenar.

Sigamos todavía la voz de la conseja, y abandonemos al lector a las delicias del cuento o historia que refirió Bautista Montalvo, anciano centenario de Matalpino, transcritas por la nunca bien encomiada pluma del ilustre montañero y polígrafo de quien son estas referencias, D. Conancio Bernaldo de Quirós.

«Fué una mañana de otoño. Había salido en compañía de su padre, el tal Montalvo, en busca de unas yeguas cuando divisaron la gente de Pablo Santos — célebre bandido cuyas hazañas en la Pedriza corren parejas con las de Luis Candelas en Sierra Morena — en la senda que viene desde Matalpino a Navacerrada, bordeando las bellísimas estribaciones de la Maliciosa. El padre del adolescente, ahora centenario, estrenaba aquella mañana, velada con el añublo de los arroyos entre robledos, un capote comprado a un pañero de Riaza, que acaso favorecía a los bandidos. Días antes le habían tomado una escopeta con vanas palabras de devoción, y ahora, al verlos, se echó a temblar por su capote, que, en efecto, le fué confiscado en el momento. El anciano recuerda el brillo de la boca del trabuco de Pablo Santos bajo la manta del bandido. Hacia el mismo sitio, a la tarde, padre e hijo volvieron a encontrar a los malhechores. Tenían al fuego un enorme caldero de rico chocolate de Astorga, despojo del robo de la mala de Galicia. Celebraban el éxito con ruidosa alegría y les obligaron a participar del pantagruélico festín inesperado. Luego marcharon adelante, en di-

rección de la Peña de Mediodía, gran reloj natural de todo el valle de Samburiel, que, como colosal gnomón de un reloj de sol natural, se levanta a poco más de media ladera y en la vertiente meridional del Collado de Val de Halcones, entre esta depresión y la más marcada y baja del Collado de El Boalo; ambas talladas en las que pudiéramos llamar «Cuerda larga de la Maliciosa», esto es, en su derivación sudoriental, que llega casi hasta tocar la Pedriza de Manzanares.

La codicia de los salteadores, ya en la seguridad que les brindaba la salvaje naturaleza del Barranco del Robledillo, por donde se asciende a la Peña de Mediodía, ¿resistió, para el reparto de la presa hasta llegar a este alto risco?

Buen rato antes abre su abrigo el curioso Cancho del Horno, gran canto semejante a un hemisferio hueco sobre el suelo; excelente refugio natural abierto al sudoeste, en cuya postrera lejanía se divisan, en pálido azul, las cumbres de El Escorial, con el arranque de la Sierra de Malagón, entre Cabeza del Guijar y Cueva Valiente. La banda se detuvo allí tras la cerca ahora arruinada de los llamados «Huertos», y ante el fuego, resguardados del aliento glacial de las Cabezas de Hierro, inició el reparto deseado.

Surgió en el acto la discordia. El llamado «Isidro» de Torrelodones, se retiró unos pasos, y, a traición, de un trabucazo, mató a Santos, que cayó cara a tierra, junto a la hoguera.»

Aún queda la terrible historia de las hazañas torpes de Paco el Sastre, asalariado o compañero del Candelas, que secuestró los hijos del Marqués de

Gaviria en tiempos de Isabel II. Este individuo murió ejecutado poco después.

Pero hemos abandonado demasiado nuestro intento de itinerario y es fuerza volver a él.

No muchos metros más allá de la Ermita de la Sacra, están Las Pilas, dos huecos, naturales al parecer y muy semejantes aunque de distinto tamaño. y más adelante aún, sobre la pradera, el Canto Redondo, peña pulida alrededor de la cual forman el «giro tondo» los mozos de Manzanares, una vez al año, por Pascua.

Continuando el curso del río, se sigue por la derecha al Arroyo Majadilla y así entramos en la Pedriza Anterior y siguiendo este mismo afluente se llega al Albergue Giner que se encuentra en la parte noroeste del Yelmo. Puede también visitarse la Pedriza llegando al circo por el Puerto de Quebrantaherraduras de donde sale un camino que termina en la confluencia del Arroyo Majadilla con el río Manzanares.

Desde Manzanares el Real a la Pedriza, median unos siete kilómetros que el montañero puede salvar en dos horas cumplidas, pues la resistencia del terreno es grande, las pendientes bruscas y los senderos, cuando los hay, borrosos. Atendiendo al refrán «no hay atajo sin trabajo» nos abstenemos de describir éste o aquél, que muy bien pueden trazarse a capricho de cada uno al tomar orientación a la vista de las cumbres a que se desea llegar.

Como puntos de vista de conjunto del circo de la Pedriza, señalamos el Collado de Val de Halcones, a donde se llega cómodamente por la senda lla-

mada Trocha del Regajo del Horno, que parte de El Boalo, pueblecito situado entre el Collado de Quebrantaherraduras y el de su nombre, claro está que en la falda de la montaña, y el Collado de la Venta, desde el cual se divisa perfectamente el circo y todas sus alturas hasta Cabeza de Hierro y la Maliciosa y el Yelmo por el sur. Esta observación de conjunto, es grandiosa y ofrece uno de los espectáculos más emocionantes que se pueden gozar en todo el Guadarrama.

Para resumir la excursión a las Pedrizas, diremos, que en total, a partir del pueblo de Villalba, se emplean a buena marcha, unas seis horas para salvar los veinticinco kilómetros que median entre el pueblo y el circo de la Pedriza. El camino en general, es bueno. Las anfractuosidades más duras, no se dejan notar en los primeros veinte kilómetros, pero luego, las exageradas pendientes que anteceden a las faldas de las montañas dificultan mucho la marcha, si bien compensan el esfuerzo con lo grandioso del espectáculo que nos procuran.

Creemos haber puesto en antecedentes suficientes al montañero y al neófito que quiera conocer los detalles de esta región de Guadarrama.

Para la excursión interior de la Pedriza, tenemos como apoyo, además del Albergue Giner de que ya hemos hablado, el Chozo Kindelan, que aunque muy abandonado actualmente puede servir en caso de necesidad. Está situado en la mitad de la ladera de los riscos que están bajo el Cancho de los Muertos, en la margen derecha del Arroyo de la Majadilla. Es una especie de resguardo, construido bajo

una peña caída y cerrado por los hermanos Kinde-  
lan con un pequeño muro que hoy se arruina. De-  
bemos a estos señores, además de este lugar de  
refugio, cuya labor de construcción debió ser enojo-  
sísima y por lo tanto digna del mayor agradecimien-  
to, esa graciosa idea de instalar un cuaderno de  
referencias en el que todo excursionista pone sus im-  
presiones y del que tanto pueden valerse los monta-  
ñeros, apreciando en él la condición que señala el  
Sr. Bernaldo de Quirós, ser quizá el primer germen  
de la literatura roquista de nuestra Sierra, al ejem-  
plo de esos libros de recuerdos que hemos visto en  
Gredos, Picos de Europa y Pirineos, y el decano de  
todos los conocidos, el de Bludenz, en Austria, ini-  
ciado en el año 1603.

El Refugio de la Majada de Quila es un hoyo si-  
tuado en la pared sur del piso central de la Pedriza;  
es incómodo y pequeño pero muy aprovechable. De-  
biera arreglarse y hacerle un poco más capaz, pues  
lo merece por su situación, ya que siempre ha servi-  
do de alto en el camino de la Pedriza Posterior.

## La Pedriza de noche

*(Notas de nuestro cuaderno de montañero)*

Visión dantesca interpretada por Gustavo Doré; esto es la Pedriza de noche.

Hemos llegado cuando anochece al Albergue Giner. Nos cansó el camino y necesitaban nuestros miembros unas horas de laxitud. Y también traíamos el alma hastiada de las luchas de la ciudad, de las contrariedades cotidianas y de todas las pequeñeces que nos sobresaltan cada día. No había sido aún bastante para orear nuestras preocupaciones el silencio del campo, la anchura de los valles recorridos, el rumor de los arroyos, ni el fresco viento serrano que amoroso nos besó la frente. Venimos a la Sierra, a la Pedriza, en busca de salud, de nuevas fuerzas, a disfrutar del encanto que tiene para nosotros la montaña.

Así, hemos llegado al refugio Giner.

Se va poniendo el sol en los roquedales. Hace frío. Penetramos dentro y con la alegría sencilla que es patrimonio del montañero, charlamos y reimos entre tanto que se hace la cena. Al calor de un buen

fuego, confortados por un sorbo de añejo vino de nuestra cantimplora, amada compañera en la Sierra a quien besamos enamorados y rendidos, van cobrando vigor nuestros músculos y entonación los descarriados y lúgubres pensamientos. ¡Inolvidable dulzura, tranquilas horas pasadas en el Albergue Giner!...

Cuando termina la cena frugal, pero exquisita, transcurrida en alegre compañía, ya es de noche. No importa la hora. A través del ventanal, penetran debilísimos resplandores que anuncian la presencia de la luna, luna llena, tras un denso penacho de nubes.

Unos minutos más de charla y cada cual arregla su lecho para descansar. Se apaga la última vela que esparcía su incierta luz sobre nuestro pintoresco campamento improvisado. Todavía vuela en la sombra el eco de una risa, que coronó la agudeza dicha por uno que ya duerme y unos minutos después, solo se oyen en la estancia, las respiraciones regulares de nuestros compañeros que forman rítmico contrapunto a las ráfagas de viento que hacen temblar la puerta del albergue.

Ha pasado una hora.

Es imposible conciliar el sueño. Esta nuestra imaginación cargada de demasiadas preocupaciones. Nunca nos pareció dura la cama montañera hasta hoy. Hemos dormido sobre la pradera, bajo el risco, a cielo raso sobre la roca y jamás como ahora nuestros ojos abiertos buscan en el vacío un consuelo para su deseo.

Un malestar especial nos agita. El terrible insom-

nio, origen de las más extrañas fantasías, sacude bruscamente nuestros nervios. Ponemos atención a todos los ruidos; el silbido del viento entre las peñas, el murmullo del arroyo cercano, el más leve movimiento de los que duermen.

Con la mayor cautela, nos levantamos, buscamos a oscuras nuestro calzado y con él en la mano, sin ser oídos salimos fuera. La luna, lucha contra montones de nubes que se agarran como humo de un incendio a las cumbres del Collado de Quebrantahe-raduras; ráfagas de viento huracanado nos golpean el rostro con tal violencia, que nos hacen titubear. Hace frío, quizá demasiado frío, pero la obstinación de la idea concebida recientemente, nos hace fuertes.

Resguardándonos contra la pared nos calzamos y sin pensarlo más, rápidamente, echamos a andar deprisa, a correr casi, en dirección al arroyo... ¿a dónde vamos, a qué?... ¡A la Pedriza, a buscar en la Pedriza, de noche, un poco de sosiego para nuestro espíritu alterado!

Hemos andado casi un cuarto de hora, probablemente más, atentos solo a los obstáculos del camino. Nuestros músculos, han cedido por fin al cansancio y casi sin quererlo nos detenemos. Es entonces cuando levantamos el rostro hacia las cumbres, hacia el cielo. ¿Cómo decir lo que hemos visto entonces?

Sentados en un saliente que cae cerca de un paredón vertical, digno trono de Júpiter Tonante, apoyados el mentón en la mano, contemplamos el cuadro que nos rodea. La luna ha roto las nubes y a través de un cendal vaporoso nos envía sus luces, fina lluvia de agujas de acero que se quiebran centelleantes

contra las negras peñas. Cada sombra, es una honda sima sin fondo; las redondas piedras que se descubren a nuestros pies, parecen enormes calaveras; allá abajo, en el angosto valle, brilla el arroyo rumoroso, escondiéndose a ratos entre los brezos y las jaras y retratando mil veces la roja caraza de la luna en el bruñido espejo de sus caprichosos remansos. Y más allá, las dentadas peñas que como inmóviles fantasmas acechan el misterioso enigma de las sombras. Y sobre todo ello, las cumbres que formando amplio circo, clavan sus agudas aristas de piedra en el suave y blanco seno del inmenso mar de nubes por el que la rueda de luz, resbala como una gota de rocío sobre un terciopelo impoluto.

¡Cuántas cosas hemos visto que no acertamos a decir! ¡Cómo hemos temblado de noble emoción, emoción que causa la belleza que se apodera de nuestro espíritu! ¡Con cuánta rendida admiración hemos amado nuestra majestuosa Pedriza!

El tiempo va pasando y nuestros ojos no se cansan de mirar. Ora los cielos serenos, o ya la tierra brava y terrible o las hondas lejanías que como mares muertos desaparecen en el infinito. ¡Cuánta grandeza, cuánto rumor, cuánta paz sobre todas las cosas!

Nos vuelven a la vida los chasquidos de gruesas gotas de lluvia que estallan contra la roca del suelo. El cielo se encapota rápidamente y todos los ruidos se embazan y debilitan. Ha desaparecido la luna tras los montes de Matasanos.

El viento, que huele a tierra removida, abate el agua contra los paredones y los canchales y gime

haciendo sonar el arpa de los resecos lentiscos. Aún hemos recorrido con la vista el circo de la Pedriza y con los últimos destellos hemos adivinado el Yelmo, flotando como una gran boya en el agitado mar de sombras. Las gigantes cumbres se diluyen en la lejanía y nosotros, zarandeados, empujados, despedidos por el viento, emprendemos la marcha barranca abajo, aguantando el azote de la lluvia que nos cala la ropa, tropezando sin ver, tendidas las manos a lo desconocido, que nos presenta su faz horrible, en la que sin reconocer formas, vemos a través de nuestro propio delirio.

Esto es la Pedriza de noche; visión dantesca interpretada por Gustavo Doré.

## Siete Picos

Quizá son las montañas más visitadas de la Sierra debido a la situación que ocupan respecto a los «chalets» de las dos principales sociedades montaÑeras el Club Alpino Español y la Real Sociedad Peñalara.

No hace falta conocer la Sierra de Guadarrama para representarnos inmediatamente la silueta del macizo de Siete Picos. Desde Madrid, colocándose en el Paseo de Rosales, que es un magnífico balcón que se asoma a estas montañas, se divisa el conjunto del Guadarrama perfectamente. Peñalara, Siete Picos, La Maliciosa, La Pedriza, se recortan sobre el azul del cielo en el verano o sobre las cárdenas nubes otoÑales; el panorama no puede ser más atractivo y encantador. Situándose en la terraza superior colocada al final del Paseo, que está sobre el Parque del Oeste, vemos a nuestros pies, el ancho tapiz de arbolado y praderas, parque artificial de caprichosa topografía, tan variado de colores y formas, con sus bosquetes de arbustos, sus paseos bordeados de hayas o plátanos, sus riachuelos en cuyas márgenes crecen los bambúes, los lilos y los aligüestres; a la izquierda del Parque del Oeste, al otro la-

do del río Manzanares, la agreste Casa de Campo, que se extiende hasta el Pardo, cerrando por esa parte el horizonte con sus pintorescos cabezos manchados de pinos y encinas y sus mullidas calvas donde crece el aromático tomillo, pasto de innumerables conejos y aun caza mayor, que son un encanto más de este dilatado lugar, perteneciente al Patrimonio Real.

A la derecha de la Casa de Campo, mirando siempre desde nuestro observatorio, por detrás del Parque del Oeste, se abre amplio el valle, de campos cultivados de cereal en la llanura, y tras ellos los cerros de la Moncloa, asiento de algunos árboles envidiosos de la frondosidad del cercano vergel, que se desparraman hasta la Casa de Velázquez castiza construcción netamente española que eleva sus torres de pizarra, elegantes y poderosas, más altas que los movibles chopos que crecen en los arroyos del Parque. Más al este aún, la mole del Instituto de Higiene de Alfonso XIII edificio de estilo francés, cuyas abotargadas mansardas acusan más su extranjerismo al emparejarse con las agujas españolas de la mansión velazqueña.

Y luego, la perspectiva de la llanura castellana, tan llena de encantos, de luces y tonos, semejante a la paleta de un pintor. Y contra el cielo, la Sierra brava, la Sierra con sus cumbres blancas y sus laderas azules y sus canchales grises y sus valles verdes; la Sierra con su encanto mágico que atrae todas las miradas, suspende la palabra en los labios y enamora el corazón; nuestra Sierra tan grata, que el sol besa coronándola de oro y púrpura, y esmaltando

de reflejos metálicos el suave armiño de sus nieves.

Porque Siete Picos esta situado en el centro de este paisaje, todos los madrileños le conocen. Su estructura es típica y sin dificultad pueden reconocerse cada una de sus elevaciones que se destacan perfectamente en la serranía.

Y quizá, también por esto, este macizo es el preferido en las excursiones.

La altura mayor de esta cadena de montañas corresponde al Séptimo Pico, comenzando a contar por el oeste, que se eleva a 2203 metros sobre el nivel del mar; los demás, tienen escasas variaciones de altitud, excepción hecha del Primero que se queda bastante abajo, en la región que aún crecen los pinos, que le cubren completamente.

Al contrario que en la Pedriza, en estas montañas la vegetación es muy abundante, de modo que los pinos y los helechos cubren las laderas de Siete Picos hasta el segundo tercio de su altura; desde este punto, a 1500 metros sobre el mar y a 350 aproximadamente sobre el nivel de Cercedilla, el arbolado desaparece dejando lugar a las musgosas praderas, que cien metros más arriba ceden francamente a los canchales y a la peña viva. Esta es la región de las nieves, que durante el verano se conserva a retazos, al resguardo de los rayos del sol en las hondonadas y tras los paredones, aprovechando la exposición norte y el soplo del helado cierzo.

Por sus alturas, Siete Picos no son montañas de nieves perennes, como lo es Peñalara, el coloso de la Sierra. Desde Mayo a Noviembre, regularmente se ve aquel macizo desde Madrid, casi siempre

limpio, con sus cumbres azules, color que adquiere la roca en la lejanía. Y aunque visto a distancia parece una montaña de suaves contornos y dulces pendientes, la ascensión hasta las cumbres es muy dura por su estructura dentada, y sus tajaduras y abismos peligrosos, allí donde desaparece la barrera que opone a la ascensión, la apretada y desorientante selva.

Sin embargo, facilitan mucho su ascensión, los dos puertos que se encuentran en sus límites, el de Navacerrada al este y el de la Fuenfría en el otro extremo del macizo.

Para la excursión a Siete Picos, el pueblo más apropiado como punto de partida es Cercedilla.

Cercedilla se encuentra situado, como ya se ha dicho al hablar de la Sierra de Guadarrama en la línea de los ferrocarriles del Norte, a 58 kilómetros de Madrid y a una altitud de 1153 metros sobre el mar; desde Madrid tarda el tren hora y media aproximadamente. Para trasladarse por carretera, se debe salir de Madrid por Puerta de Hierro, a Torreldones, Villalba, Guadarrama, Los Molinos y Cercedilla. Y una vez en dicho pueblo, se pueden seguir para la excursión distintos itinerarios que vamos a estudiar.

*Itinerario del Puerto de la Fuenfría.* Ya hemos hablado de este camino el cual hemos recorrido desde Cercedilla hasta el emplazamiento del chalet de la Real Sociedad Peñalara, sin embargo, lo repetiremos para dar en este lugar el itinerario completo.

Conforme salimos de la estación de Cercedilla o bien ya en el pueblo si se llega por carretera, no hay

más que continuar la misma, que ya indica un cartel que es la que conduce al Puerto de la Fuenfría. Esta carretera es muy buena y casi llana en un principio a excepción del cruce del pueblo que tiene una fuerte pendiente. Por ella, llegamos a un hermoso valle a donde existen numerosas casas de campo de la colonia de Cercedilla que es un magnífico lugar como estación veraniega.

Cruzado este valle en toda su extensión comienza a subir la carretera que deja a la izquierda un ramal que conduce directamente al Sanatorio de la Fuenfría. Después se llega a la Casa Forestal, desde la que comienzan las praderas denominadas Las Dehesas, delicioso lugar, tranquilo y poético, rodeado de apretados bosques de pinos. Cruzando estas praderas ya termina la carretera y comienza la Calzada Romana a la que llegamos atravesando el arruinado puente del Descalzo. La subida por la Calzada es dura por ser bastante grande la inclinación de este camino trazado casi perpendicularmente al puerto que le remata. Ya hemos dicho, que a pesar de su mucha antigüedad se halla bastante conservado, sin embargo muchas losas de las que componen el suelo, se han desprendido y movido de su lugar, a causa de la erosión de las lluvias y de las nieves que han hecho de la Calzada su natural lecho; por esta razón, se dificulta algo la marcha. Puede también hacerse este trayecto por un sendero que queda a la izquierda del arroyo que baja paralelo a la Calzada, pero también tiene sus dificultades y es penoso el caminar por él, por lo

escurridizo que le hace la pinaza y la inclinación que le dá la ladera sobre la cual está trazado.

Así llegamos hasta la altura del «chalet» de Peñalara, que queda a la izquierda de la Calzada y a poca distancia de ella, separado por un puente pequeño lanzado sobre el arroyo de que antes hemos hecho mención. Ya hablamos también de la instalación y situación de este «chalet» sobre la pradera de los Corralillos desde donde se columbran perfectamente las cimas de Siete Picos.

Para alcanzar las cimas del macizo, se tuerce a la derecha de la Calzada, por la falda del Pico de Majalasca, hasta una pequeña colina desde cuya altura se domina buena parte del valle siempre verde, semejante por el brillo de las apretadas copas de los pinos a un gran pliegue de raso del manto colosal que cubre toda la cañada desde el Cerro Minguete hasta el Collado del Viento por el norte y por el sur, todas las laderas hasta la pradera de las Dehesas.

Una pendiente rampa, por lo regular nevada nos lleva hasta el Puerto de la Fuenfría situado a 1.840 metros de altitud y señalado por sendos mojones de piedra. Desde el Puerto, volviendo hacia la derecha se sube hasta el Collado del Viento, que como su nombre indica y por estar encajonado entre el Cerro Ventoso y la umbria de Siete Picos, el viento es constante y a veces tan violento que casi imposibilita la marcha del montañero. Este Collado se encuentra a unos 1.900 metros y subiendo aún, se va a Cañada Lóbrega donde terminan ya las praderas y comienza la roca viva. Por ella se alcanza el

Segundo Pico que es muy fuerte de subir y sin ninguna indicación especial para hacerlo, sino es que el montañero, merced a su instinto vaya eligiendo los pasos más fáciles y que más cómodamente le conduzcan a la cumbre.

Desde este pico, es más fácil recorrer todo el macizo y volver en este caso a bajar por el Puerto de Navacerrada. La excursión a través de Siete Picos, mejor dicho, seis que se recorren por este trayecto, es muy dura y pone a prueba la resistencia física de los montañeros. Las escarpaduras son muy abruptas, los pedruscos enormes, las pendientes muy difíciles de vencer, todo ello, claro está, sobre rocas y canchales que dificultan mucho la marcha, sin senderos, y sin indicaciones lo que hace frecuentemente recorrer el camino dos veces pues es fácil entrar por cortaduras que resultan al fin ser inaccesibles.

Pero todos estos trabajos los compensa el espléndido panorama que desde las cumbres se divisa y del que ya tendremos ocasión de hablar en otro lugar.

*Itinerario del valle del Guadarrama.* — Partiendo del pueblo de Guadarrama o mejor aún de Los Molinos se sigue el curso del río Guadarrama hasta el Cementerio o Calvario; desde allí se sigue siempre la margen izquierda del arroyo y al cabo de media hora de marcha, éste se deriva y entonces se sube una rampa empinada hasta dar con el camino de Camorrito que atraviesa el ferrocarril eléctrico que viene desde Cercedilla al Puerto de Navacerrada; después se sigue por las Barranqueras volviendo a

la margen del arroyo y ya se encuentra el excursionista en las estribaciones del macizo. Una hora de marcha o algo más conduce a la base del Séptimo Pico.

El camino de este itinerario es más largo que el anterior, pero menos pendiente; es muy interesante de recorrer pues desde el comienzo del camino de Camorrito ya puede admirarse desde la altura el paisaje despejado, la carretera del Puerto de Navacerrada al pie, enfrente Peñalara, a la derecha Cabezas de Hierro, Las Guarramillas y La Maliciosa.

*Itinerario del Puerto de Navacerrada.* — Es el más corto, si se utiliza desde Cercedilla el ferrocarril eléctrico o se llega al Puerto por carretera. Si se desea hacer a pie desde Cercedilla es más largo pues aumenta el recorrido total en 12 o 13 kilómetros. En este caso se toma la carretera que desde Cercedilla une con la que va desde Los Molinos al Puerto de Navacerrada. Una vez en el Puerto se emprende la subida a la cumbre por el Cerro del Telégrafo o de Hoyo Redondillo que es fácil de reconocer por las ruinas que existen del caído puesto telegráfico antiguo. Después se debe limitar el montañero a seguir el borde de la arista que forman las vertientes terminales de este pico, que como se ha dicho comienzan muy próximas al Puerto de Navacerrada. En lo alto de esta arista, a media hora o tres cuartos de hora de marcha bastante fatigosa se ve un amontonamiento artificial de piedras que indica que no se ha perdido la orientación. El albergue de Siete Picos situado más allá indica también el camino y

una nueva subida por el límite de los pinos, nos lleva a las dos horas y media de salir del Puerto de Navacerrada a la primera cumbre, colosal amontonamiento de peñascos enormes que se levanta majestuoso por sobre todo.

Desde este punto, se puede recorrer la cordillera toda en sentido inverso al indicado para el itinerario por el Puerto de la Fuenfría. Habiendo ascendido por donde indicamos, puede hacerse el descenso por el Valle del Guadarrama pues es más entretenido que volver a desandar lo andado a la subida.

Con lo dicho suponemos bastante explicada la excursión a Siete Picos la primera que deben hacer los montañeros para acostumbrarse a la Sierra pues sus itinerarios son relativamente cortos sobre todo el del Puerto de Navacerrada utilizando el eléctrico de Cercedilla, cosa que antes de existir este ferrocarril no ocurría, pues aunque era Cercedilla el pueblo más cercano al Puerto, el recorrer este trayecto era una enorme carga para el excursionista teniendo en cuenta el esfuerzo de la ascensión a la cumbre que le restaba después.

Al final de dicho ferrocarril, existe un hotel en donde el excursionista puede hallar los servicios que apetezca, tanto para permanecer solamente unas horas como para estar días o temporadas. Existe en el mismo capilla y se celebra misa todos los domingos y fiestas a las once de la mañana.

## Montón de Trigo

Para ascender a Montón de Trigo, se pueden utilizar dos itinerarios: uno tomando como punto de partida el pueblo de Cercedilla y otro viniendo desde La Granja.

Se llama a esta montaña Montón de Trigo quizá por su forma perfectamente cónica y se le conoce por igual razón con el de Pan de Azúcar, refiriéndose a la figura de aquél que se asemeja a éste, sobre todo cubierto de nieve en invierno.

La altura de Montón de Trigo es de 2.184 metros. Para hacer la excursión desde Cercedilla se sigue el camino indicado en el itinerario de Siete Picos hasta el Puerto de la Fuenfría. Desde éste, siguiendo por la Calzada Romana en dirección a Segovia hasta que aquélla tuerce bruscamente hacia la derecha. Entonces se debe emprender la ascensión tomando por punto de mira la cumbre de la montaña, pues no hay trocha ni camino ninguno; el total del recorrido desde Cercedilla hasta la cumbre de Montón de Trigo es de tres horas aproximadamente.

Es bonita excursión y el panorama que se descubre es más amplio que desde Siete Picos. Al norte, debajo, el Collado de Tirobarra, a la izquierda

la Pinareja, La Mujer Muerta, El pico del Oso y el pico de Pasapán; a la derecha, el Cerro Ventoso y la umbría de Siete Picos, con todo el macizo hasta el Puerto de Navacerrada y al sur el Cerro Minguete.

Para hacer la excursión desde La Granja, se sale de este pueblo por la carretera que conduce a Villalba y por ella se sigue hasta Balsain. Esta carretera es hermosísima entre los pinares del valle que se extiende hasta más allá de El Paular. Desde Balsain, se va por la pradera de Navalrincón hasta tomar la senda de Pino Golondrino, conocida por este nombre a causa de existir un hermoso árbol de esta clase a su orilla conforme se llega a la terminación de esta vereda en su fusión con el camino del Puerto de la Fuenfría. Se sigue este camino hasta llegar al «Meadero» y desde aquí, se toma una vereda que va por la mitad de la ladera de las Camorcas, cerca de la cumbre y se deja por fin ésta tomando otra que hay a su derecha y que serpenteando lleva hasta la cumbre de la Camorca grande; desde este punto, por las cumbres se llega a Montón de Trigo muy fácilmente. El descenso puede hacerse por el Puerto de la Fuenfría a Cercedilla y en este caso se invierten siete horas de camino en el total.

Esta excursión no es dura, pues el terreno no es muy brusco, caminándose siempre por el valle, pero sin embargo es bastante larga, ya que pueden calcularse entre La Granja y Cercedilla unos veintiocho a treinta kilómetros o sea, como hemos dicho, unas siete horas de paseo...

## Peñalara

La Peñalara o Peña del Ara como debió denominarse antiguamente, es la montaña más alta de todo el macizo de Guadarrama. Alzase esta maravillosa cumbre muy próxima a la bifurcación orogénica que se inicia en el Puerto de los Cotos y forma con las Cabezas de Hierro, el amplio anfiteatro del hermosísimo valle del Lozoya.

Vamos a considerar la Peñalara desde distintos puntos de vista y desde todos ellos, esta cumbre se destaca como la más caracterizada e interesante del Guadarrama. Si la consideramos, primeramente, a través del interés alpinista, resulta, que con ser la cumbre que alcanza mayor altura de todo el macizo, es solamente por este detalle la preferida para las excursiones, si bien, por la posición que ocupa respecto a los puntos estratégicos para acometer la ascensión a ella, hace de la excursión a Peñalara, la escalada más «seria» que puede acometerse en todo nuestro Guadarrama. Por esta razón, no es recomendable la excursión a esta montaña sino a personas que ya han hecho otras en la Sierra y cuya resistencia física ha sido probada con éxito. Para los neófitos, hay excursiones sumamente interesantes,

como son, la ascensión a Siete Picos, o a Montón de Trigo y otras de las que hablaremos, que pueden hacerse en poco tiempo y dando lugar a dilatados altos en la marcha. En cuanto a la Peñalara, o el montañero tiene tiempo sobrado y en este caso se puede hacer la excursión lentamente, pero pernoctando a cielo raso, o de lo contrario, si se quiere hacer en el día, debe ser persona acostumbrada a pisar canchales y riscos, trepar rocas y estar segura de su resistencia física, pues por el itinerario más corto, para ascender a la Peñalara, supone, entre sùbida y descenso unas doce o trece horas de marcha, de las cuales cuatro o cinco sin senderos, sobre peña viva, con mil obstáculos bastante difíciles de vencer; por todas estas razones, lo repetimos, no es excursión para principiantes, sino para montañeros aguerridos, a pesar de que desde que se abrió al tráfico el ferrocarril eléctrico del Guadarrama, se han abreviado mucho las excursiones a estos lugares.

Decíamos más arriba, que solamente por ser la Peñalara la cumbre más alta de la Sierra de Guadarrama, tiene más adeptos que ninguna otra, y es verdad. Pero no es por esto solo, sino por la hermosura de la montaña en sí y por el delicioso panorama que se contempla desde su altura; además, el recorrido de sus itinerarios, es de lo más variado que puede darse, ya que en ellos, se mezclan lo pintoresco, lo adusto, lo grandioso y lo fantástico. Esta montaña, no tiene características tan particulares como las señaladas para la Pedriza; carece de formas raras y curiosas como ese otro macizo, pero en cambio es la montaña por excelencia, queremos decir, que la

Peñalara corresponde a ese tipo de montaña alpina, genuina representación de la forma y silueta de todas las elevaciones de la Tierra. Si quisiéramos dibujar en un papel el perfil de una montaña, generalizando el concepto de tal, sin fijarnos en ningún recuerdo particular, trazaríamos el contorno que la Peñalara recorta, contemplada a distancia, sobre el azul del cielo. Sus laderas son suaves y convexas y su cumbre, casi siempre cubierta de nieve, recia y bien proporcionada. Claro está, que contemplando de cerca la montaña, echamos de ver la diferencia entre sus vertientes, los desplomes y quebraduras de las laderas, la profundidad de las barrancas, etcétera, pero eso, ocurre en todas las montañas, sobre todo tratándose de la magnitud y elevación que alcanza nuestra Peñalara. Y por estas mismas razones y en virtud de su variedad dentro de la unidad, es por lo que es tan grata la ascensión a ella. A ratos, el montañero camina por alegre paisaje, de leve inclinación, al borde de un cristalino arroyo que frecuentemente se encharca en tranquilos y transparentes remansos, cuyas orillas tapizadas de fresca hierba invitan al descanso; otras veces, hay que cruzar la densa selva de pinos, llena de rumores y de sombras, incendiada fugazmente por el rayo de sol que enrojece el retorcido tronco resinoso que como una columna salomónica sostiene las bóvedas movibles; luego, más arriba, los enebros y piornos, que apretando con los sarmentosos dedos de sus raíces, las angulosas peñas, dificultan el paso y a veces le hacen imposible; y sobre estos, la pradera resbaladiza, amplia, silenciosa, llena de luz y de alegría; y las quietas lagunas

que reflejan los cielos y se tiñen de su color; y el bravo arroyo que apenas nace canta ya saltarín y espumoso entre los canchales y piedras; y por último, los grandes circos morrénicos; los lechos quietos y ruinosos de los antiguos glaciares y la cumbre en fin, llena de silencios, erguida al cielo, admirada de todos y vencida al cabo por la tenacidad del montañero.

Todo esto y mucho más encierra nuestra Peñalara y por eso es tan querida y tan visitada por los verdaderos aficionados a la Sierra. Además, por su altitud, es montaña casi de nieves perpétuas y buena prueba de ello es que en pleno verano, en los ribazos expuestos al Norte y en los circos de orientación a propósito, la nieve persiste; puede objetarse que lo mismo ocurre en otras cumbres menos elevadas, pero hay que tener en cuenta que la de Peñalara se eleva a 2430 metros sobre el nivel del mar y que la altura real de la montaña, sobre el monasterio de El Paular, por ejemplo, tomando este punto como partida de la excursión es de 1271 metros. Por lo demás, la Peñalara, casi sin excepción, permanece con la cumbre cubierta de nieve nueve meses de los doce del año, los comprendidos entre Octubre a Junio. Cuando los montañeros hablan de Peñalara y se la representan mentalmente, es seguro que la ven blanca, apenas azuleando los barrancos por los que se precipitan los arroyos, es decir, tal y como se la contempla casi siempre. La abundancia de nieve que el invierno deposita en las cumbres, apenas tiene tiempo de fundirse durante el verano, ya que el espesor que alcanza llega a ser

muy considerable y por esto Peñalara a pesar de no llegar a los tres mil metros de altitud, que según la latitud de esta montaña serían los precisos para que sus nieves fuesen perpétuas, son tan persistentes, que ya decimos como se enlazan a través del corto verano que disfrutan sus cimas.

Otro aspecto muy interesante de la Peñalara es su consideración geológica además del estudio de su pasado glaciario. A los glaciares antiguos, de la edad cuaternaria, se debe sin duda el terrible aspecto de la cara oriental de este macizo. Es el glaciar, la masa de agua congelada o semi-congelada que, o bien se desliza lentamente sobre superficies terrestres poco extensas (glaciar suspendido) o bien se extiende en sábanas inmensas, como en los glaciares polares o en fin avanza a modo de torrente de hielo por entre las cañadas para precipitarse en los valles (glaciar encauzado); pero en todo caso modificando el terreno y constituyendo un agente principalísimo de la dinámica externa del globo. Los glaciares a que hacemos referencia en Peñalara, corresponden al tipo de glaciares encauzados móviles.

Son estos glaciares a modo de ríos de hielo que aparentemente permanecen inmóviles pero que en realidad se mueven, aunque lentamente. Para observar este movimiento no hay más que jalonar el glaciar en todo su ancho y luego observar la línea de jalones con un teodolito; entonces se observa no sólo el movimiento sino las características de él, de modo que podemos deducir, que la corriente de los glaciares es semejante a la de los ríos, es decir, que

es más rápida en el centro que en las orillas y más acentuada en la superficie que en el fondo; la velocidad aumenta en los sitios angostos y disminuye en los anchos; en las curvas, la línea de máxima velocidad se desvía de la central y se aproxima a la parte cóncava y la masa del glaciario se eleva así mismo hacia la convexidad y finalmente en los desfiladeros se nota a la entrada, remanso, disminución de velocidad y al paso por ellos aumenta ésta y el espesor total. Así pues, la diferencia del movimiento de los glaciares respecto a las corrientes de agua, es diferencia de velocidad, que en éstos varía de 0,025 metros hasta 1.25 cada veinticuatro horas.

Respecto al glaciario antiguo de nuestra Peñalara, nos dice don Juan Carandell: Partiendo del refugio del Puerto de los Cotos, subamos por la áspera ladera todavía cubierta de pinos hasta los 2000 metros; llegaremos luego al borde superior del Hoyo de Peñalara, iniciándose la gran excavación que se extiende a nuestra derecha, conforme vamos avanzando hacia la cumbre; el fondo del Hoyo es plano, sin bloques angulosos; éstos están adosados en informe caos a los paredones del acantilado o allá a lo lejos en aquel cinturón de detritus, loma semicircular o barrera que cierra la depresión plana tan sólo cortada por el naciente río del Lozoya, emisario de la Laguna de Peñalara.

Puesto que el anfiteatro en cuyo fondo se halla la riente Laguna es el más conocido y visitado, detengámonos algo en su descripción. Ese Hoyo de Peñalara, que durante el verano reúne en su seno los mil hilillos ácueos destilados por las nieves que

perduran en las breves escabrosidades ocultas al sol, y que en invierno le cubre la misma nieve en límpido manto uniforme, constituye el molde, la negativa, como si dijéramos de un glaciar cuaternario que se alimentaba del extenso campo de «nevé» o neviza contenido entre el acantilado y el reborde de rocas aborregadas (limadas y pulimentadas por el peso de la mole de hielo) a cuya altura, unos 2000 metros está la Laguna de Peñalara.

El glaciar, por la textura especial, semilíquida, que tuvo, como tienen los actuales de otras montañas, tenía un declive en rápido plano inclinado desde el acantilado del circo hasta el exterior; límite inferior era el impuesto por línea, a partir de la cual, hacia abajo, es decir, hacia el fondo del valle, era ya incompatible el estado semisólido del agua con la temperatura reinante, creciente. Los bloques arrancados, hechos astillas por el hielo interpuesto entre las fisuras del gneis y del granito (1) y caídos a la neviza, eran poco a poco transportados por el hielo viviente y dispersados hacia los bordes laterales del glaciar —siempre más bajos que la zona central (2) por efecto del frotamiento contra las asperezas que se oponían a su paso —y allí, triturados unos contra otros y depositados, formando un cordón todo a su alrededor la «morrena».

---

(1) Véase lo que hemos dicho al tratar de la morfología de la Sierra de Guadarrama; ya apuntamos como elemento de destrucción este mismo que aplica el Sr. Carandell para el glaciarismo.

(2) La sección de un glaciar es una curva convexa.

Esta alineación de bloques es la loma que franjea el Hoyo de Peñalara, conocida de todo el que haya estado en el circo de este nombre, pues el camino que desde el Puerto de los Cotos conduce a él la atraviesa en el momento en que nos internamos en aquélla vasta depresión.

La morrena a que venimos refiriéndonos arranca poco más al oeste de este punto, se incurva hacia el noroeste, alojando varias charcas entre sus irregularidades y se deprime, desgastada por el río Lozoya, en el lugar preciso del cauce de éste. El otro segmento —el izquierdo del glaciar— arranca desde casi el mismo Pico de Peñalara (es la barrera noroeste del Hoyo de Peñalara inmediata a la laguna) y baja tirada a cordón hasta el cauce del río Lozoya. Todo el que se dirige al Hoyo de Pepe Hernando, suele atravesarla.

Y ya que incidentalmente aludimos a este hoyo, hemos de decir que mejor aún que el de Peñalara interesa la curiosidad del andante serrano por la elegancia singular del mismo. Contemplado desde las múltiples charcas que se extienden en los Llanos de Peñalara—reborde de roca pulimentada que se desarrolla como un flanco por debajo del acantilado—revela el Hoyo de Pepe Hernando una morfología glaciar lo más típica que pueda sospecharse: dos lomas morrénicas laterales, recubiertas de pinos mutilados y retorcidos, y una depresión central llana, limpia de bloques, los cuales se alinean exclusivamente en aquéllas.

El Hoyo de Pepe Hernando fué excavado, pues, por otro glaciar cuaternario.

Y todavía, marchando por los Llanos de Peñalara, en dirección a la Laguna de los Pájaros, se ven trazas de otros dos minúsculos glaciares.

En toda la Sierra, no volvemos a encontrar montaña alguna que presente las características de glaciario, es decir que Peñalara es la única cumbre alpina del macizo, en la que en pequeño hallamos todos los elementos para el estudio de esta clase de fenómenos. En cuanto a su naturaleza geológica, Peñalara es una montaña granítica y gnésica como todas sus hermanas; sus laderas lo muestran bien claramente sobre todo en la parte que mira hacia el valle de Lozoya, por los desgarrones que ocasionaron los torrentes y sobre todo en la enorme falla que muestra su naturaleza rocosa interior, hoy a la superficie. Es pues, montaña antiquísima, bruñida y rebajada por la obra de los elementos en quién sabe cuantos miles de siglos.

La hermosísima arquitectura de esta cumbre, no es sin embargo de las peores tratadas por las fuerzas naturales, sin duda porque ha estado cubierta de vegetación desde que apareció la vida sobre la Tierra; considérese el caso comparándola con otras montañas del mismo macizo y el aspecto singular del conjunto de la Pedriza. La disposición de las laderas de aquella, salvo el percance de la falla mencionada, es muy apropósito para hacer poco ostensible el trabajo de las aguas corrientes, las lluvias y las nieves. La acción de los vientos, queda casi neutralizada con el abrigo de las selvas, que en tiempo no muy lejano, debieron ser impenetrables. La suavidad de su silueta, ha hecho sin duda que los desagües

se precipiten siempre por el mismo cauce y no de modo torrencial, evitando con esto la formación de estuarios, tan activos para intervenir en las modificaciones morfológicas.

Bajo el aspecto, que pudiéramos llamar sociológico, Peñalara resultará también sumamente interesante. No hace muchos años, se hizo un importante descubrimiento. Hallándose en el Real Sitio de San Ildefonso don Dionisio Chaulié y oyendo referir la leyenda de un nuevo Fausto que había hecho penitencia en una cueva llamada desde entonces Cueva del Monje (el señor Bernaldo de Quirós dice que fué un labrador llamado Segura) y ascendiendo a la cumbre donde se halla, vió una cavidad de unos diez pies de longitud por siete de ancho y tres de alto, que sirve de abrigo a los pastores del monte y de sitio cubierto donde guisan sus ranchos en el invierno. Observando que la piedra que forma la cúpula no es de la misma clase que la de los soportes en que se apoya, pensó en que pudiera no ser natural su colocación; y examinando con mayor cuidado el conjunto, reparó en un semicírculo de piedras colocadas, verticalmente, formando un recinto ante la entrada de la gruta y que la pared que forma el fondo de ésta se ha construído con cantos rodados unidos groseramente con barro por quien trató de guarecerse contra el viento en época muy distante de la construcción de la obra en general.

Resulta pues, que la llamada Cueva del Monje, situada al este de La Granja, frente a la pradera de Balsain, es un monumento megalítico del mayor interés histórico y arqueológico, de los más raros y

mejor conservados en Europa entre los conocidos con el nombre genérico de dólmenes. Su inmensa mole, el medio círculo de piedras que forman el recinto sagrado, la piedra de los sacrificios que se ve colocada en la inmediación, el hallarse establecida en una eminencia descubierta rodeada de bosques actualmente espesos y que serían impenetrables en lo antiguo, todo hace suponer que la cueva era en su fundamento un dolmen trilitho de gran importancia, consagrado por los druidas para celebrar las fiestas de los plenilunios. Confirma este parecer el nombre de Peñalara dado a la altura que domina estos contornos, y cuyo primitivo nombre debió ser Peña del Ara.

De modo que hasta para los teosofos es importante esta simpática montaña. ¿Qué tiene Peñalara que siempre, a través de todas las edades, desde el comienzo de la humanidad fué atrayente y preferida? ¿Acaso su mayor altura que las que la rodean? Quizá por estar más cerca de Dios, los sacerdotes la eligieron para asiento del altar en sus holocaustos. No es pues extraño, que nosotros sigamos amándola y todo lo que hagamos por conocerla y visitarla, debe ser grato a los ojos de los demás.

La cumbre de esta montaña, nos ofrece uno de los paisajes más estupendos que pueden concebirse. Es dificultosa y sobre todo larga la excursión hasta ella, però bien nos compensa de los trabajos y fatigas, el panorama que se descubre ante nuestros asombrados ojos.

Supongamos al montañero, llegado ya a la cumbre y colocado en el lugar más alto de ella, que no

es otro, que la cima del montón de piedras que los visitantes acarrearón pacientemente para perpetuar su incógnita conquista de la altura. Desde allí, como un águila real desde su nido, tiende la vista sobre la serena lejanía y después de haber admirado los anchos y distintos cielos, cuya grandeza y hermosura confunden, vuelve los ojos a la tierra y contempla...

El amplio y riente valle de Lozoya, que bien pudiera llamarse Valparaiso si como aquel otro hubiera aparecido a los ojos de nuestros conquistadores de Indias; valle lleno de luz, de lejanos horizontes, suave clima, y abundante humedad; salpicado de blancos caseríos, holgados, cómodos y bien asentados en las laderas cubiertas de pinos y de robles. Dá este valle la impresión de bienestar, de felicidad, porque la naturaleza pródiga ha juntado en él tan harmónicos elementos, que parece no desearse más; en el fondo, el río Lozoya culebrea espumoso, recogiendo por doquier los cantarines arroyos que retozan entre las piedras, nacidos en las nieves que blanquean en las cumbres o alumbrados en el fresco manantial que bajo una musgosa peña, brota allá en lo recóndito de la rumorosa e intrincada selva. Y dejando atrás el valle, huye el río por el confín del paisaje, más alegre cada vez, más caudaloso, perdiéndose tras las peladas lomas de la sierra de la Morcuera. Entre ésta y Peñalara aparece a lo lejos, la deliciosa residencia del Monasterio del Paular, del que ya tendremos ocasión de hablar extensamente; un poco más allá, unido por la cinta de plata de la carretera, Rascafría, hundido como un nido entre el verdor y la fragancia de los pinos seculares.

La próxima Fábrica de Maderas de la Sociedad propietaria de los bosques, da su nota de tristeza en cuanto atenta con la voracidad de su industria contra tanta belleza y tanta salud como estos dilatados pinares significan. Más lejos aún, se columbra Oteruelo y luego Alameda y por fin Pinilla y allá en el fondo de la honda brecha que es el Puerto de Navarra, Lozoya, el titular del valle, más amplio que ninguno.

Asomemos ahora al lector por otra vertiente. Si asombroso es el valle que hemos dejado entrever, con mejor deseo que fortuna, ¿qué diremos de la llanura castellana?, de esos campos de panllevar de los que nos habla Gabriel y Galán:

los de las pardas, onduladas cuestras,  
los de los mares de enceradas mieses,  
los de las mudas perspectivas serias,  
los de las castas soledades hondas,  
los de las grises lontananzas muertas...

unas veces tristes como el cielo, cuando éste se encapota y obscurece o llora beneficiando las tierras que cobija; otras, risueño, alegre, tan alegre es este campo de Castilla en contra del común sentir, como no hay ninguno que le iguale. Cuando la primavera comienza, cuando las lomas suaves se visten de verdores que recorren toda la gama, cuando los abiertos horizontes confunden en la lejanía las tierras y las nubes, todo es luz, paz, alegría de las cosas bellas y serenas, de la naturaleza viva que palpita pletórica y lujuriente. Y admiremos ahora este campo castellano que se distingue desde nuestro

incomparable miradero de la Peñalara. Aquí y allá, manchas verdeoscuras de pinos, esmaltadas entre el oro de las mieses que el verano encera. Breves ondulaciones, senos suaves que se suceden sin interrupción, sin mácula, rodeando casi el amurallado recinto del Real Sitio de San Ildefonso o La Granja, que como un ramo florido ofrece sus exuberantes y jugosos jardines. Al fondo Segovia, la única, adelantando la nave de su Alcázar que parece navegar por los aires, inhiestas las torres elegantísimas, dispuesta a romper con su proa de piedras doradas la inverosímil telaraña del Acueducto tejido entre dos lomas cercanas.

En la vertiente de las Comarcas y Montón de Trigo, a la izquierda, se ve el camino del Puerto de la Fuenfría que se bifurca en la Cruz de la Galleja y todavía más a este lado, Siete Picos, azul como el cielo en sus cumbres; y por el Puerto de Navacerrada se pierde a lo lejos la cordillera pero entre las nubes que el sol deshace, aún pueden reconocerse algunos picos: La Peñota, El Cabeza de Lijar, Las Machotas a cuyo pie, disminuido por la engañosa lejanía, se acurruca el Monasterio de El Escorial; y rodeando nuestra vista, por sobre las redondas Guarramas aparece Cabezas de Hierro, imponente e inmensa la gran cuerda del Collado de los Vaqueros y la Loma de Pandasco que se remata en la silueta de los Altos de Matasanos, en la Pedriza.

Por lo enunciado se puede formar el lector neófito, idea de la riqueza y variedad de panoramas que se abarcan desde la cumbre de la Peñalara. Bien compensa, como decíamos anteriormente, el placer

de contemplar tantas bellezas, el esfuerzo que se necesitó para llegar a la cima.

Y punto es ya, que demos algunos, los principales itinerarios que hay para acometer esta empresa.

Naturalmente que tenemos que elegir de puntos de partida, los pueblos más cercanos a la montaña: La Granja, Rascafría, el Monasterio de El Paular y aun Cercedilla, por sus fáciles comunicaciones con Madrid. En vista de esto, los itinerarios que proponemos son los siguientes:

1.º *Cercedilla, Puerto de Navacerrada, Puerto de los Cotos, Dos Hermanas y Peñalara cumbre.*

2.º *La Granja, Cueva del Monje, Pradera de Navalasviudas, Boquete de la Majada del Grillo, Peña Citores, Praderas de Peñalara, Peñalara cumbre.*

3.º *Rascafría o Monasterio del Paular, Sillada de Palero, Torrente de la Laguna, Hoyo de Pepe Hernando, Peñalara cumbre.*

4.º *Monasterio del Paular, Puerto del Reventón, Hoyo Grande, Hoyo Poyales, Cerro de los Claveles, Peñalara cumbre.*

*Itinerario primero.*—Situándonos en el pueblo de Cercedilla, para alcanzar el Puerto de Navacerrada, se puede ir por carretera o utilizando el ferrocarril eléctrico que precisamente une el pueblo con el Puerto. Si la excursión se hace a pie, el montañero debe elegir para llegar antes y ahorrar tiempo y distancia, el camino del Calvario que parte desde el mismo pueblo y se une a la carretera mucho antes de los «chalets» del Club Alpino. Este camino hasta

el mismo Puerto de Navacerrada, seis kilómetros. Esta distancia, a pesar de ser en su totalidad cuesta arriba, puede salvarse en hora y media marchando a buen paso, pues tanto el camino como la carretera facilitan mucho la marcha. Una vez en el Puerto de Navacerrada (1) por la carretera que parte a la derecha de la cumbre del Puerto, se recorren siete kilómetros que hay hasta el Puerto de los Cotos o del Paular, desde donde veremos a la izquierda el refugio del Club Alpino. Como quiera que el pueblo de Cercedilla está a 1.153 metros de altitud y el Puerto de Navacerrada alcanza 1.778 metros, se comprende el enorme repecho que hay que vencer hasta llegar a este último; desde él al Puerto de los Cotos, sólo hay 42 metros de diferencia, puesto que se halla situado el último a 1.820 metros. Es decir, que desarrollado el desnivel en los siete kilómetros que los separan, no se nota la diferencia de altitud. La carretera que une estos dos puertos, que como ya hemos dicho se bifurca a la derecha de la que sigue a Segovia, atraviesa en el trayecto, los arroyos de las Guarramillas primero y de las Cárcavas después, dejando a la izquierda el camino de la Majada y la Pradera de las Vaquerizas y a la derecha Las Guarramillas y Peña Aguila. Se tarda en recorrer esta distancia unas dos horas o poco más.

Desde el Puerto del Paular, se abandona la carretera para tomar el atajo de las Lagunas; enfilando el refugio del Club Alpino, se camina por junto a

---

(1) El itinerario desde Cercedilla al Puerto de Navacerrada, puede estudiarse al detalle en el mapa.

una torrentera que se distingue perfectamente desde los hitos que señalan el Puerto de los Cotos; situándose el montañero en el hito que queda más próximo a Navacerrada, y mirando en línea recta hasta el otro, la prolongación de esta línea recta imaginaria da en la torrenta a cincuenta metros; teniendo cuidado de no perder esta dirección de la torrentera y no internándose entre los pinos que a derecha e izquierda, sobre todo a este lado, forman espesa selva, en una hora o poco más se llega a la pronunciada pendiente que sube a la meseta de Dos Hermanas. Terminados los bosques y ya en la meseta, se sigue el borde del barranco en cuyo fondo se ve la Laguna Grande de la que nace el río Peñalara, que junto con los arroyos que nacen en las otras tres lagunas más pequeñas, se une con el arroyo Guarramillas para formar el río de la Angostura casi paralelo a la carretera de Cercedilla a Rascafría. Queda la laguna a la derecha del lomo que el excursionista recorre y aquel se eleva no muy rápidamente hacia el mismo lado. La marcha por la pedregosa meseta es pesada y difícil, pero la cumbre ya está cerca. A la derecha se extienden los dilatados pinares del Paular y luego, en la otra vertiente los de Balsain, que se alcanzan a ver subiendo un poco más.

La distancia desde el Puerto de los Cotos a la cumbre de Peñalara, será de unos dos kilómetros y medio, pero en recorrerla emplea el montañero tres horas o poco más porque el camino es muy duro y la ascensión a la cumbre muy fatigosa.

En este trayecto, se ha instalado el refugio Za-

bala, propiedad de la Sociedad Peñalara; lleva el nombre del insigne montañero, uno de los más amantes de la Sierra de Guadarrama y que más ha hecho por propagar el conocimiento del macizo de que hablamos.

Con lo que hemos dicho, puede formarse una idea muy clara del itinerario de esta excursión, cuya duración, ida y vuelta, yendo a pie desde el pueblo de Cercedilla, viene a ser de unas diez horas y aprovechando el eléctrico hasta el Puerto de Navacerrada, de siete y media a ocho horas. Repetimos de nuevo, que esta excursión, como todas las que pueden hacerse a Peñalara no son a propósito para neófitos, pues son duras y de mucha marcha.

*Itinerario segundo.*—Esta excursión es más suave que la anterior; ya hemos dicho que esta vertiente de la montaña es más extensa y se eleva gradualmente de modo que casi nos permite utilizar senderos hasta la misma cumbre.

Se sale del pueblo de San Ildefonso o La Granja por la Puerta de los Baños de Diana y se toma el camino del Nogal de las Calabazas que va por la ladera de las praderas de Navalhorno; después se cruza el Puente de Floridablanca o de los Ministros y se deja al fin el camino para tomar el que bifurca a la izquierda y que cruza el arroyo Bercial por el Vado de los Tres Maderos o puede cruzarse también por el Puente Negro y se sigue el camino que hay a la izquierda y que nos lleva al Vado de los Tres Maderos. Se sigue el sendero que pasa junto al Cerro del Puerco, quedando éste a la derecha. Dejando atrás el Cerro del Puerco y siguiendo el cami-

no que no tiene pérdida, se llega a la Cueva del Monje, de la que ya hemos hablado, se sigue el mismo camino y se cruza por fin el arroyo Peñalara y más tarde el de las Quebradas; se atraviesa la pradera de Navalasviudas y el sendero sube en pronunciada cuesta hasta el Boquete de la Majada del Grillo; alrededor de Peña Citores forma casi una espiral y desde este punto, se atraviesa una pradera, extensa de más de dos kilómetros hasta llegar a la cumbre de la Peñalara, que ha de servirnos de orientación en todo este trayecto ya que el sendero ha desaparecido al comenzar la pradera.

Saliendo también de La Granja, nos parece mejor itinerario y más corto, el seguir la acequia denominada Cacera de Peñalara, que es la que transporta las aguas para alimentar el lago llamado el Mar, en los jardines de la posesión real, y que penetra en éstos bajo el muro de la Puerta del Cebo. Se sigue esta Cacera, decimos, por la derecha hasta encontrar el arroyo de donde ella se deriva, dejando a la izquierda los montículos de la Silla del Rey y antes el Cerro del Moño de la Tía Andrea. Atravesamos el arroyo Chorranca y más tarde tras de las peñas del mismo nombre encontramos el arroyo Peñalara, que cruzamos así mismo para alcanzar la Majada Hambrienta por el Corral de Ganados. Ya en la Majada, alcanzamos las Praderas de Peñalara por donde llegamos hasta la cumbre. La distancia desde La Granja a la cumbre, se recorre por este itinerario en unas cinco horas y por el anterior en una hora u hora y media más. De modo que incluyendo ida y regreso, oscila entre nueve y diez horas. La

excursión, como se ha dicho, es larga, pero preferible a la que parte de Cercedilla por ser mucho más cómoda.

*Itinerario tercero.* - Casi todo el trayecto se hace entre pinos y por este motivo hay grande exposición a perderse, pues no pueden servir de guía y orientación las cumbres, por estar ocultas por la arboleda.

Se sale del Monasterio y se toma la carretera que va a Cercedilla y que corre paralelamente al río Lozoya caminando en sentido contrario a la corriente. Se abandona esta carretera para tomar el camino del Palero que toca en ella y sigue por la derecha. Antes de llegar a la Casa de la Nava, sin entrar aún en los pinos, se toma el camino del pinar de Cabeza Mediana, junto al que corre el arroyo de Garcisancho, y cuyo cauce se sigue durante dos horas hasta que se cruza un robledal a cuya derecha está la Casa Lagunilla o del Brezal. Inmediata a ella está la pradera del Cebo de los Lobos. El camino sigue por entre pinos, sin perder el curso del arroyo, que es la única orientación que tenemos, se cruza este arroyo varias veces, pero ya indicamos que el camino no se aparta de él, hasta llevarnos por fin al Hoyo de Pepe Hernando. Allí encontramos un arroyo torrencial que no es otro que el que nace en la Laguna Grande y remontamos su curso por la izquierda durante una hora o poco más hasta llegar a la Laguna, pasando antes por otras dos pequeñas situadas muy por bajo de aquella y algo apartadas del arroyo que seguimos. Desde la Laguna Grande a la cumbre de Peñalara, quedan dos horas de subida muy fuerte por los canchales y

naturalmente sin senderos, pero la cumbre nos guía constantemente. Para evitar esta escalada que es muy fuerte, es preferible antes de llegar a la Laguna Grande, tomar por un pequeño portillo muy fácil de reconocer porque le señala el sendero que lo cruza y que viene desde el Puerto de los Cotos. Avanzando por él, nos lleva, marchando siempre hacia la derecha, a la meseta de Dos Hermanas y de aquí a la cumbre, ya conocemos el camino.

\* *Itinerario cuarto.*—Desde Rascafría o desde el Monasterio del Paular puede partirse. Si se sale del primer pueblo, se sigue la carretera hasta el Cementerio enfrente del cual, a la derecha, parte el camino que pasa por la fuente de El Chorro. Se bifurca uno en dirección al Monasterio y otro a la derecha que es el que debemos seguir; al principio este camino, que es tortuoso, no sube mucho, pero luego lo hace rápidamente hasta el Carro del Diablo, pintorescos peñascos, el de abajo en forma de caparazón de tortuga, que sostiene sobre sí una piedra. Desde este punto, el camino sigue hasta La Redonda y desde ahí, comienza la Cotera que es una línea de sesenta mojones que hemos de seguir hasta el señalado con el veintiseis. Esta línea sirve para orientarse en invierno, cuando está el suelo cubierto de espesa capa de nieve y evitar que los caminantes caigan a la Barranca del Lucero en la vertiente de Rascafría o en el abismo de Tildaraña. Desde el mojón que hemos dicho, sigue el camino a la izquierda por el Cerro de los Claveles hasta el Puerto del Reventón, y desde este punto, en dos horas, orientándose por la cumbre se alcanza la Peñalara, que se

escalará por la derecha, por ser más fácil que por la ladera que queda frente al Puerto. Este itinerario es muy largo y bastante duro sobre todo al final, desde el Reventón a la cumbre.

Al describir estos itinerarios, claro está que hemos dado los de las lagunas. Sobre todo al seguir este último, pueden verse todas en número de ocho, siendo las más interesantes la Laguna Grande y la de los Pájaros. La Laguna Grande, es de aspecto imponente por el paisaje peñascoso que la rodea, del cual hablamos al ocuparnos del glaciario en la Peñalara; se puede dar como itinerario más preciso para llegar a esta laguna el siguiente: Recorrer el mismo camino que hemos explicado en el itinerario número uno para llegar a Peñalara cumbre y subiendo por la torrentera que allí se habla, durante media hora o poco más, se desvía ligeramente a la derecha antes que desaparezcan los pinos hasta encontrar una gran piedra que asemeja una pila de panes superpuestos, de color blancuzco, en donde empieza un sendero perfectamente visible que sigue un poco a la derecha para torcer bruscamente en sentido contrario al cuarto de hora de camino y dá al fin en una pradera donde se hace más borroso; en esta pradera, al pie de la montaña está el refugio Zabala y antes de llegar a él nos encontramos con la Fuente de Nava de aguas purísimas y frescas que surgen todo el año. Detrás del refugio, abajo, se descubre la Laguna Grande de la cual toma su origen por la parte sur el río Lozoya.

La Laguna de los Pájaros es mucho más agradable y bonita y está situada poco más que a mitad

de camino desde el Reventón a la cumbre. Habiendo alcanzado la cumbre de Peñalara por el itinerario de Cercedilla, se puede llegar a ella descendiendo en línea recta con dirección al pueblo de Rascafría, quizá aún un poco a la izquierda.

Además del refugio Zabala, ya mencionado, existen los del Puerto del Reventón y el camino de la Redonda.

Recomendamos, no se intente la escalada a Peñalara, por Rascafría o El Paular, sino acompañados de un montañero que sepa de antemano el camino, pues hay mucha exposición a perderse en lo intrincado del bosque que cubre las laderas y valles de esta vertiente.

## De Cercedilla a la Granja

La excursión de Cercedilla a La Granja o Real Sitio de San Ildefonso, es una de las más agradables que se pueden emprender por este sector de la Sierra de Guadarrama; al contrario de lo dicho para la escalada a la Peñalara, esta excursión es muy cómoda y propia para neófitos, que resistan bien la marcha.

La salida se hace de Cercedilla con dirección al Puerto de Navacerrada, bien a pie o en el ferrocarril eléctrico. De ambos modos, ya lo hemos descrito en el itinerario anterior; puede utilizarse como atajo el camino del Calvario que partiendo del pueblo, va hasta la carretera a la cual toca cerca del kilómetro 17, antes de llegar a los «chalets» del Club Alpino; este sitio, se conoce con el nombre de El Ventorrillo. Luego, por la carretera se prosigue hasta el Puerto de Navacerrada o se comienza en él la excursión, si hasta allí se trasladó en el ferrocarril eléctrico el montañero. Desde el Puerto, se baja por la Sotela, hasta la Venta de los Mosquitos. La Sotela es un atajo muy cómodo, salvo un trozo de canchal en su comienzo, que partiendo desde el mismo Puerto de Navacerrada conduce a la Venta

de los Mosquitos. Este atajo, que está a la derecha de la carretera y corre bajo el apretado pinar, es sumamente cómodo de seguir, y sin temor a perderse. Llegando a la Venta de los Mosquitos, lugar en el que se puede descansar y comer y donde el montañero encuentra afable acogida, luego de la colación o el reposo o ambos consecutivos, se emprende de nuevo la marcha hacia la Boca del Asno, tres kilómetros más allá y se sigue con dirección a La Granja por la carretera o siguiendo el curso del Río Balsain aguas abajo, hasta encontrar el Puente de Navalcarreta, en ruinas. Todo este camino que vamos siguiendo es sumamente pintoresco y se encuentran en él lugares muy agradables.

Después se llega al pueblo de Balsain y de allí a la Granja, apenas hay una hora de recorrido, como siempre entre pinares.

El total de tiempo empleado en esta excursión es de ocho horas incluyendo el de la comida, calculándolo en una hora.

Es una excursión sumamente agradable por las bellezas del camino y porque nos permite visitar el Real Sitio de San Ildefonso o La Granja, del que queremos dar aquí una idea.

Este Real Sitio, hállese situado en la provincia de Segovia, de cuya capital dista once kilómetros de hermosa carretera. Hay automóviles de servicio, que van desde La Granja a la estación de Segovia a recoger los viajeros de todos los trenes. Segovia, dista de Madrid 101 kilómetros por la línea de los Ferrocarriles del Norte.

En el año 1.450, el Rey D. Enrique IV, que se

encontraba en el Palacio del Bosque situado en el pueblecito de Balsain en medio de extensos bosques en los cuales tenían el derecho de cazar los Reyes de Castilla, mandó construir una casa y ermita, dedicada al glorioso arzobispo San Ildefonso, en un pintoresco sitio denominado Casas del Pollo. Los Reyes Católicos hicieron donación de la casa citada anteriormente, en el año 1477, a la comunidad de Jerónimos del Parral, cuyo monasterio en ruinas se encuentra a orillas del Río Eresma, en Segovia, y la ermita debió agregarse después a los bienes del obispado de Segovia. Posteriormente don Juan Arias de Avila, que a la sazón regía aquella diócesis, renunció la ermita, en unión de otros bienes, a favor de la comunidad del Parral. Más tarde edificóse una casa hospedería de sólida construcción y gusto severo, conservándose aun el claustro intacto en el centro del Real Palacio. De esta «Granja» de recreo del monasterio del Parral, viene el origen del pueblo de San Ildefonso, y a ella debe su nombre.

Transcurridos 242 años desde la donación hecha por los Reyes, hallábase Felipe V en el Palacio de Balsain, y recorriendo las pintorescas vertientes de la Sierra, llegó al lugar donde estaba situada la ermita de San Ildefonso. Tan de su agrado encontró el sitio y tanto se aficionó a él, que determinó levantar un palacio, comprando, al efecto, a la comunidad del Parral, la «Granja» y ermita que allí poseía, con otros edificios y terrenos anejos.

La idea que acariciaba Felipe V de abdicar la Corona en su hijo; las guerras que se vió obligado

a sostener; las graves enfermedades que padeció y otras vicisitudes adversas, le inspiraron la idea de crear un nuevo Versalles en el declive de los escarpados montes a que nos referimos, edificando un Palacio con su capilla rodeado de bellísimos jardines, que hicieran más grata aquella mansión, para él de retiro y deleite.

El plano del proyectado edificio se encargó al maestro mayor del Real Palacio y Villa de Madrid, D. Teodoro Ardemans, habiéndole significado el Rey su deseo de que no se derribara nada de la antigua casa hospedería de frailes. Dieron comienzo las obras el día 1.º de Abril de 1721 empezándose al propio tiempo los trabajos para el trazado de los jardines, bajo la dirección de D. Renato Carrier y D. Esteban Boutelou, notables escultor y jardinero respectivamente.

El día 27 de Julio de 1723, fué bendecido el Palacio, y consagrada la capilla en el mes de Diciembre del mismo año.

Veinte años de incesantes trabajos se necesitaron para transformar aquellos agrestes y solitarios lugares en los sorprendentes jardines que hoy son el encanto de cuantos los visitan.

Sin embargo, puede asegurarse que el Real Sitio de San Ildefonso, en la forma en que actualmente se encuentra, no llegó a constituirse hasta el reinado de Carlos III, quien adquirió y agregó a lo entonces existente, importantes propiedades colindantes.

Respecto a su situación topográfica, diremos que la población de San Ildefonso, — que con los jardines está cerrada de muro — se halla enclavada en

la falda occidental de la cordillera Carpetovetónica, con una altitud, sobre el nivel del mar de 1.191 metros. Para comprender la extraordinaria elevación de La Granja, bastará saber que supera a la de diez y seis montañas más altas de Europa, dos de Asia, cinco de Africa, tres de América y siete de Oceanía.

De las estaciones veraniegas pirenaicas, únicamente tres son las más elevadas que San Ildefonso: Panticosa (1 616 m.), Las Escalas (1.350 m.) y Barigás (1.236 m).

El Real Palacio, edificio monumental y de severa arquitectura, tiene la forma de un rectángulo en cuyo centro existe aún la primitiva hospedería de los frailes. La fachada principal de aquél mide 155 metros de largo por 13 de alto. Su construcción data próximamente del año 1739. Las fachadas laterales miden 45 metros de longitud cada una. Los planos de la primera débense a Saqueti, discípulo del arquitecto italiano Juvara, autor del proyecto primitivo. Las fachadas laterales son de más moderna construcción. Consta el Palacio de dos plantas hallándose en la baja, la Galería de Estatuas, el comedor y otras dependencias y en la principal la Galería Oficial dedicada a recepciones, audiencias y habitaciones particulares de los Reyes. La decoración es de mucho gusto, y el mobiliario corresponde en gran parte a la época del Imperio, existiendo además diferentes muebles de tiempos de la Regencia, Luis XIV y Luis XV. Notabilísima era la colección de cuadros que encerraba el Palacio, pero, al fundarse el Real Museo del Prado, las obras de mayor valía fueron trasladadas a él. Sin embargo, aún se

conserva varios cuadros muy notables de la escuela francesa, y otros adquiridos por la Reina Isabel II que pertenecieron al Marqués de Salamanca.

También se encuentran en el Museo del Prado varias estatuas de mármol de gran mérito, que adornaban antes la Galería baja del Palacio de San Ildefonso.

En la actualidad pasan de trescientos los cuadros al óleo y las miniaturas existentes en el mismo, y de setenta las esculturas en mármol y yeso. Entre estas obras las hay de artistas célebres dignas de admiración, y sentimos que la índole de este trabajo no nos permita describirlas. Además de las obras pictóricas y escultóricas de que hemos hecho mención, vense en los techos del Palacio, muchos y primorosos frescos de reputados artistas.

Data la fundación de la Colegiata del reinado de Felipe V, a petición del cual expidió el Papa Benedicto XIII la Bula de erección a fines del año 1724. La figura del templo es la de una cruz latina, ocupando las extremidades de los cuatro brazos, el altar mayor, el coro, y las dos puertas principales. El crucero de las dos naves, está cubierto por una alta cúpula, que arranca de los arcos torales. En las bóvedas, hay pinturas al fresco del célebre Maella, y las de la cúpula son debidas al pincel de Bayeu. El proyecto del altar mayor, fué ideado por Teodoro Ardemans, arquitecto constructor del Palacio. En la sacristía se ven dos pinturas que se atribuyen a Alonso Cano y Murillo. También hay un crucifijo de piedra de gran mérito.

El Panteón es obra del escultor Demanche. El

sarcófago se compone de un alto pedestal de mármol rojo con molduras de bronce; sobre él se apoya la urna donde yacen los restos mortales de Felipe V e Isabel de Farnesio.

Consérvanse en la sala capitular multitud de reliquias de santos, objetos sagrados de plata y oro exornados con profusión de piedras preciosas; riquísimos ornamentos de tisú y terciopelo, bordados de notables metales y cinco tapices de relevante mérito que conservan sus tintas brillantes y frescas.

Así en el Palacio como en la Colegiata, han tenido lugar sucesos muy notables, desde que en 27 de Julio de 1723, bendijo el Real Palacio el cardenal Borja patriarca de las Indias. Casi todos están íntimamente enlazados con la historia de España.

Y pasemos a ocuparnos del Parque. Es de todo punto imposible detallar, la extensión, magnificencia y obras de arte que se reúnen en los soberbios jardines de San Ildefonso; Felipe V. que había admirado las regias fiestas de los suntuosos jardines de Versalles, cuando, abatido y melancólico, determinó retirarse a este Real Sitio, quiso y llevó a cabo con perseverancia y dispendios continuos, la creación de lo que hoy es un edén y antes un monte en que la Naturaleza se ostentaba con toda su fiera majestad. El estilo clásico francés, creado por Le Notre, autor del trazado de los jardines de Versalles, fué el que se adoptó para formar los de que se trata, siguiendo así la marcha trazada en la revolución del arte de la jardinería. La extensión que se le dió en un principio, estaba muy lejos de ser la actual. Fué necesario adquirir más terrenos para formar los jar

dines, los bosques, el mar que surte las fuentes, los laberintos, etc.

A la muerte de Felipe V terminaron las obras, y desde entonces no se han ejecutado más trabajos que los de conservación. De Holanda y de Francia llegaron respectivamente, los olmos y los castaños de indias en 1723. A la par que se trazaban las plazas y calles, que miden una extensión en línea de 34.470 metros y los cordones de seto vivo, que lo forman otros 31.500 con 7.000 árboles de varias especies que cubren la primera línea, se ocupaban multitud de artistas en la construcción de las fuentes, cuyos talleres se establecieron en Balsain, bajo la dirección del mencionado Renato Cartier. La extensión de los jardines y bosques es de 146 hectáreas, contenidas dentro de un alto muro de 5.970 metros de longitud, sin contar con los terrenos que ocupa la parte de monte en la que hay abundante caza de ciervos y faisanes.

Las fuentes con estatuas, jarrones, etc. que las adornan, son tan notables que superan en mucho a las más famosas de Europa, así por su mérito artístico como por el efecto maravilloso que producen los juegos de las aguas, combinadas de tal suerte e impulsadas por tal fuerza, que las elevan a inmensas alturas, llegando la llamada de la Fama a 47 metros, con un caudal de aguas de veintiuno y medio metros cúbicos por minuto.

Las fuentes monumentales son 26, aparte de otras muchas que no tienen este carácter y se hallan esparcidas por aquellos inmensos jardines y bosques. Las que más llaman la atención son las de la

Fama, Baños de Diana, Ranas, Ocho Calles, Tazas, Dragones, Canastillo, Andrómeda, Apolo, Neptuno, Abanico, Caracoles, Anfitrite, Tres Gracias, Vientos y Selva. Delante de la fachada principal del Palacio, existe la Gran Cascada, que está coronada por la fuente de las Tres Gracias. El efecto que producen los caprichosos juegos de aguas que arrojan sus 140 surtidores, es tan delicioso que con fundamento admira a cuantos le ven.

Las aguas que alimentan todas las fuentes, provienen del Mar, que es un gran lago artificial, situado en una meseta a la altitud de 1.249 metros y 57 más alto que la explanada de Palacio. Sus aguas puras, aireadas y de temperatura poco elevada, hacen de tan pintoresco estanque un soberbio vivero de peces, sobre todo los de la familia de los salmoninos, que constituye un verdadero establecimiento de piscicultura dirigido por un ingeniero de montes.

En la actualidad los días marcados para correr las fuentes son:

Enero 23: San Ildefonso, Patrón de este Real Sitio y santo de S. M. el Rey.

Mayo 30: San Fernando, rey de España.

Julio 24: Santa Cristina.

Agosto 25: San Luis, rey de Francia.

Septiembre 11: Cumpleaños de la Princesa de Asturias.

Septiembre 24: Nuestra Señora de las Mercedes.

Corre además la fuente de la Fama, el último día de la octava del Corpus Christi, en el acto de entrar la procesión en los jardines y además durante la jornada, suelen correr dos fuentes los días festivos.

Los alrededores de San Ildefonso, ofrecen ágrestes y pintorescos sitios. Como paseos, la Casa de Vacas, sitio ameno para giras campestres. Pasaderas, a orillas del río Balsain. Boca del Asno, donde el mismo río discurre por entre dos elevadas rocas una de las cuales tiene una hendidura semejante a la boca de dicho animal. Jardín de Robledo, situado en la parte baja de Matabueyes. Pradera de Navalhorno y Balsain, donde se admira un corpulento nogal. Cueva del Monje, ya descrita. Chorro Grande, que tiene un salto de agua de más de 60 metros de altura. Silla de El Rey, notable por su hermoso pinar y por un asiento de piedra debido a la iniciativa de D. Francisco de Asís. Peñas Buitreras que toman su nombre de los muchos buitres que anidan en aquellas ágrestes y elevadas peñas etc. etc.

El real bosque de Riofrío, es una gran finca del Patrimonio, distante 12 kilómetros de San Ildefonso que mide 700 hectáreas, pobladas de encina, enebro, fresnos, álamos y otras especies, y murada con alta tapia de mampostería. Abunda en exquisitos pastos, que alimentan multitud de gamos y venados.

El Palacio es de forma cuadrada y mide 7056 metros cuadrados de superficie, con cuatro fachadas idénticas. Contiene todas las dependencias propias para sus regios moradores, aunque de carácter muy modesto, por ser habitado solo en ocasiones excepcionales con motivo de las expediciones cinegéticas. En cambio la colección de pinturas es superior a la importancia del Palacio, pues entre los 658 cuadros que en él existen hay muchos originales de grandes maestros: uno de Van Dyck, otro de Ticiano, otro de

Alberto Durero, dos de Guido de Reni, dos de Corregio, ocho de Jordán, tres de Teniers, cuatro del Domenichino, seis del Poussino, dos de Zurbarán, dos de Navarrete el Mudo, dos de Pantoja de la Cruz y uno de Goya y no pocos de otros renombrados pintores.

Si grandes han sido las obras llevadas a cabo durante el período de la Regencia en los demás Sitios Reales, no han sido menores las ejecutadas en San Ildefonso.

Las carreteras constituyen agradables paseos que permiten visitar el pinar con toda comodidad; la de la Cruz de la Galleja, conduce desde el pueblo de Balsain a lo alto del Puerto y la de la Cueva del Monje, arranca de Las Matas y termina en la de Madrid.

Los jardines que no conocen rival dentro de España, están enriquecidos con multitud de plantas, cascadas, y puentes rústicos; habiendo experimentado parte de ellos una verdadera transformación.

Para la guardería de los pinares hay infinidad de casas que pueden servir de alojamiento al montañero que los atraviesa, donde encuentra siempre agradable acogida.

En resumen, La Granja es un admirable lugar y quizá la mejor estación veraniega de los alrededores de Madrid.

## El Paular

El Monasterio de Cartujos de Santa María del Paular, está situado en el fondo del Valle del Lozoya que tiene al norte la cadena montañosa de Somosierra, al oeste la Peñalara y al sur la Sierra propiamente llamada de Guadarrama en la parte de Cabezas de Hierro. Enorme pinar baja hasta muy cerca del Monasterio por la ladera de Peñalara, desde el Puerto de los Cotos. Rodean a aquél cercas y muros que limitan grandes patios y plazas, preciosos huertos y magníficas arboledas, estanques y fuentes de aguas potables y cristalinas, sobre cuyas dependencias se yerguen oscurecidos por la patina del tiempo, los sillares que forman las cúpulas y la torre.

Imprime solemne melancolía a esta belleza un rasgo dominante: el sosiego apacible del valle que convida al recogimiento y a la meditación. De un lado el bullicio de la corte, del otro el silencio y soledad del claustro; allí, la animación y la espléndida, aquí, un día la austeridad y al presente el abandono; allí, los portentos del arte y las delicias de los jardines, aquí la oscuridad de las selvas y la seriedad sublime de las montañas; tal es el

contraste que en corto espacio presentan el Sitio de San Ildefonso y la Cartuja del Paular, separados tan sólo por la áspera y encumbrada barrera que sirve al propio tiempo de muro entre las dos Castillas.

Así nos muestra El Paular D. José Quadrado. Para descansar de la penosa y árida subida, véanse atrás los ojos con frecuencia a despedirse de las amenas espesuras y regios techos que a vista de pájaro dominan, y a contemplar el inmenso rojizo llano de Castilla la Vieja, sembrado de pueblos entre los que descuella la monumental Segovia. A unos cerros se sobreponen otros; y aun después de llegados a la cima del Reventón, asoman a entrambos lados más fieros y agudos picos, señoreando a todos sobre la derecha el de la Peñalara. La bajada se hace más áspera y pendiente que la subida, y encrespan el horizonte opuesto otras cadenas de montañas, ramales desprendidos de la gran cordillera. Grato es un día de Julio hollar por aquellas cumbres la nieve tendida en largas sábanas o serpeando cual riachuelo guarecida entre las hendiduras; pero en los dos tercios del año el blanco velo recogido sobre su cabeza, se tiende hasta sus plantas envolviendo al hondo valle en nieblas y hielos que a su tiempo se desatan en cristalinos arroyos. Sitio—exclama un historiador de la orden—tan ingrato al común de los mortales por lo destemplado del clima, por lo agreste del suelo, y por lo profundo del retiro, como amable y propicio por esto mismo a los cartujos...

También era aquella una mansión de recreo de

los antiguos Reyes de Castilla, aptísima para la caza, único solaz de sus belicosos tiempos, y de los pobos y álamos que en él crecían tomó el distrito el nombre de Pobolar, trocado en Paular actualmente.

Acosaba a Enrique II el de Trastamara el remordimiento, y no sería éste el único ni el más punzante, de haber quemado allá en sus campañas con los franceses un monasterio de cartujos, y encomendó a su hijo que en reparación de su culpa construyera una casa de aquella orden, desconocida hasta entonces en sus dominios. Olvidaba Juan I el paterno voto, cuando el día de Santiago de 1390 se presentó a recordárselo un monje de Scala Dei, Fray don Lope Martínez y el Rey prometió que no transcurrirían tres meses antes de que se cumpliera, empeñando al mismo fin su generosa cooperación el justicia mayor, el condestable, el almirante y los más notables magnates de Castilla. Como si presintiera el soberano que ni los tres meses cabales de vida le restaban, en 29 de Agosto siguiente hizo la concesión del territorio y echáronse los cimientos de la fábrica, que con doscientos mil pesos a ella asignados, muy pronto pudo recibir a sus nuevos moradores, venidos de Scala Dei, junto con D. Lope prior de la naciente casa.

Agrególe Enrique III su propio palacio y contiguo santuario de Santa María y concedió pastos a sus cuantiosos rebaños y vacadas; Juan II les dió en propiedad el río de Lozoya excluyendo de la pesca a sus mismos criados, y excedió a sus antecesores en liberalidad y munificencia, tanto que con los sobrantes de aquellos bienes se pensó desde 1458 en

erigir otra Cartuja, que al cabo en 1514 por mediación del Gran Capitán se estableció en el bello suelo de Granada.

Pero el verdadero poder de aquellos monjes consistía en el crédito de sus virtudes y en el valimiento de sus plegarias. Por ellas se dijo que el alma del rey D. Pedro halló tras de dilatado purgatorio el descanso eterno que parecían negarle su borrascosa vida y desastrada muerte (1); a ellas se encomendaba cuando mancebo Enrique IV, buscando allí en vida de su padre un retiro bien ajeno de su edad y de sus costumbres, y solicitando descansar a su muerte en aquel santo y humilde suelo (2). Allí Carlos V se complacia a someterse a todo el rigor de la abstinencia; y tal idea llevó de los merecimientos de aquella casa para con Dios, que al dirigirse con su armada sobre Argel, en alta mar, en punto de media noche en lo más recio de la borrasca, cuando Andrés Doria le anunció tristemente que todos iban a perecer, «no, dijo, no pereceremos, que a estas ho-

---

(1) Ha desaparecido el curioso documento de la aparición del rey D. Pedro a un monje del Paular, cuyas oraciones habían abreviado su purgatorio, y sólo resta mención de él en un índice, que es casi lo único que se ha salvado del archivo.

(2) En cambio de su sepultura ofreció el príncipe ochocientos florines de oro para la fábrica de la iglesia y un altar en honor de la Santísima Virgen a cuyos pies había de pintarse su propio retrato. Este proyecto formado en 24 de Mayo de 1445, cuando Enrique apenas contaba 18 años, no se realizó por motivos que se ignoran (a).

(a) La borrascosa y licenciosa vida de Enrique IV, en los últimos años de su existencia, explican este olvido.

ras mismas están orando por nosotros mis religiosos del Paular». La mismas reinas nunca pasaron el umbral del claustro; la llegada de la corte no desalojaba de sus bóvedas el silencio; y a los murmullos de los palaciegos mal hallados con semejante rigidez, respondían los dignos hijos de Bruno redoblando sus oraciones, creyendo con ellas mostrar mejor su gratitud a los príncipes que con vanos y lisonjeros coloquios.

Y esta dulce calma, esta veneración religiosa que, sentida por el alma pura de Jovellanos, levantaron su musa a más alta esfera (1) todavía las inspira el desierto edificio, cuya soledad acompañan algunos de sus más constantes moradores asistiendo como por gracia a sus funerales. La majestuosa alameda erguida al cielo de la cual desprendidas en el otoño

las agostadas hojas revolando  
bajan en lentos círculos al suelo,

anunciando lo caduco de las humanas dichas, el incesante fluir de las fuentes blando al par que melancólico como el llanto de la penitencia, la cruz sepulcral al mismo tiempo que hospitalaria, que puesta a la entrada del Monasterio indica su doble

---

(1) Su epístola de Fabio a Amfriso es ciertamente un modelo en el género de poesía que se apellida «filosófico». Sin duda no preveía el ilustre escritor que las impresiones que sentía entonces pasajera y repetidas como desterrado en otra Cartuja de la pintoresca Mallorca, y consolando a porfía su desgracia, la religión y el estudio.

destino de tumba para los de adentro y de asilo para los de afuera. ¿No son además otros tantos guías que mudamente introducen al callado recinto?

A la izquierda de la portería subsiste la capilla de los Reyes, de cuadrada y reducida forma, cuyo techo de crucería parece posterior a los primitivos tiempos en que sirvió de iglesia; una portada del Renacimiento, adornada con las estatuas de la Virgen, San Juan y San Bruno dentro de nichos, y cobijada por un grande arco artesonado, da ingreso al vasto patio exterior rodeado de pórticos con columnas, en medio del cual chorrea arruinada fuente.

En el fondo de un segundo patio, ábrense dos arcos ojivos con sencillas molduras, de los cuales, el de la izquierda levantado sobre seis gradas, conduce a la espaciosa anteiglesia que el otro alumbra en forma de ventana. La bóveda es de crucería esmaltada de florones y con escudos de armas en sus claves; una lápida de mármol negro resume concisamente la historia del edificio; dice la inscripción: «D. O. M. Caenobium hoc B. Mariæ del Paular erexe Castellæ reges, Enricus II sacro voto, Joannes I aedificii exordio et dote, Enricus III amplificatione et palatio, Joannes II perfectione atque ornamento, pares magnificentia in illud, religione in Deum». Y en la orla: «Cartusiæ alumni muneri regio gratitudinis debitæ pignus perpetuæque memoriæ obsidem ad posteros hoc dedere monumentum». Dentro del templo, a la izquierda de la entrada, está la lápida de su consagración, que no se verificó hasta el 11 de Julio de 1629 por el obispo de Segovia D. Melchor de Moscoso.

Antes de bajar por siete escalones al mismo templo, puede contemplarse uno de aquellos monumentos del siglo XV, en que el gótico vertía a manos llenas sus caprichosas galas.

Guarnecida de menudos follajes entre sus multiplicados boceles, forma la portada una grandiosa ojiva, que cubre todo el muro y ahonda su grueso con delicadas labores de crestería y de guirnaldas mezcladas con figuritas y animalejos. En uno de los arquivoltos interiores se sobrepone una serie de pequeñas efigies bajo doseletes; y ocho estatuitas de apóstoles con sus repisas y pináculos de filigrana adornan las dos pilastras que flanquean el exterior de la ojiva sosteniendo dos ángeles en su remate. Un arco rebajado corta la ojiva a sus dos tercios, ocupando su tímpano o testero una tosca pero expresiva escultura de la Madre Dolorida con el cadáver de Jesús en su regazo, y de rodillas a su lado San Juan y la Magdalena; en el friso se lee con caracteres romanos: «Videte si est dolor sicut dolor meus».

Tal fué la magnificencia y esplendor que quiso dar Juan II a la nueva iglesia que costeaba, confiando su dirección al moro Abderraman de Segovia, que en el techo de maderaje pintado y sobredorado siguió todavía las tradiciones del estilo arábigo, y dándole por auxiliares a Antonio Esteban, albañil de Toledo, a Gabriel Gali, carpintero, y al cantero Juan García ambos de Segovia. El violento terremoto de 1755 estremeciendo la fábrica antigua ofreció a los monjes la apetecida ocasión de renovarla; la nave conserva sus dimensiones y formas y hacia

afuera algunos vestigios de su estructura pero en el interior se ve revestido de pilastras corintias, de ancho friso y gruesa cornisa, y su techo cuajado de soles, follajes y multitud de relumbrantes ornamentos, que imprimen generalmente en las iglesias de cartujos un carácter de frivolidad nada conforme con lo austero de su instituto.

Sin embargo, en primer término y al pie casi de la gradería se levanta una hermosa reja, que en los arcos y los círculos que la coronan trepados a modo de sutil encaje, se anuncia indudablemente contemporánea de los Reyes Católicos, y dos bustos esculpídos en medallones alternan en su remate con blasones regios y de familia, descollando en el centro un crucifijo. El precioso retablo de mármol nos remonta a los buenos tiempos de Juan II, que lo mandó traer de Génova, habiendo costado su conducción ocho mil ducados. Su principal objeto es la bellísima Virgen con el Niño en brazos y de relieve entero, que cercada de ángeles ocupa el cuerpo inferior; dos puertas laterales cubiertas de figuras y menuda crestería introducen al tabernáculo. El resto del retablo se compone de cuatro cuerpos más, dividido en seis compartimientos el primero, en cuatro el segundo y tercero, y en dos el último, y flanqueados a trechos por pilastras que suben desde abajo sembradas de figuritas; sírvele de remate un Calvario y dos estátuas del Bautista y de San Bruno, que posteriormente se le añadieron. Con novedad y curioso detalle en los accesorios representan los diez y seis compartimientos en relieve pasajes de la vida y muerte del Salvador. En el primer cuerpo,

se representa la presentación de la Virgen en el templo, la anunciación, la visitación, el nacimiento de San Juan, el de Jesús y la adoración de los Magos; en el segundo, Jesús en brazos de Simeón, el bautismo de Jesús, la Cena y la prisión en el huerto; en el tercero, la flagelación, la cruz auestas, la crucifixión y el descendimiento de la cruz; en el último cuerpo, la resurrección de los muertos y la segunda venida del Hijo del Hombre. Pero careciendo de resalte los afiligranados doseletes que los guarnecen, barnizada con vivos colores y dorados la blanca piedra que labró como cera el hábil cincel, no sostiene el conjunto monótono y aplastado la grata impresión causada por cada una de las partes.

Llegamos por fin al famoso escándalo del arte, al malhadado tabernáculo o transparente objeto de la puritana cólera de Ponz, que ha dicho de él: «Es el transparente obra que costó muchos caudales. Se reduce a dos piezas, la primera\* más grande, y ambas de figura ochavada, con siete altares aquella, sin regularidad del Arte y de perversa talla, columnas sin oficio y hojarasca en abundancia»,

«Vamos al que, según creo, llaman con especialidad transparente, y es la segunda pieza de este recinto. Fué desgracia el mal empleo que aquí tuvieron por lo respectivo al Arte, varias especies de mármoles... Esta pieza es una confusión de la vista por la multitud y disonancia de objetos en aquella angostura, que principalmente causa el altar de enmedio, ejecutado de mármoles de Cabra y de otras especies. Columnitas salomónicas en él; ángulos sin fin, que entran y salen, arcos, arquitos, miembros

chicos mezclados con grandes, figuras alegóricas, angelitos, y en suma: una multitud de cosas constituyen esta obra alabada en extremo de los que no entienden palabra y muy despreciada de los que tienen alguna idea de lo que es arquitectura. Dicen que cuando D. Renato Fremin, escultor principal de San Ildefonso, venía a El Paular, nada le causaba tanta admiración que el cúmulo de desaciertos de este retablo y de la Custodia, que voy a referir.»

«Aunque ésta pesa, según me han asegurado, veinticuatro arrobas de plata, y en que agotó su saber un platero de los acreditados de Córdoba, no por eso deja de ser una clásica monstruosidad, nada menos que el retablo. ¡Gran desgracia que ambas obras fuesen tenidas por portentosas! No se que Pedraja fué quien la hizo y se cuenta por maravilla' que trabajaron en él otros doce maestros en calidad de oficiales («*egregiam vero laudem*»), y sacaron lo que queda referido»...

Y no podemos menos de contemplar con asombro, ya que no con placer, aquel caprichoso embo-lismo de una imaginación descarriada, aquel derroche de mármoles, dorados y hojarasca, en que a principios del siglo XVIII, se cifraba la perfección y la belleza.

En 1719 los buenos monjes imaginaron reemplazar la ochavada capilla, construída y pintada al fresco un siglo antes, con un alarde de magnificencia, que en aquella época no podía engendrar sino un aborto de churriguerismo; dió la traza y ejecutó-la cierto D. Francisco Hurtado, muy conocido a la sazón, y Palomino se encargó de pintar sus cupuli-

llas. ¿Pero cómo expresar lo que en aquellas dos reducidas piezas se contiene? Columnas de rosado mármol, altares barrocos empotrados alrededor de la octógona capilla, un tabernáculo en medio que la obstruye, todo sostenido por columnas salomónicas, y dentro de él un templete de mármol blanco destinado a albergar la gran custodia de plata que no le cedía en lo costoso y embrollado, y sobre el segundo cuerpo del tabernáculo, apoyado en la cúpula del templete, otra media naranja y un tropel de figuras que se pierden allá en la estrechez de la linterna; tal es el espectáculo de que los ojos pueden dar cuenta tras de larga atención. En seguida viene otra estancia formando crucero, con retablos semejantes en el fondo de sus brazos; y en sus ángulos bajo colosales de figuras de santos, ábrense cuatro entradas a otras tantas sexagonas capillas que compiten en lujo de extrañezas. Duele ver allí los preciosos fustes de las columnas y los dorados capiteles, y los jaspes de todos los colores, y el mosaico de mármoles que caprichosamente alfombra el pavimento; duele tanto caudal de riqueza, tanto tesoro de imaginación allí malgastado.

La dominación de ese fasto gusto no se contuvo dentro del tabernáculo sino que invadiendo la espaciosa sala capitular entretejió con hojarasca su cornisa y cubrió la máquina de su retablo, y cundiendo a las próximas capillas, apenas dejó intacta en ellas otra cosa que su primitivo techo de crucería. Esto o poco más es lo único que han conservado otras vastas capillas contiguas al claustro, en las cuales los restauradores ensayaron también sus ha-

bilidades y entre las pérdidas artísticas que sufrieron todas últimamente lamentamos como principal la del sepulcro que se levantaba en el centro de las que llaman de la Resurrección. Esta capilla cuyo patronato perteneció al duque de Frías, fué fundada hacia 1484 por doña María Niño que donó para su fábrica una dehesa. El destruído sepulcro era tal vez de doña María Guzman, cuñada de la fundadora y que es ahora obra del gótico aspirante según sus fragmentos, y a la del purista retablo de su primer titular San Ildefonso. El refectorio, si bien desnudo de los grandes cuadros que cubrieron sus paredes, ofrece todavía un conjunto acorde e imponente en los arcos cruzados de sus bóvedas, en los lindos arabescos esculpidos alrededor de sus asientos, en los que adornan el pedestal y el antepecho del púlpito y en la antigua escultura que en su testero representa la crucifixión del Salvador, cuya divina sangre recogen los ángeles en copas de oro.

Un angosto corredor cuyo singular techo consta de dos vertientes separadas por un plano horizontal, y que cierran dos puertas orladas de graciosos follajes, conduce de la anteiglesia al claustro; y en todas estas obras reina asimismo un gótico decadente, caprichoso en las líneas pero austero y sobrio en los ornatos. Cada una de las salas del claustro presenta en su bóveda distinta forma realzada con gruesas aristas; ya se cruzan a manera de rombos, ya corren en línea recta a lo largo de la cúspide de las ojivas enfilando las claves centrales, ya los arcos al ir a cerrarse en semicírculo se elevan para rematar en airosa punta; y este último tipo, tan usual en

aquel género, domina también en la larga serie de ventanas que comunican al patio o luna. Marcos de yeso señalan en el opuesto muro el sitio ocupado por la bella colección de cuadros de la historia de San Bruno y de su orden, pintada de 1628 a 1632 por Vicente Carducho, objeto elocuente de contemplación y grata compañía de aquella soledad, que fueron luego arrancados y traídos a Madrid para formar el museo del Ministerio de Fomento cuando estaba instalado éste en el exconvento de la Trinidad. Formaban aquella colección cincuenta y seis lienzos y consta que recibió por ellos el autor más de 130.000 reales.

Lindos follajes y entrelazamientos, labrados prismas forman las repisas en que estriban los arcos de la bóveda; y debajo de los vacíos marcos se ven las puertas semicirculares y angostas con un ventanillo al lado, tras de las cuales cada monje vivía retraído permaneciendo siempre cerradas como los labios de sus moradores.

Debajo de las malezas que cubren el vasto y cuadrado patio del claustro, duermen el sueño de la eternidad numerosas generaciones de cenobitas, que en ella cifraron sus estudios y sus deseos; y los robustos cipreses cimbreándose sobre las tumbas aparecen como el símbolo de su incesante y tranquila aspiración. Con sus verdinegras copas hacen juego las largas filas de botareles que arrancan de los estribos de las galerías distribuidos entre ventana y ventana; las mohosas gárgolas destacadas de ellos, apenas conservan la figura de animales; y doble fila de ménsulas combinadas con un cordón de bolas imprime

en su cornisa un prenaturo sello de ancianidad.

En uno de los ángulos se levanta sobre cuatro gradas circulares una cruz, cuyo tronco une a los boteles góticos, plateresco follajes y cuya parte superior adornan varias figuras poco esmeradas, del Crucificado, de los Apóstoles y de la Virgen dolorida. Al lado del cobertizo, un sepulcro con cubierta de dos vertientes, encierra los restos del obispo de Segovia, don Melchor de Moscoso, de cuyo epitafio ya solo se lee la fecha de su muerte, 30 de Agosto de 1632.

Pero con el claustro mismo, nació en su centro el octógono templete como creación risueña para templar su adustez; cuatro puertas y cuatro ventanas de semicírculo recortado en punta alternan en sus ocho lados, con proporciones tan iguales entre sí que el remate de las ventanas se levanta sobre el de las puertas otro tanto que su arranque sobre el nivel del suelo. Lisos contrafuertes arquean sus ángulos y un chapitel con arpon y cruz corona su techo de pizarra; en el interior, empero, se diseñan limpiamente las boceladas pilastras, la cornisa que enlaza sus capiteles, los agudos arcos de la bóveda y la estrella de crucería; y del centro de su pilón, brotaba en un tiempo el agua, midiendo el curso callado y lento de aquellas horas y llevando en pos de sí el alma contemplativa. Allí hasta las toscas piedras recobran el realce de la solemnidad del sitio; el pensamiento comprende mejor el dulce atractivo de la vida cenobítica. y se hacen más bellas e interesantes a la fantasía las tradiciones de los siervos de Dios, cuyos cuerpos yacen incorruptos en aquel

suelo, de la celeste fragancia exhalada de sus sepulcros; de las misteriosas visiones y espantables monstruos errantes a media noche por el cementerio y ahuyentados con el toque de maitines.

En torno del Monasterio sonríe la naturaleza agradecida a los que desmontaron su fragosidad selvática: y los grupos de lánguidos sauces y arrogantes olmos, las espesuras de robles y fresnos, en cuyo fondo blanquea siempre la Cartuja, sin alejar del alma la serenidad y la dulzura, truecan la grave meditación en juvenil actividad y regocijo. Encerrado entre sinuosas breñas se prolonga diez kilómetros hacia oriente el amenísimo valle por cuyo fondo se desliza mudo y límpido el Lozoya. Cinco aldeas pobladas hacia 1302 por los segovianos y crecidas luego a la sombra de El Paular, se asientan en las márgenes del río. Las ordenanzas formadas por el concejo de Segovia en 1302 para poblar desde la Sierra hasta los campos del Jarama y Tajuña, en defensa de la ciudad y acrecentamiento de la caballería, hablan del Val de Lozoya y dividenlo en las cuatro cuadrillas, de Rascafría, Oteruelo, Alameda y Pinilla, obligando a los caballeros, dueñas, escuderos y doncellas que adquiriesen sus tierras y quinones, a establecerse en ellas, a fabricar casa y a tener caballo propio que valiera doscientos maravedises, y previniendo la demasiada acumulación de propiedad por herencia o casamiento. Hoy sucesivamente asoman los modestos campanarios de Rascafría, Oteruelo, Alameda, Pinilla y Lozoya, la más importante de todas situada en la embocadura del valle. Copudos árboles entoldan el tortuoso camino,

el agua rebosa en los arroyuelos, los prados alternan con los bosquecillos, los frutales con las alamedas; y el caserío mismo, oculto entre el verdor, pierde su miserable aspecto, sintiendo necesidad de mayor aseo y desahogo ¡Benéficas montañas, focos de vida y perennes manantiales de las corrientes que derraman fertilidad y abundancia por las llanuras! En vosotras está el vigor nativo, la libertad y la grandeza; vuestros jardines al primer rayo de sol, rompen lozanos la envoltura de nieve que los cubre, vuestros arroyos atruenan, vuestras rocas palpitan; lejos de vosotras ¿no parecen muertos los ríos y artificial la vegetación?

¡Admirable Monasterio del Paular de cuya grandeza ya solo hoy quedan las ruinas! ¡Causa pena visitarle! Aquello es una majestad religiosa cuya extinción se apresura: los muros, despojados de sus guarnecidos y santas imágenes, se resquebrajan; rotos y torcidos los preciosos encajes de la verja del siglo XV que separa el templo de los fieles del coro de los novicios; desvencijados los altares, tiradas por el suelo delicadezas de los adornos góticos; los esqueletos de madera asomando por doquier sus rudas vigas; descascarilladas las pinturas que engalanaron sus techos; mutilados los finos relieves de las esculturas religiosas; partidas las losas del suelo hundidos los sepulcros, borradas las inscripciones, a punto de derrumbarse las pocas celdas que aún se sostienen en pie, mostrando el milagro de su resistencia increíble...

El Paular, monumento nacional, es propiedad hoy de la compañía que explota los extensos pinares

que le circundan. Está en manos extranjeras. ¿Cómo conservarán los restos de esa gloriosa institución cartesiana? Árboles y piedras entregó la Patria a ellos sin ocuparse de su responsabilidad ¿No es acaso esto más que suficiente para embargar de dolor el corazón del caminante que acierta a hollar aquellos lugares de rancio abolengo histórico?

Laus Deo.

\*  
\* \*

Para visitar el Paular, pueden seguirse varios itinerarios, a saber:

*Desde Madrid, por carretera, a Tetuán de las Victorias, Fuencarral, Alcobendas, San Sebastián de los Reyes, Fuente el Fresno, San Agustín, El Molar, Pedrezuela, Guadalix de la Sierra, Miraflores, Puerto de la Morenera y El Paular.*

*Desde Madrid, por carretera, a Tetuán de las Victorias, Fuencarral, Castillo de Viñuelas, Colmenar Viejo, Chozas de la Sierra, Miraflores, Puerto de la Morenera y El Paular. (1)*

(1) Si se utiliza este itinerario, puede visitarse la finca de «El Castillo de la Dehesa de Viñuelas» posesión que perteneció al monte de El Pardo y que fué segregada de él como más adelante se dirá. Esta posesión que está situada a diez kilómetros de Fuencarral en la carretera que une este pueblo con Colmenar Viejo tiene una extensión de once mil fanegas y está cercada de tapia que forma un perímetro de cuarenta kilómetros aproximadamente. Tiene monte alto y bajo, como los de El Pardo y abundan en ellos los álamos, chopos y fresnos juntamente con el carrizo, el tomillo y el romero y contiene profusión de caza, conejos, palomas, corzos, liebres y hasta águilas que cruzan de los montes cercanos y de la Casa de Campo.



*Desde Madrid, por carretera, a Puerta de Hierro, Las Rozas, Torrelodones, Villalba, Collado Mediano, Puerto de Navacerrada, Puerto de los Cotos o del Paular y El Paular.*

*Desde Madrid, por carretera, a Chamartin de la Rosa, Alcobendas, San Sebastián de los Reyes, San Agustín, El Molar, Torrelaguna, El Berrueco, Siete Iglesias, Lozoyuela, Lozoya, Alameda, Oteruelo, Rascafría y El Paular.*

De todos estos itinerarios el más pintoresco, aunque un poco más largo es el último; tiene unos cien kilómetros de recorrido. Las carreteras son buenas por todos los itinerarios y muy agradables

---

Existe en la finca un palacio-castillo que ocupa el lugar que tuvo la antigua fortaleza existente durante el período de la Reconquista y que desapareció hace mucho tiempo; el actual se edificó en los siglos XVII y XVIII y en su fachada campea el escudo del Mayorazgo de Gorbosana perteneciente al marquesado de Breña. Este palacio perteneció al marqués de Campo quien lo arregló y amuebló convenientemente y por fin es propiedad del Duque del Infantado.

Parece ser que a mediados del siglo XIII durante el reinado de Sancho IV se hizo cesión del término de Viñuelas perteneciente hasta entonces al Real de Manzanares, a García López de Saavedra de uno de cuyos sucesores pasó a la orden de Santiago. Más tarde, se suscitó un pleito entre los Marqueses de Santillana poseedores del Real de Manzanares y la citada Orden, pleito que duró más de dos siglos; por fin, después de muchas vicisitudes, a mediados del siglo XVIII fué incorporado al Real Patrimonio por compra que verificó Fernando VI y se unió al Real Sitio de El Pardo, de donde fué separado durante la revolución del siglo XIX y adquirido en el año 1870 por el Marqués de Campo del cual pasó a la casa de Infantado.

y con bellos puntos de vista por toda la parte de la Sierra, en los Puertos y en el valle de Lozoya.

Puede irse también en el ferrocarril de Colmenar Viejo, que sale de Madrid en los Cuatro Caminos y de allí tomar el automóvil de servicio a Rascafría, pueblo que dista un kilómetro de El Paular. Desde Colmenar Viejo a Rascafría, veintidos kilómetros de carretera muy buena y sumamente bella. O bien desde Colmenar Viejo, trasladarse en el automóvil correo a Miraflores de la Sierra; desde Miraflores hay que remontar el Puerto de la Morcuera, que tiene nueve kilómetros de camino y desde allí bajar a El Paular recorriendo otros diez kilómetros.

Trasladarse por el ferrocarril que sale de Madrid por la Estación del Norte a Cercedilla. De allí por carretera al Puerto de Navacerrada, de éste, al Puerto de los Cotos o del Paular y de allí bajar a El Paular. El total de recorrido desde el pueblo de Cercedilla es, de 11 kilómetros al Puerto de Navacerrada y desde éste al Monasterio, 23 kilómetros.

Se puede ir también desde Segovia, por la Granja y Puerto del Reventón pero es un recorrido sumamente incómodo, pues aunque existe buena carretera, de 11 kilómetros desde Segovia a San Ildefonso, desde este punto al Monasterio, hay que ir por camino y cruzar el Puerto, lo que supone un gran esfuerzo y priva de hacer este recorrido, de los doce meses del año, nueve, la gran cantidad de nieve y los peligrosos precipicios del Reventón, tan lleno de recuerdos trágicos.

En el Monasterio del Paular, de tan grata estancia, puede hallarse fácil acomodo para permanecer

durante la noche o hacerlo en el inmediato pueblo de Rascafría, que ya hemos dicho que dista de él solamente un kilómetro. En el Monasterio se utilizan para habitaciones de los excursionistas las escasas celdas de los cartujos, que aun no se han arruinado. También se halla servicio de comida, utensilios, etc. a precios que son un poco más que regulares y que varían a la par de la época del año, llegando «a la cumbre» durante el estío.

Ningún montañero, sin embargo, debe excusar una visita por lo menos, en la seguridad de que quedará satisfecho.

## El Escorial y Pinares Llanos

El Real Sitio de San Lorenzo del Escorial, dista de Madrid 51 kilómetros, trayecto que recorren los trenes en hora y media partiendo de la estación del Norte. Hállase situada la villa de El Escorial de Arriba sobre la falda de la estribación que de norte a sur lanza, cerca del pueblo de Guadarrama, la próxima cordillera Carpeto-Vetónica. La población ocupa una situación muy agreste y su caserío es bastante bueno existiendo edificios bien contruídos entre los cuales se puede citar la antigua Escuela de Ingenieros de Montes.

Dada su proximidad a la corte, la bondad de sus aguas y alimentos y la pureza de sus aires, vése esta villa sumamente concurrida durante la estación veraniega por multitud de familias de Madrid, que fijan allí su residencia en los calurosos meses del estío. Contribuyen en gran manera a aumentar el número de visitantes nacionales y extranjeros en todas las épocas del año, las innumerables maravillas que contiene el Real Monasterio y el Palacio, así como la amenidad de los jardines y pintorescos contornos.

Rodea al Escorial un hermoso parque y en él se levantan dos notables edificios, llamados la Casa

del Príncipe de abajo y la Casa del Príncipe de arriba, construido el primero en el año 1772, por Juan de Villanueva, con destino al Príncipe D. Carlos, y siendo el segundo entonces de la pertenencia del infante D. Gabriel.

Uno de los sitios más agradables para los excursionistas es la silla de Felipe II, tosco asiento de piedra abierto en una elevada peña, situada como a tres kilómetros de la población. Cuentan las crónicas que el monarca solía visitar frecuentemente aquellos lugares para vigilar las obras del Monasterio.

Desde El Escorial, pueden hacerse muchas excursiones sumamente agradables y cómodas. No son las cumbres que forman el que podríamos llamar circo de El Escorial—dice Fernández Zabala—las mas atrayentes del macizo del Guadarrama; pero aun no siendo así, tienen, empero, una belleza que les hace merecedora de ser visitadas. Sobre todo, la vieja cresta de San Benito (1616 m) a quien nadie puede disputarle el título de «belvedere» de la cordillera central.

Cuando se alcanza su cónica cresta y se reposa de la ascensión no muy fatigosa que a él nos lleva desde El Escorial a través del Collado de la Cereda, por un cómodo camino hasta esta escotadura y luego por una senda de difícil extravío; sentados sobre los peñotes terminales, tenemos ante nuestra vista casi todas las cumbres del Guadarrama hacia el oriente, y aun se alcanza a ver, al otro lado de la depresión de Navacerrada, la redonda cumbre de la Peñalara. Hasta los Cuchillares de la Pedriza se

aprecian y renacen desde el San Benito; incluso la vertiginosa ladera meridional de la Peña del Yelmo.

Por el poniente, la línea del horizonte está aún más lejana que las cumbres afiladas del Circo de Gredos, que resaltan sus nubes azulísimas en medio del blanco brillante de los neveros; y entre aquella lejana perspectiva y nuestro observatorio, se ve el laberinto de cumbres de la Sierra de Malagón, de la Paramera, de la Serreta, de los Baldíos, de casi toda la atormentada superficie de Avila.

Desde el mismo Collado de la Cereda (1278 m) puede emprenderse la subida a las Machotas de las cuales, la mayor o Cerro del Castañar, (1460 m) ofrece también una bella perspectiva de montañas. En la misma excursión pueden visitarse las dos cumbres, descendiendo al Collado de Entrecabezas (1180 m) que las separa, para subir a la Machota chica (1405 m). La ascensión más rápida, pero no tan cómoda como desde El Escorial, puede hacerse dejando el tren en la estación de Zarzalejo.

Muy bella excursión también es la del Puerto de Malagón (1585 m) por el que pasa la famosa Cañada Real leonesa, que sube desde San Rafael. Otros paseos más bien que excursiones pueden hacerse; entre ellos al Risco' de los Abantos (1754 m) y a las aldehuelas perdidas entre las quiebras del San Benito y de las Cabezas del Alhansinejo.

Una excursión ya más seria, que por lo interesante y pintoresca vamos a detallar es la de El Escorial a Pinares Llanos. Se sale de El Escorial por el Romeral para llegar hasta la célebre Fuente de la

Teja y desde ella se sigue el camino que lleva al Cervunal por el Portacho. Todos estos caminos tienen carteles indicadores que hacen imposible el extravío. El camino es sumamente bonito en zig zag, muy bien cuidado y conduce al pie mismo de los riscos que coronan el cerro llamado Cervunal.

Desde el Cervunal, se extiende en dirección noroeste una loma que ascendiendo suavemente, conduce a la cumbre del Cerro de los Abantos, a dos horas de El Escorial y desde cuya altura se descubre un hermosísimo panorama: al norte y nordeste toda la Sierra de Guadarrama, desde el Picorzo hasta Peñalara, Picos de Pasapan, Puerto de Guadarrama, Sierra de Malagón, Las Machotas, San Benito, y al fondo el imponente Gredos. Además se contempla el valle de Guadarrama en toda su extensión y a nuestros pies San Lorenzo con sus frondosos jardines, su Monasterio, que ahora la distancia reduce a lo inverosímil.

Si al subir al Cervunal, en vez de tomar el camino dicho, le abandonamos en la bifurcación, hubiéramos seguido por el collado que queda a la izquierda del cerro y hubiéramos dado en la planicie donde está Pinares Llanos. Al principio el camino es árido y feo, pero en llegando a la llamada Casa de los Ingenieros al pie de los escarpados Riscos de la Cueva, el panorama cambia radicalmente. Un enorme bosque de pinos cubre toda la extensión, ofreciendo reposo y alegría al excursionista. Al hacer esta excursión directamente desde El Escorial, se suele dar fin en San Rafael, a la otra vertiente de

las montañas. Es muy bonita excursión y se recorren en ella las etapas siguientes:

De El Escorial al Puerto de Malagón, seis kilómetros por buen camino, de peñas y sin árboles; de este Puerto a la Arqueta de San Juan cuatro kilómetros, siguiendo el curso del arroyo por camino muy llano cubierto de pinos; de la Arqueta de San Juan a la Casa de los Ingenieros, seis kilómetros de bajada; muy pintoresco lugar también con pinos y pastizales y de aquí a San Rafael, unos diez y seis kilómetros por la vertiente opuesta de la cordillera.

También desde San Rafael pueden hacerse muy gratas excursiones, una de ellas es la del Cerro Cueva Valiente, que está encima de la colonia del pueblo. Atravesando el extenso pinar hasta las Peñas de Juan Plaza, perfectamente visibles por formar una especie de miradero que domina toda la parte norte del Puerto de Guadarrama y la garganta del Espinar.

Dando la vuelta por el suroeste al cerro, se sale a un collado remontando el cual y torciendo a la mano izquierda llégase a la vertiente norte de la cumbre; en aquel lugar, en lo alto de una pared de roca está la cueva que da nombre a la montaña. Se llega a ella por una cornisa diagonal que termina en la misma boca de la cueva.

Desde aquí, se sube a la cumbre de la montaña, para contemplar a vista de pájaro toda la provincia de Segovia y las cumbres próximas de la Sierra de Guadarrama. También se puede hacer la cómoda excursión desde San Rafael al Alto de El León o Puerto de Guadarrama. Este puerto está a seis ki-

lómetros de la colonia y se llega hasta él por la carretera en dirección sur. El trayecto de esta excursión es bellísimo y es un paseo muy propio para señoras, por lo grato y pintoresco.

Pero volvamos al Escorial a donde nos queda aún mucho que ver, y empecemos por ocuparnos del Monasterio de San Lorenzo. El sitio para el emplazamiento de éste, fué elegido por la proximidad a la Corte, abundancia de aguas y riqueza de canteras de granito. La planta del edificio es rectangular con una adición cuadrada por su lado oriental, llamada vulgarmente Mango de la Parrilla, por suponer que el rectángulo, con las líneas de las largas crujías que le subdividen quiere representar simbólicamente la parrilla en que sufrió martirio San Lorenzo, titular de la fundación. Mide el rectángulo de norte a sur 206 metros (21 metros menos que la gran pirámide, sepultura del rey Keops, en Egipto) por 161 metros de este a oeste. Los planos primitivos fueron ideados por el arquitecto Juan Bautista de Toledo y notablemente reformados por Herrera, bajo cuya dirección se ejecutaron todas las obras, prestando servicios importantísimos, en calidad de sobrestante fray Antonio Villacastín lego jerónimo.

Se puso la primera piedra el 23 de Abril de 1563 y la última el 13 de Septiembre de 1584. Costó toda la obra, con sus dependencias y jardines, seis millones y medio de pesetas.

El Real Monasterio se halla bajo la custodia de la Corporación de Padres Agustinos Calzados, desde el año 1885, que fué designada para ello por orden de Don Alfonso XII. Esta Corporación, está

encargada asimismo del culto y de la enseñanza.

Lo primero que se ofrece a la vista del viajero, entrando por la puerta principal, es un amplio zaguán, formado por tres arcos abiertos entre pilas-tras, que dan paso al Patio de los Reyes, el mayor de los 16 que cuenta el edificio, que tiene además 86 escaleras, 1.200 puertas y 2.673 ventanas. Adornan el frontispicio de este patio seis colosales estatuas sobre pedestales de mármol blanco, de las que fué autor Juan Bautista Monegro, que las sacó todas y la estatua de San Lorenzo que existe en la portada principal, de un enorme peñasco cuyos restos se ven todavía cerca de Peralejos. Conforme se entra en este patio, en la cornisa, a mano izquierda se colocó la última piedra del edificio, señalada por esta circunstancia con una cruz.

La bóveda del átrio del templo, es plana, pero Juan Herrera tuvo tal acierto al trazarla y calculó de tal modo la resistencia que sobre ella descansa todo el coro. Colocándose sobre la clave de la misma y golpeando con el pie el suelo, la bóveda se mueve. El templo que es amplísimo está sostenido por cuatro colosales pilares distantes entre sí cincuenta y tres pies; tiene tres naves que forman veinticuatro arcos. Posee dos órganos contruidos por Giuseppe Flécha y los instrumentos del teclado y registros por Mas Sigiles. En el crucero se eleva el cimborio, que alcanza 330 pies de altura; la bola que le remata por fuera pesa 136 arrobas y la cruz superior 73. Recibe la luz la iglesia por 38 ventanas. La arquitectura es de orden dórico y el pavimento es de mármol blanco. El coste de este grandioso

templo ascendió, sólo en la parte de cantería a un millón trescientas setenta y ocho mil pesetas.

El templo tiene en la planta baja 42 altares muy notables todos, pero el retablo del Mayor es la más preciada joya. Está hecho de jaspes finísimos, metales y bronce dorados a fuego. Tiene 92 pies de alto y 49 de ancho. Comprende todos los tipos de arquitectura, dórico, jónico, corintio y el último cuerpo es mixto.

El coro es sumamente espacioso y de bóveda muy alta. El pavimento es de mármoles blancos y pardos. La sillería es de ébano, terebinto, boj, cedro y nogal y fué su autor Giuseppe Flecha. La bóveda está pintada al fresco por Luqueto y representa la gloria. En medio del coro está el magnífico facistol que es una gran obra de arte

El Panteón de Reyes es una rotonda ochavada hecha con jaspes de Tortosa y mármoles de Toledo. Frente a la puerta está el altar, a los lados de éste, que es lujosísimo, hay seis ochavas iguales en cada una de las cuales hay cuatro divisiones cuyos fondos están forrados de mármol negro con molduras de bronce. En cada una de estas divisiones hay una urna de mármol pardo sostenida sobre garras de león de bronce dorado. En ellas se ve un tarjetón de bronce con letras negras en relieve que indican el nombre del rey o reina cuyos restos allí reposan. Todas son iguales y son en total 26 y hay ocupadas 19.

El Panteón de Infantes, muestra notables esculturas de Ponciano Ponzano. Los muros están forrados de mármoles y las bóvedas son de granito con

filetes dorados a temple y el suelo de mármoles blancos y pardos en bonitos dibujos.

En la primera cámara hay 17 urnas lujosísimas. En los tránsitos de la primera cámara a la segunda y de la tercera a la cuarta, hay ocho maceros de marmol blanco de carrara obra de Ponzano. En total consta de ocho cámaras consecutivas con infinidad de sarcófagos, la mayor parte de los cuales son verdaderas obras de arte y su valor intrínseco elevadísimo.

La antesacristía tiene dos entradas, una por la iglesia y otra por el claustro bajo. El pavimento es como el de la iglesia, las paredes, blancas hasta la cornisa y la bóveda pintada al fresco por Fabricio y Granelio. En el centro de uno de los muros hay una enorme fuente de mármol pardo donde se lavan las manos los sacerdotes, antes de officiar. En las paredes hay 10 cuadros de mucho valor.

La Sacristía, que está a continuación es una habitación de grandes proporciones, de bóvedas muy altas y con mucha luz. Está adornada con siete espejos el de el centro de cristal de roca, regalo de doña María Ana de Austria. Contiene innumerables riquezas a pesar de que esta habitación fué una de las que sufrieron mayores despojos en tiempo de la invasión francesa. El techo está pintado al fresco por los mismos autores que el de la antesacristía. Entre las ropas litúrgicas que en ella se guardan, es notable el terno de plata con cenefas de oro en donde bordados en sedas de colores están representados algunos pasajes de la vida del Salvador. Se conservan aún 42 cuadros de Verones, Greco, Zurbarán, Ri-

bera, Jordán, Herrera, Guido, Tintoreto etc. El retablo y altar de la Santa Forma ocupa el testero del fondo sur; es quizá el mejor cuadro del Monasterio debido a Claudio Coello y representa a Carlos II adorando la Santa Forma y reproduce la misma sala con la fidelidad de un gran espejo. Dos días al año, se descende el cuadro por medio de una máquina y deja ver la Sagrada Forma que se conserva en el altar, como una reliquia, ya que la Hostia fué pisoteada por unos soldados en la Catedral de Gorcamia y de ella brotó sangre. Esta reliquia la donó el Rey Rodolfo II al Escorial en el año 1592.

El claustro alto del Monasterio es de granito con el pavimento de mármoles y está adornado con 46 pasajes de la Vida de la Virgen y de la pasión y muerte del señor. Los frescos son de Peregrín Tibaldi; los demás dibujos son de su hija Jerónima y de sus discípulos Rizzi, Aena, Urbino y Tabarón. El fresco de la Asunción, de Luqueto. El patio de los Evangelistas es el centro de este claustro y en medio de él existe un templete con las cuatro estatuas de los Evangelistas, hechas en mármol de Génova.

Las salas Capitulares que están en el claustro principal, se llaman así porque en ellas se reunían los Jerónimos en sus Capítulos. Las pinturas son de Fabricio y Granielo. La bóveda de la celda prioral, está pintada por Urbino y representa el Juicio de Salomón. En esta habitación, en las dos salas y en el zaguán, hay 71 cuadros de mucho mérito artístico.

La escalera principal es obra de J. B. Castello Bergamasco. Las pinturas son de Lucas Jordán. En su parte norte se admira el célebre rasgón imitado que

pintó un discípulo de Jordán y que éste no consintió en borrar. El conjunto todo es de una grandiosidad y riqueza imponentes.

El camarín de Santa Teresa, donde se conservan muchos escritos originales de la Santa, tiene un cuadro en el que se representa la excomunión que el Papa Gregorio XIII fulminó contra los que se atreviesen a sacar los objetos que en ella se custodian. A pesar de esto ha sido muy expoliada, pero aún conserva muchas reliquias entre las cuales está un pedazo del manto de la Virgen, una de las ánforas de la boda de Caná, una barra de las parrillas de San Lorenzo, una parte de los corporales con los que dijo misa Santo Tomás Cantuariense, el esqueleto de uno de los niños inocentes etc. Hay también unos Evangelios en griego que pertenecieron a San Juan Crisóstomo, el Tratado del Bautismo de San Agustín y como hemos dicho, infinidad de autógrafos de Santa Teresa.

La Biblioteca es un hermosísimo salón con mucha luz, de 36 pies de alto, 34 de ancho y 185 de largo. La estantería que rodea el salón es de orden dórico sentada sobre un zócalo de jaspe sanguíneo, el suelo de mármol y los techos pintados. Tiene 54 estantes y cada uno seis cajones. En el centro cinco mesas de mármol con cerco de bronce y dos veladores de pórfito. Sobre éstos y aquéllas, vitrinas conteniendo libros preciosísimos, manuscritos y un globo celeste único en el mundo. Se guardan en esta Biblioteca, 5 000 manuscritos, 6.000 impresos, 14146 libros, que en unión a los que contienen otras dependencias suman un total de 33906 volúmenes. Entre

las incontables piezas raras fuera ya de todo valor, se encuentran el Códice Aureo, escrito en oro por mandato del Emperador Conrado y terminado el año 1050. En sus 168 hojas se emplearon 17 libras de oro. El devocionario de Carlos V., de su esposa doña Isabel, el de Felipe II, Felipe III y otros. Un Capitulario, el Salterio de la orden de San Agustín, del siglo XIII, una Biblia en hebreo, la más antigua que se conoce las Cántigas de Alfonso el Sabio. El Apocalipsis de San Juan. El Códice Vigilano y el Emilianense del siglo X. Un Corán regalado a Carlos V, de incalculable valor y muchísimos libros más imposibles de enumerar.

El Palacio, se halla situado al este y norte del edificio, ocupa la cuarta parte de su fábrica.

La habitación de Felipe II fundador del Monasterio y en la cual murió el 13 de Septiembre de 1598, es una celda sencilla y pobre. En la pared hay una lápida que dice:

En este estrecho recinto  
Murió Felipe segundo  
Cuando era pequeño el mundo  
Al hijo de Carlos Quinto.

Existe al lado de ella, la alcoba, desde cuya cama el Soberano oía la misa y veía al oficiante por un ventano abierto en el grueso de la pared que da sobre la iglesia a la derecha del altar mayor. Las paredes están enlucidas de blanco y el suelo es de ladrillos. Se conservan estas habitaciones, tal como quedaron al morir el Rey.

En los pasillos pueden verse los maniqués de la

Guardía Negra, que eran los que montaban la vigilancia en las estancias del Palacio.

La sala de las Batallas, recibe este nombre de las que en sus paredes pintaron Granielo y Fabricio. El fresco principal, representa la batalla de Higueruela y la victoria conseguida sobre los árabes por don Juan II en la vega de Granada. Los demás frescos se refieren a la batalla ganada el día de San Lorenzo del año 1557 por el duque Filiberto y en conmemoración de la cual y por haber destruido a cañonazos, una ermita dedicada a este santo, Felipe II construyó el Escorial.

Además de los muchos cuadros, muebles, objetos y reliquias que guarda este palacio, hay en él 338 tapices, 152 de la Real Fábrica de Madrid con dibujos de Goya, Bayeu, Maella y otros. Otros 163 de Flandes, muchos de Teniers, 20 de Francia y 5 de Italia.

La Casita del Príncipe, está situada entre la fronda de los hermosos jardines, que de por sí son admirables, en especial los del Monasterio, trazados en boj y adornados de enormes y suntuosos estanques y estatuas. Esta Casa del Príncipe se edificó en el año 1772 por orden de Carlos IV. Durante la guerra de la Independencia se trasladaron a Madrid los muebles y objetos que la adornaban, desapareciendo muchos de ellos. Volvió alhajarse en 1824 y posteriormente ha sido restaurada. Es de piedra y se la llama la Casita de Abajo para diferenciarla de otra denominada Casita de Arriba y edificada para el infante don Gabriel. En las 19 habitaciones de que constan los dos pisos además de los frescos pin-

tados por Maella, Briles, Perez, Japeti etc. hay más de doscientos cuadros al óleo, estampados, bordados, maquetados y de todas clases. Existe también una preciosa colección de relieves en marfil compuesta de 37 piezas que representan pasajes mitológicos y 226 ejemplares de cuadros en porcelana de la fábrica del Buen Retiro. Todos los objetos que contiene esta casita han sido tasados en un valor que se aproxima a cien millones de pesetas.

El Real Colegio de Alfonso XII ocupa el ángulo noroeste del Monasterio. Entre sus amplias estancias es de notar el Paraninfo cuyo techo fué pintado por los discípulos de Jordán. La enseñanza en este colegio está encomendada a los Padres Agustinos.

## La Maliciosa

La Maliciosa es una de las montañas mas altas del Guadarrama pues alcanza 2223 metros sobre el nivel del mar y por lo tanto solamente es inferior a Las Guarramas, Cabezas de Hierro y La Peñalara. Es áspera y resquebrajada, muy difícil de escalar por la vertiente del mediodía y su perfil que es dentado y cortante asemeja a una truncada pirámide, por cuya forma todavía hay quien la conoce por el nombre de La Monja, ya que su silueta puede imitar una toca de religiosa sobre todo en invierno estando cubierta de nieve. Por la disposición de sus laderas y abismos esta montaña no es nunca completamente blanca en invierno, pues en las paredes perpendiculares no se agarran los nevazos y por esta razón aparece en algunas de sus facetas de un color negro azulado.

La Maliciosa está separada de la próxima cadena de montañas lanzando en todas direcciones los sólidos contrafuertes en que se apoya y estas estribaciones alcanzan considerable longitud; arranca en dirección suroeste, de las Guarramillas a las cuales le une un alto collado cuya altura se aproxima a 2000 metros. De la cumbre en dirección suroeste

parte una áspera ramificación denominada Las Buitreras, entre la cual y la pequeña sierra de Peña Pintada se hunde un profundo barranco, La Barranca o Garganta del Infierno, que llega hasta el pueblo de Navacerrada; por el fondo de La Barranca corre el Regajo del Pez afluente del Manzanares.

Por el lado sur, la cumbre de la montaña se taja en un imponente acantilado casi completamente vertical. Desde el fondo de esta depresión surge La Maliciosa Chica de aspecto muy fiero, pero que no es imposible de escalar; la vertiente Meridional de La Maliciosa Chica desciende como la de la otra montaña produciendo en el fondo una nueva mole más pequeña denominada el Peñotillo que aun siendo muy grande, por comparación nombramos pequeña. Entre las Buitreras y La Maliciosa Chica se ahonda una concavidad donde se amontonan enormes cantidades de nieve de la que nace el Arroyo de Tijerillas que va a dar en el Regajo del Pez. Del suroeste de la cumbre nace la Cuerda del Hilo o de Los Porroneos y al pie de su pico final está el pueblecito de El Boalo. Al oeste de esta Cuerda está Matalpino y entre ella y La Majada de la Luna nace el río Samburiel.

Poco más abajo de su arranque, la Cuerda del Hilo manda una estribación al este denominada Cerro Ortigoso. Ahí existe un abismo llamado Los Canalizos cuya contemplación es muy notable.

La Maliciosa puede escalararse más fácilmente por su vertiente norte. El itinerario a seguir es partiendo del pueblo de Cercedilla, del cual dista 14 kilómetros. Se debe ascender al Puerto de Navacerrada,

bien aprovechando el ferrocarril eléctrico o por el camino de El Calvario que partiendo del Pueblo llega hasta el Ventorrillo lugar en que se une a la carretera en el kilómetro 17. Por detrás de la caseta-refugio, en la cumbre de el Puerto se toma el camino de Los Ventisqueros, camino fácil de reconocer por ser ancho y pedregoso, que sube no muy pronunciadamente hasta el Collado de Las Guarramillas. Una vez en este Collado vemos ya La Maliciosa de hermosa silueta que se recorta sobre el cielo con una majestad imponente. La Garganta del Infierno por cuyo fondo corre el Arroyo Samburiel queda enfrente de nosotros y a la mano derecha se encuentra la Sierra del Royo por la que cruza la carretera del Puerto y en la que se ven los picachos de Los Gamorritos. Siguiendo el camino de Los Ventisqueros se rodea por el sur Las Guarramillas, y ascendiendo un poco se alcanza el Collado de La Maliciosa por encima del Regajo del Pez. De allí se alcanza la cumbre con relativa facilidad.

Muy bonito panorama se contempla desde esta elevación; a los pies vemos La Maliciosa Chica, enfrente la Sierra de Torrelodones, a la derecha La Pedriza de Manzanares, Cabezas de Hierro y La Najarra, al Norte las Guarramas y Las Guarramillas y al fondo de ellas la hermosísima Peñalara. Muy lejos las Sierras de Avila y Gredos.

Puede también ascenderse a la Maliciosa por Collado Mediano, el pueblo de Navacerrada y la Garganta del Infierno y también por Manzanares el Real, Garganta del río Manzanares y Ventisquero de la Condesa.

Para este último itinerario se parte del pueblo de Manzanares por la derecha del río, aguas arriba; este sendero a la media hora camina por un imponente desfiladero en el que al otro lado del río, a la izquierda, vemos la ermita de Nuestra Señora de la Sacra. Se cruza el arroyo de la Majadilla después y el río Manzanares dejando el sendero por que hemos venido y por una senda ancha y practicable que encontramos después de cruzado el arroyo, hay que seguir hasta el borde del río. Por aquí se llega hasta la cumbre de Las Guarramillas encima del ventisquero de este nombre y siguiendo por lo alto de la cordillera se encuentra la conexión de La Maliciosa con este macizo. Nos queda aun una meseta muy pedregosa por la que llegamos a la cumbre.

Cómo hemos dicho La Maliciosa es una de las montañas más interesantes de Guadarrama y como su topografía es sumamente brusca y se halla enclavada en lo más áspero e intrincado de las estribaciones de la Sierra, tiene la particularidad que entre sus riscos viven graciosos corzos y aún alguna vez, durante la época del invierno, cazan lobos en sus laderas, los vecinos de los pueblos cercanos.

## Alrededores de la Sierra

No queremos dejar de incluir al final de este breve ensayo de guía del Guadarrama, algunas excursiones a los alrededores de la Sierra y aunque no apuntaremos todas las que pueden hacerse, pues son muchos los pueblos y lugares dignos de visitarse, sí queremos nombrar los principales; aquellos, que por tener un recuerdo de las edades pasadas, iglesia, monasterio, castillo etc., convidan a discorrir unas horas entre sus ruinas. Ya hemos hablado al hacer los itinerarios montañosos, del Monasterio del Paular, del Castillo de Manzanares el Real, del Monasterio de El Escorial y del Palacio de San Ildefonso y Viñuelas. Pero ahí están Cuéllar, Coca, Buitrago, Turégano... ¿cómo pasarlos en silencio? Sobre que, la mayoría de estos pueblos están en las rutas de los itinerarios de Guadarrama y es forzoso atravesarlos. Es decir que sus castillos y fortalezas, sus ermitas y santurios, las ruinas de sus murallas, su extraordinaria situación topográfica, la infinidad de recuerdos que encierran, todo, nos obliga a decir de cada uno de ellos dos palabras, las imprescindibles para que el visitante tenga una idea de lo que contempla, pero tan breves como lo exige la índole de este librito.

## Buitrago

Está situada la villa de Buitrago en la carretera general de Madrid a Francia y en el valle que forman las faldas meridionales de Somosierra, a 76 kilómetros de Madrid. La estación más próxima es Segovia de la que dista 35 kilómetros. El terreno en que está enclavada esta villa, es estéril y rocoso, regado por el río Lozoya, y abundante en pastos que mantienen mucho ganado, casi la única riqueza del pueblo a pesar de que cultiva cereales, pero no en mucha proporción. Es población antiquísima y bien murada, pero su fecha de fundación no ha podido comprobarse. Se supone que esta villa fué la antigua Litabro, rica en viñedos durante la época romana, población que posteriormente se denominó Britabro. Luego sabemos que en la invasión sarracena, Taric atravesó el Guadarrama por el valle de Buitrago dejándole el nombre de Feg-Taric. Ya hemos dicho que la villa de Buitrago está cerca del río Lozoya, que por allí corre muy profundo, ciñéndola a manera de península, y descubriéndose desde su altura un horizonte de verdor, cortado a trechos por los cerros peñascosos de allende el río, presenta en sus almenados muros y torreones suspendidos

sobre derrumbaderos, con el puente altísimo de un arco, lanzado sobre la corriente que le sirve de foso, y con el pintoresco grupo de sus edificios, el belicoso e interesante aspecto de una población de la Edad Media. De sus casas, que desbordan de la antigua cerca por el lado que deja libre el río, se ha trasladado al arrabal gran parte de la vecindad, donde se levanta una iglesia que fué parroquia de San Juan, con techo enmaderado sobre grandes arcos en semicírculo, con góticas capillas y multitud de lápidas de los siglos XV y XVI e irregulares vestigios de las mismas fechas en su exterior. Santa María del Castillo parroquia primitiva y única al presente, asoma a la entrada su portada bajo un cobertizo de estriadas columnas dóricas y su elevada torre cuyos aljimeces y ventanas semicirculares, cerrados dentro de un marco cuadrangular u orladas con molduras de ladrillo, le comunican aspecto árabe. Rombos y triángulos de estilo plateresco, resaltan con vistoso capricho del arco situado debajo del coro; pero la bóveda de su ancha nave es de más antigua crucería y enmaderado techo cobija otra nave que se abre a su derecha. Su retablo es un conjunto de pinturas de aquella misma época, que representan el nacimiento y la pasión de Cristo, estando divididas en proporciones por columnas abalaustradas.

Dentro del recinto fortificado, innumerables ruinas evidencian las vandálicas huellas de las huestes de Napoleón, entre las casas que ostentan los escudos en sus fachadas, con los timbres y blasones de los antiguos señores de Buitrago.

Su Castillo, donde se albergaron reyes, donde se intentó resistir en 1368 al de Trastámara, enarbolando la bandera legítima aunque sangrienta del rey D. Pedro, donde un siglo después D. Luis de Mendoza tuvo en su custodia a la Beltraneja, no pasa ahora de un desmoronado solar cuya planta describen gruesos machones cuadrados o poligonales mostrando algunos huecos de ventanas abiertas en herradura. Pero a la mansión del poder, ha sobrevivido el asilo de la caridad—dice Quadrado—y allí enfrente subsiste una sencilla iglesia de puerta ojival con el campanario asentado en el ángulo de sus dos vertientes unida al hospital de San Salvador que fundó el buen Marqués de Santillana.

Merece visitarse Buitrago y aquel que lo viere conservará indeleble recuerdo de sus bellezas, de su paz y de su silencio que han sucedido a tanto esplendor y a tantas glorias pasadas:

No lejos de esta villa, se encuentra la de Torrelaguna, que ilustró con su cuna y beneficios el Cardenal Cisneros; no quedará quejoso el excursionista que hasta ella llegue, pues si Buitrago le satisfizo, Torrelaguna tiene la propiedad de hacer volver por segunda vez al curioso turista que la ha visitado la primera.

## El castillo de Coca

Coca, es la antigua Cauca de los romanos. Está esta villa situada a 46 kilómetros de Segovia y a 157 de Madrid en la línea férrea de Medina del Campo a Segovia, asentada en una llanura cerca de la confluencia de los ríos Voltoya y Eresma. Hay además un arroyo llamado Bahía que desemboca en el Voltoya.

La iglesia de esta villa es notable por los magníficos sepulcros de mármol de Carrara en los que yacen los restos mortales de varios individuos de la familia de los Fonseca, antiguos señores de Coca. En varios puntos se ven restos y cimientos de la muralla de que tuvo la villa. La defendía además imponente fortaleza que en la última mitad de la anterior centuria habían reedificado sus dueños con el esplendor de un palacio a la par que con la solidez de castillo. Levántase al oeste del pueblo en la confluencia del Voltoya con el Eresma, a poca altura si se la mira desde lejos, a flor de tierra, con imponente efecto si se descubre desde cerca la profundidad de los fosos. Su fábrica es toda de ladrillo, pero pocas de piedra la igualan en gentileza; ochavadas torres flanquean en los ángulos de la barbacana,

resaltando en cada una de sus caras garitones también poligonales ceñidos por una arquería corrida de matacanes, desde la cual hasta las almenas surcan los adarves multitud de facetas o prismas de incomparable belleza. En el centro de los lienzos sobresalen cubos y en los intermedios garitas, todo adornado en igual forma, menos por el lado del este en el que un puente y dos torreones señalan la entrada al primer recinto. El castillo, salpicado de saeteras cruciformes, reproduce más en grande el plan de la barbacana y su ornato, descollando en el ángulo septentrional la torre del homenaje con fuertes cubos en las esquinas y pareadas garitas por sus cuatro costados, cuyo delicado coronamiento ha padecido el deterioro causado por el tiempo, habiéndose borrado parte de la fecha que en él estaba escrita leyéndose hoy solamente: «mill CCCC»... Al lado de la torre cae la puerta del arco rebajado, dentro de una ojiva semiarábica encuadrada por molduras de ladrillo que introducía a un patio rodeado de doble galería de orden corintio y compuesto y con el piso y las paredes vistosamente cubiertas de azulejos, pero hoy no resta de esto sino un montón de ruinas, pues se asegura que fué demolido para vender las columnas de mármol; queda pues sólo en pie las bóvedas de la torre.

El castillo se enlaza con la cerca que rodeaba en otro tiempo la población en cuyos cimientos se han encontrado restos de construcción fenicia. Queda en la parte sur, un trozo de muralla rematada por almenadas torres. En el cuerpo avanzado del muro se abre la grandiosa puerta denominada Arco de la

Villa precioso monumento de la Edad Media. Está formada por una gran ojiva de molduras decrecientes y por encima de la cual corre una galería de arcos de medio punto donde tenían su cárcel los alcaldes mayores de la comunidad.

La torre de la parroquia de San Nicolás, se alza sobre un ribazo en la ensenada que describe el Eresma; es cuanto queda de la antigua iglesia. La adornan ocho series de arcos que revisten su tronco, figuradas las cuatro inferiores y las superiores descritas por dos ventanas semicirculares a cada lado que fueron también macizadas desde que concluyeron su destino.

Ya hemos dicho que al actual Coca fué la Cauca de los romanos que en el año 150 a. J. de Jesucristo hizo frente al cónsul Licinio Lúculo y vencida tuvo que entregar su caballería y cien talentos de plata y admitir además guarnición romana que atacó a sus habitantes inermes y confiados y pasó a cuchillo a veinte mil de ellos sin respetar edad ni sexo, librándose algunos pocos que huyeron por la ribera del Eresma. Cuatro lustros después la restauró el humano Escipión Emiliano y más tarde hubo de conquistarla Pompeyo, también por sorpresa y a traición.

Se supone que en Cauca nació Teodosio el Grande. Una sola mención se hace de esta ciudad durante la época visigoda con motivo de haberla cedido en el año 527 el arzobispo de Toledo al obispo de Palencia. En los primeros tiempos de la dominación sarracena figura en la provincia de Toledo, una de las cinco en que Yusuf-el-Firi dividió la España mu-

sulmana; luego debió quedar destruída o abandonada puesto que los anales cristianos citan su repoblación hacia el año 938; pero ya no tuvo la importancia que en la antigüedad y fué simple villa, cabeza de comunidad. La dieron alguna nombradía los Fonseca, sus señores y en el siglo XIV contaba siete parroquias de las que sólo resta Santa María en el centro de la población, fundada por el poderoso arzobispo de Sevilla D. Alfonso de Fonseca, que en Coca murió en el año 1473 y yace sepultado en la capilla mayor.

## Castillo de Cuéllar

La villa de Cuéllar, tiene desde lejos aspecto de gran ciudad y aunque al acercarse disminuye su grandeza, aumenta en interés a medida que se precisan sus formas. Está Cuéllar situada en una vistosa colina y derramada al este y al sur por sus vertientes, aparece en anfiteatro con un grandioso castillo en la cima, con una ciudadela que encierra el barrio superior, con una muralla que rodea lo restante de la villa y con arrabales que rebosan aún fuera del antiguo recinto. Entre el caserío descuellan las torres y ábsides de diez parroquias y algunos conventos en las afueras.

Dista la villa 60 kilómetros de Segovia y 50 de Valladolid y tiene como más próxima estación del ferrocarril la de Peñafiel a 28 kilómetros, a la que está unida por hermosa carretera así como con Valladolid y Segovia.

Si antigua aparece Coca, no menos lejano es el origen de Cuéllar, que fué antaño la Colunda o Colenda ciudad mártir cuyos habitantes por haber resistido un sitio de diez meses a los romanos invasores, venci6 y vendió por esclavos con sus mujeres e hijos el c6nsul Tito Didio el a6o 96 a. de Jesucristo.

D. Rodrigo, la llama Colar al mencionarla como uno de tantos pueblos que debieron a Alfonso VI su restauración y su libertad y esta es la más antigua fecha a que con datos verdaderos podemos referirnos.

En 1112, según nos dice Quadrado, se hallaba ya constituido su concejo, pues en unión con el conde Ansúrez dotó convenientemente el monasterio de Benedictinos de San Boal, situado entre pinares a orillas del Pirón, al sudoeste, y agregando después como priorato al de San Isidoro de Dueñas. Dió fuero y leyes a Cuéllar para su gobierno en 1256 Alfonso el Sabio en las cortes de Segovia; y reuniéronla en ella el año 1297 la reina D.<sup>a</sup> María y el infante D. Enrique como tutores de Fernando IV, desde cuya época empieza a figurar en los anales políticos del reino. Durante la minoría de Alfonso XI creóse allí una hermandad que en 1319 apoyó las pretensiones de D. Juan Manuel a la regencia contra los derechos de la reina abuela y de su hijo D. Felipe. Favorecida por el rey D. Pedro con una larga residencia presenció en 1353 su poco sincera reconciliación con el maestre D. Fadrique su hermano y al año siguiente su temerario enlace con D.<sup>a</sup> Juana de Castro previa la disolución del primero por la culpable debilidad de los obispos de Avila y Salamanca. Fué testigo de la cristiana muerte de la reina Leonor de Aragón, primera esposa de Juan I acaecida en 13 de Septiembre de 1382. Pero las repetidas mudanzas de señorío que experimentó en el siglo XV le acarrearón más graves e íntimas perturbaciones. A D. Juan infante de Aragón y Rey de

Navarra pertenecía Cuéllar hacia el año 1429, no sabemos si por herencia paterna o por merced real, cuando le fué quitada por sus continuas rebeliones y dada al conde de Luna D. Fadrique refugiado aragonés, último retoño ilegítimo de la dinastía de los Berengüeres. Perdióla por sus locuras el desatentado mancebo y a su hermana Violante que intercedía por él y tal vez le alentaba contra el conde de Niebla su marido de quien vivía apartada, se le mandó guardar arresto dentro de la villa. Sin duda vino a acrecentar ésta los dominios del omnipotente condestable, pues al recobrarla en 1439 el Rey de Navarra puesto al frente de temible liga, D. Alvaro recibió en compensación a Sepúlveda. Devuelta a la Corona, D. Juan II la legó por testamento a su hija Isabel la Católica con una gran suma de oro; pero Enrique IV que tuvo en ella cortes en el año 1455, primer año de su reinado, a fin de levantar un armamento general contra los moros de Granada, atropelló el derecho de su hermana para dársela en 1464 a su valido D. Beltrán de la Cueva con el ducado de Alburquerque y otras grandes villas como indemnización del maestrazgo de Santiago que le habían obligado a renunciar el disgusto de los grandes y las murmuraciones del pueblo. Hondas raíces echó en Cuellar el nuevo señorío a pesar de trastornos y vicisitudes harto desfavorables. Transmitióse éste con los demás estados de D. Beltrán a sus descendientes en línea recta durante tres siglos y trece generaciones hasta incorporarse a la casa de los Alcañices y a favor de sus primogénitos, concedió Felipe II el marquesado. Allí quiso tener

su panteón el jefe de la familia labrando al efecto un suntuoso convento y hay quien le atribuye también la fábrica del actual castillo, pero algunas de sus obras parecen bastante anteriores a la segunda mitad del siglo XV y otras hay cuya época no es fácil fijar. Colocado en la cumbre del cerro, al extremo occidental, domina un vastísimo horizonte, hasta Segovia por un lado e Iscar y Olmedo por el otro; su planta es un cuadrilátero cuyos ángulos flanquean gruesos cubos desiguales. El del nordeste corresponde a un salón de esmerada bóveda alumbrado por una ventana de estilo gótico moderno; al sudoeste avanza una robusta torre cuadrada y entre las dos, traza el ingreso un arco peraltado de estilo árabe, defendido por dos garitas. El lienzo oriental está guarnecido de matacanes y el del norte con almenas con bolas y entrambos los cierra la barbacana reforzada de cubos. Primitivo es el aljimez con lobulado rosetón en su vértice que adorna la torre contigua a la desnuda portalada de medio punto y primitivo parece así mismo, y formaba tal vez la antigua entrada, otro arco arábigo tapiado entre dos machones a la parte de mediodía, donde entre vetustos matacanes destinados probablemente a recibir almenados antepechos, se extiende una galería del renacimiento medio sofocada por el tejado que cubre también la plataforma de los torreones. Por todos lados adiciones y remiendos, aberturas de cualquier tamaño y forma hechas o macizadas sin orden ni simetría, respondiendo a caprichos o necesidades de todos los que han habitado el edificio.

No ocurre otro tanto en el interior, que a media-

dos del siglo XVI comenzó a reformar el tercer duque; al entrar en el gran patio por la puerta sobre la cual campean los escudos de la casa, aparece enfrente una doble galería de nueve arcos sostenida por gruesas columnas de piedra con caprichosos capiteles en los arquivoltos que por lo rebajados apenas describen curva, y en las enjuntas, están labrados escudos y corre un letrero borroso que expresa cuando se construyó. Más arriba, debajo del arquitebre ábrese una serie de ventanas rectangulares con recuadros en los entrepaños, de estilo plateresco. De la misma época es el largo corredor que abarca el lado derecho del patio, descubierto a modo de azotea, repitiéndose en los macizos de la balaustrada la fecha de la obra y los títulos y encomiendas de su noble promotor; parte de él lo ocupa una galería, de orden dórico, sin arcos, practicada para dar luz a la escalera.

La guerra de la Independencia, dismanteló este edificio donde es fama que se guardaban preciosísimos muebles y tapices y una numerosa y notable armería.

Del castillo nacen los fuertes muros que circundan la ciudadela. Sus cuatro arcos miran a los puntos cardinales y el del poniente cae al lado del castillo; el del mediodía por donde se descubre más entera e imponente la muralla, sirve de marco a la perspectiva de los barrios inferiores del pueblo, al oriente se abre entre robustas torres el del Estudio o San Martín comunicando con el recinto de la villa; al norte da salida, el de San Basilio de corte árabe, metido entre un torneado cubo y un cuadrado torreón que avanza formando recodo, pintoresco grupo realzado por una cruz de piedra, de gran efecto artístico.

Recomendamos al turista que visite Cuéllar, no deje de hacerlo a Fuentidueña en la seguridad de que ha de encontrar lugares y monumentos sumamente evocativos.

## Turégano

La villa de Turégano, situada a 34 kilómetros de Segovia en la carretera que conduce desde esta ciudad a Boceguillas, fué concedida en el año 1123 al señorío de los preladados desde la restauración de la sede en aquel año, y de su antigua importancia es indicio su concurrida feria que aún se celebra a principios del mes de Septiembre. En su larga plaza descuellan sobre los humildes soportales, el palacio episcopal malamente renovado y el Ayuntamiento avanzando seis balcones sobre otros tantos sólidos arcos de medio punto. Parroquias, contaba, la de Santiago, que modernamente reconstruída sólo conserva el ábside bizantino rodeado hoy de otros edificios sin mérito artístico ninguno, la de San Juan de la que sólo restán los cimientos, la de Santa María del Burgo, donde se celebró sínodo en 1483 y la de San Miguel contenida desde tiempo inmemorial dentro del imponente castillo. Y ni siquiera, como nos recuerda Quadrado, le faltan históricos recuerdos de soberanos ya que allí Juan II se reunió en 1428 gozosamente con su favorito D. Alvaro de Luna, de quien sus émulos le habían obligado a separarse por primera vez; y el obispo Arias Dávila que

disgustado con Enrique IV tuvo durante muchos años a Turégano por residencia, acogió en ella en los últimos días de 1474 a Fernando el Católico, antes que pasara a Segovia para ser solemnemente coronado.

Visión ideal por su belleza parece la del castillo en el fondo de la plaza, dominando el pueblo desde una breve cuesta. Cíñelo por todos lados almenada barbacana con cubos en los ángulos y subsiste en parte, otra exterior de más dilatado circuito, flanqueada de numerosas torres. Sobresale la cuadrada mole de piedra con tres torreones en cada lienzo, sembrada de saeteras en cruz y adornada con la triple diadema de matacanes, almenas y bolas; pero dos de sus lados presentan notables modificaciones en esta elegante y belicosa sencillez. El meridional, sirve de fachada a la iglesia cuyo angosto ingreso marcado encima con el escudo episcopal defienden dos torres especiales, poligonales en el primer cuerpo y circulares en el segundo y aunque esta fábrica es posterior a la del castillo, corre por ella una línea de matacanes debajo de un arco abierto que hace las veces de galería y otra debajo de la espadaña de tres órdenes cuyo moderno estilo deslucen aquel conjunto. Igual ornato y defensa rodea los baluartes añadidos al costado oriental en época indeterminada. Ni una ni otra obra son probablemente de las que con profusión y grandeza emprendió don Juan Arias para fortalecer su retiro durante sus largos enojos con el rey Enrique. Sea como fuere es el caso que la vasta iglesia que ocupa todo el interior, parece más antigua que el castillo que la encierra; bóvedas ma-

cizas levemente apuntadas, ojivas desnudas de boceles que ponen sus tres naves en comunicación, capiteles bizantinos en las columnas, demuestran que fué construída hacia el siglo XIII aunque se ha revocado en 1778. El efecto sería completo y más hermoso si los tres ábsides por dentro conservados ostentasen al exterior su vistoso conjunto en vez de estar embutidos en los baluartes que robustecen la fortificación.

A los términos de Turégano y Caballar agregáronse en la primera dotación de la iglesia de Segovia los campos que riega el Pirón desde la vertiente de la cordillera y la heredad de Collado Hermoso; pero de ésta, en el año 1133 hizo cesión el obispo don Pedro a unos monjes Benedictinos que fundaron allí el monasterio de Santa María de la Sierra, más adelante priorato de cistercienses dependiente del de Sacramenia. De su antigua iglesia que constaba de tres naves cubiertas de bóveda apenas quedan ya vestigios. El lugar del mismo nombre fué poblado por Munio Vela, a quien en 1139 estableció el prelado con dicho objeto.

## Pedraza

La villa fuerte de Pedraza que aparece asentada en una colina, entre dos cerros que parecen defenderla, y a cuyos pies corre el Cega, está situada a 37 kilómetros de Segovia y al margen de la carretera que conduce desde la capital de la provincia a Sepúlveda. Pedraza con Itálica, se disputa la cuna de Trajano y al parecer aseguran que no fué el mismo sino su madre la que «era natural de las tierras de Pedraza.»

Llegando por la carretera desde Segovia, descubre el turista la villa por la espalda asomando al precipicio, en cuyo fondo se desliza el río, dos órdenes de ventanas el grandioso castillo de los condestables, donde durante cuatro años, de 1526 a 1530 vegetaron prisioneros en rescate de Francisco I sus dos hijos Francisco y Enrique de Valois que sucesivamente ciñeron la corona de Francia.

A la izquierda de la subida, yace arruinada entre copudos olmos la ermita de Nuestra Señora del Carrascal cuya portada es románica con curiosos capiteles y en el arco exterior tiene labrados fantásticos animales y grecas ingeniosas en el interior. Pedraza está completamente cercada de muralla que

parte desde el castillo y está flaqueada de cuadradas torres a excepción de una que es octogonal y más gruesa que todas las demás. Tiene la villa una sola entrada sobre la que campea el escudo de los Velascos y la fecha de 1561. La villa tiene aspecto muy pintoresco y notable y se muestra como un ejemplar perfectamente conservado de población de la Edad Media. Sus calles, tortuosas y empinadas están formadas por edificios en cuyas fachadas aparecen los escudos de sus antiguos y nobles habitantes; para el turista que ha visitado Toledo, Segovia y Avila, Pedraza no es sino una villa mas que anotar en el catálogo de incomparables ciudades españolas, pero visitándola sin tener conocimiento de esas otras, ha de producirle una sorpresa y una emoción artística pocas veces superada. En su plaza típica, rodeada de soportales, descuella la torre de San Juan, mostrando en sus dos cuerpos ventanas bizantinas con columnas; la iglesia, es de tres naves cubiertas de madera y la misma forma se reconoce en las ruinas de Santo Domingo y de Santa María, conservando ésta en la plaza del castillo su torre cuadrada y un pequeño ábside lateral.

De la iglesia de San Pedro no se ven hoy sino las ruinas.

Amplia explanada se extiende ante el castillo, como que fué antiguamente su plaza de armas, hoy cubierta de yerba en toda su extensión. Al penetrar en el castillo que domina el poblado y desde el cual se descubre incomparable y dilatado panorama castellano, hemos de cruzar el puente tendido sobre el foso de la barbacana: Teatro fué precisamente este

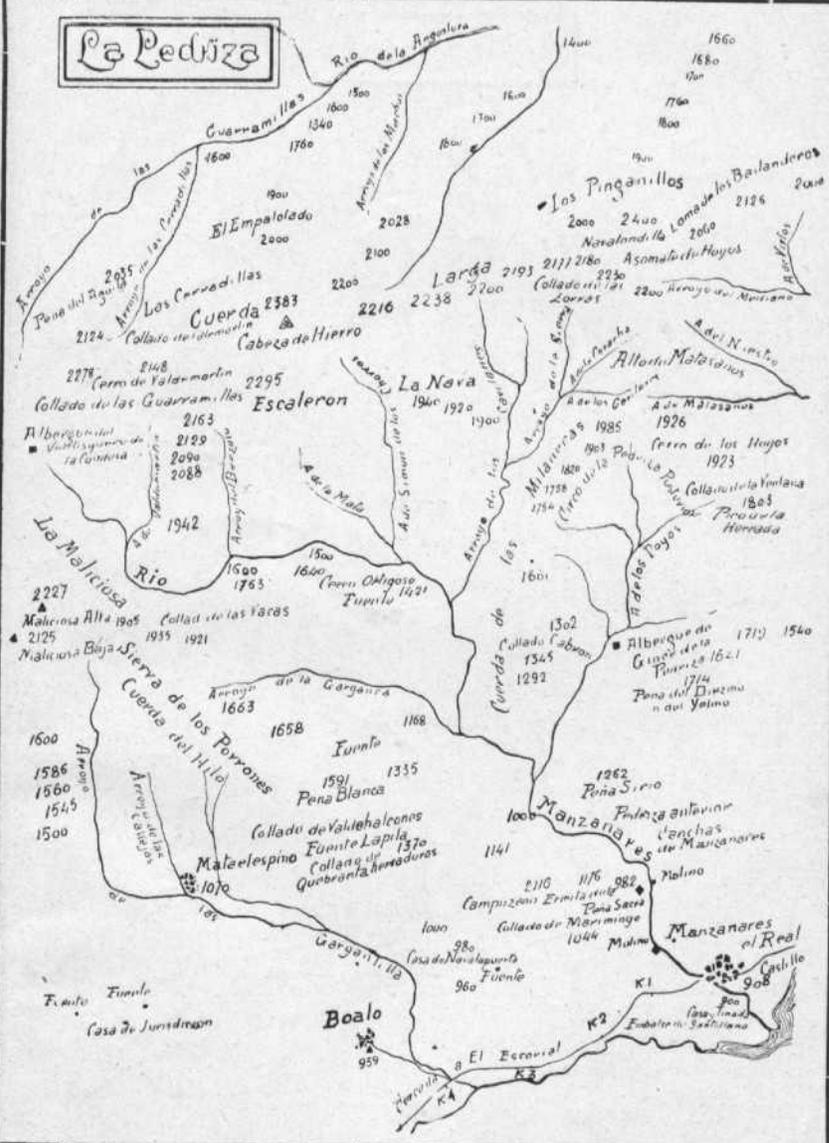
lugar, en el año 1459 de la asechanza que a García Herrera señor de la fortaleza, hizo un moro servidor de Enrique IV, el cual moro, fingiéndose descontento del rey vino a proponerle su rebelión, y aún le atacó encontrándose aquél sobre el puente levadizo, pero de tal manera, que interponiéndose un servidor de García de Herrera fué éste el muerto en tanto que el matador no pudo huir puesto que de la propia mano del ofendido encontró su castigo yendo a cubrir su cadaver el de la inocente víctima que yacía a sus pies.

La puerta de la fortaleza es ojival defendida por sendos garitones y alrededor del escudo esculpido en la clave del arco, se lee el nombre de don Pedro, IV Condestable de la casa de Velasco a mediados del siglo XV, de donde se induce que el castillo fué restaurado en esta época. Había puesto el castillo en defensa contra los Comuneros su padre don Iñigo, dándose la mano con el Alcázar de Segovia y no se sabe si lo restauró el hijo por necesidad o por esplendidez, construyendo la imponente fábrica de piedra, ceñida de matacanes en toda su longitud, con una sola torre a la izquierda y disponiéndola interiormente a manera de palacio. En las vastas habitaciones del piso bajo y del principal, hundidas (y no ciertamente arruinadas por vejez, como apunta muy oportunamente Quadrado) vense arcos apuntados de estilo gótico y ventanas de rebajada curva con asientos labrados en su profundo alfeizar. Todo el conjunto es imponente y severo, casi medroso contemplado desde el anchuroso patio enlosado en cuyo centro se abre la angosta boca del aljibe; da

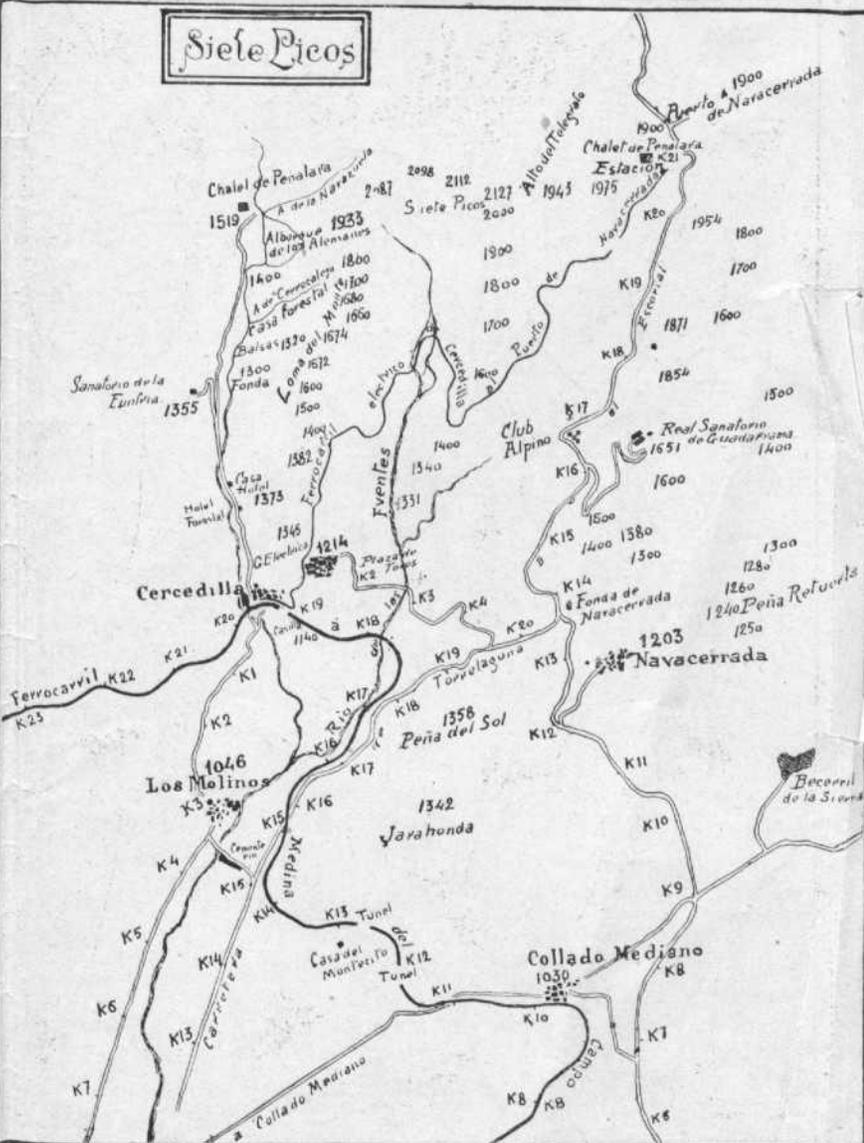
lástima ver aquellas ruinas, aquellos montones de sillares que llenan las habitaciones bajas que al carecer de techos, forman enormes tubos empequeñeciendo con su altura sus colosales dimensiones. Desde las ventanas, se puede admirar el sereno paisaje de los alrededores de Pedraza, tan en consonancia con la fortaleza que poco a poco se hunde como aplastada por el silencio que cae de los cielos y que apenas interrumpe el murmullo del río que corre allá abajo ciñendo el contorno de la ilustre y solitaria villa.

FIN

# La Pedriza



# Siete Picos





# INDICE

Páginas

La Sierra de Guadarrama.....	7
Cuadro de altitudes de la Sierra de Guadarrama.....	35
La Pedriza de Manzanares.....	39
La Pedriza de Noche.....	63
Siete Picos.....	68
Montón de Trigo.....	77
Peñalara.....	79
De Cercedilla a la Granja.....	102
El Paular.....	115
El Escorial y Pinares Llanos.....	133
La Maliciosa.....	147
Alrededores de la Sierra.....	151
Buitrago.....	152
El Castillo de Coca.....	155
Castillo de Cuéllar.....	159
Turégano.....	164
Pedraza.....	167
Mapas de itinerarios.....	171

4.000  
1/3

**lea usted los interesantes tomitos de la PEQUE-  
ÑA ENCICLOPEDIA PRÁCTICA.**

Vea los volúmenes publicados:

1. — **Higiene Sexual.** (Un libro que a todos interesa y a todos conviene).
2. — **La salud por el Sol.** (Baños de sol).
3. — **El Espiritismo.** (Las fuerzas ocultas y su clave).
4. — **La salud por el ejercicio.** (Método de gimnasia natural con un cuadro gráfico de ejercicios).
5. — **Las plagas.** (Todos los procedimientos prácticos conocidos para la extinción de ratas, ratones, moscas, mosquitos, pulgas, chinches, cucarachas, polillas, etc.)
6. — **Nueva Ortografía.** (Según la R. A. E.)
7. — **El Amor.** (Sus deleites. Sus peligros. Sus extravíos).
8. — **Gallos, gallinas y pollos.** (Una pequeña industria lucrativa al alcance de todos).
9. — **Cuentas ajustadas.** (Calculador rápido de jornales, precios, pesos, medidas y descuentos).
10. — **El Electricista en casa.** (Arregle usted mismo sus timbres, sus luces, sus aparatos de radio).
11. — **365 recetas de cocina práctica.** (Una para cada día del año. Con un capítulo especial de platos regionales españoles).
12. — **Higiene del matrimonio.** («¡No olviden los que son padres o los que pueden serlo que en su mano está la salud de sus hijos!».—Dr. Richet).

En prensa y preparación nuevos e interesantísimos títulos.

**UNA PESETA CADA VOLUMEN**

C-12





**Precio: 13 pesetas.**

Tip. y Enc. de S  
nén Marfín. - Avila



MA

MA

MA

MA

MA

MA

MA

MA

8910

8910

8910

8910

8910

8910

8910

8910

8910

G-

G-

G-

G-

G-

G-

G-

G-

G-